

Rafael Dochao Moreno

Crónicas Jemeres

2007-2011

Dochao Moreno, Rafael.

Crónicas Jemeres

[texto impreso] / Rafael Dochao Moreno;

1ª edición. Pequeño Dios Editores, 2016.

294 páginas. 15,5 x 22,5 cm.

(Colección Outsider)

ISBN: 978-956-8558-40-6

Diseño de Portada e Interior:

Antonia Sabatini

© Pequeño Dios Editores

Nueva de Lyon 19, departamento 21

Providencia, Santiago de Chile.

www.pequeñodios.cl

© Antonio Skármeta, del prólogo.

© Ana Naveira, Héctor Labarca, fotografías interiores.

© Guillermo García, fotografía portada (1997).

Impreso en Chile / Salesianos Impresores S.A.

Primera edición 1.000 ejemplares.

Santiago de Chile, abril de 2016.

COLECCIÓN OUTSIDER

Rafael Dochao Moreno

Crónicas Jemeres
2007-2011



a Rafaela, mi madre

UNA SONRISA PARA CAMBOYA

Muy temprano en este libro que narra una experiencia camboyana, el enviado de la Unión Europea en Chile nos revela la estrategia de los embajadores para abordar su trabajo en el país al que han sido designados: enamorarse de él.

Por la simpatía y talento diplomático que ha derrochado en Chile durante estos años en que hemos tenido la suerte de tenerlo entre nosotros, sabemos muy bien como es el amor de Rafael Dochao: una exitosa fórmula de afecto, juicio crítico, y sobre todo, humor.

Como un narrador avezado Dochao pone en práctica la sorpresa compartida con sus lectores ante lo extraño ilustrándolo con elementos populares en nuestra cultura occidental. Así, por ejemplo, cuando en un bar de la capital camboyana irrumpen un cantante de estridente vestimenta y erótico contoneo que es presentado como el “Tom Jones asiático” nuestra nítida información del artista británico se nubla con esta visión oriental, y al sobreponer la una sobre la otra es imposible contener la sonrisa, y en mi caso, la carcajada.

A medida que avanzamos en este libro de extravagancias locales comenzamos a advertir la graciosa huella que ha dejado la cultura occidental en Camboya, y cómo la curiosa asimilación de ésta por una tradición milenaria, ha producido una simbiosis explosiva donde los camboyanos aplican la letra pero no el espíritu.

Claro que encontraremos farmacias enclavadas en *malls* al estilo nuestro, pero aprenderemos que es arduo conseguir un paracetamol sin que un expansivo loro revolotee en la tienda. O asistir a un banquete en una deteriorada embajada de país del este europeo en el cual lo más gourmet que aparece en la mesa son unos pocos trozos

de salchicha en una sopa de verdura. La salchicha también estará en el plato de fondo y, creo que esto es cosecha mía, también en el postre. Y si uno se levanta de la mesa fustigado por vodkas inclementes y galopantes verá que el asfalto de la cancha de tenis está deteriorado, “como con gangrena”. Con frecuencia, siguiendo estas peripecias, me vinieron a la memoria las vidas de aquellos cónsules melancólicos de las novelas de Graham Greene.

Aquí se exhibe la vida cotidiana de un pueblo que en su pasado sufrió enormemente: durante época de Pol Pot y sus Jemeres Rojos un tercio de la población fue aniquilada por el fanatismo dogmático de estos “revolucionarios”. Desde el actual reino, se mira aún con pavor esta masacre fratricida, y aunque aquí estamos en el más lejano confín del mundo, nos hemos enterado que hay en Camboya un festival de cine “innovador y vibrante”, cuyo jurado será presidido este año por Angelina Jolie, a quien en el 2005 mediante un decreto real, se le concedió la nacionalidad camboyana.

Huellas bélicas quedan en muchas partes, por ejemplo, en las minas enterradas que por cualquier descuido pueden estallar y destruir el cuerpo que las pisa. Y quienes conviven con este peligro se las arreglan para protegerse. Aquí leerán la historia de un patrón que hace caminar delante de él cinco metros a su criado Koma, porque éste “tiene un sexto sentido que le hace intuir el peligro”.

Este es también el humor *intuitivo* de Rafael Dochao, una inteligencia que nos acerca con sonrisa cazarra a un territorio lejano geográfica y culturalmente, haciendo gala de una alegría de narrar que cubre perfectamente bien lo “incómodo” de algunas situaciones.

Buen viaje, estimados lectores.

Antonio Skármeta

MENSAJE AL LECTOR

Camboya, el reino de los jemeres, es un país tan peculiar como apasionante. No oirás a nadie gritar, nunca, verás que creen en los fantasmas y que los ven a menudo, sentirás que hay básicamente dos estaciones: la de calor y la de mucho más calor, comprobarás que hay ríos que cambian el sentido de su curso, de norte a sur y viceversa, dependiendo de la estación del año, pagarás por darte un masaje de pies donde verás las estrellas, podrás degustar un plato de tarántulas fritas en un restaurante, palparás la rabia de cruzarte con mucho turista sexual paseando en chanclas a sus anchas.

Es un país de hondo sufrimiento, que aún hoy coletea, de la época de los jemeres rojos, en que se redujo la población en un cuarto. Haz una cuenta simple: divide por cuatro la población de tu país y esa es la dimensión en número de muertos en tierras jemeres en esos casi cuatro años de feroz locura a finales de los 70. Es Camboya, en fin, un país tremendamente fotogénico, acaso por la luz arrebatada de estas tierras de lo que fue la antigua Indochina francesa.

Por todo ello decidí, nada más llegar, escribir a mis amigos en tierras diversas, en Europa y América esencialmente, una crónica al mes de lo que iba viendo y viviendo en estas extrañas tierras de jemeres.

De este modo entre los años 2007 y 2011, en que dirigí la Delegación de la Unión Europea en Phnom Penh, fui desgranando poco a poco, mes a mes, estos frescos que vas a poder leer. Se presentan en orden cronológico y describen los algo más de cuatro años que estuve allí con mi familia. Aunque se han cambiado algunos nombres para no herir sensibilidades la mayoría de ellos son reales.

Es un desafío mayor el de intentar reflejar en palabras algo que se percibe tan bien por los sentidos y que se retrata tan bien en fotos. Eso que se te pega a la retina y ya no te suelta. La mirada bien puesta y el corazón abierto a lo de alrededor, que es siempre ancho e inabarcable. Sin vértigo.

Estoy convencido que el oficio de diplomático comienza con una regla de oro: enamorarse del país al que llegas.

Revisitando hoy en Chile las crónicas para ser publicadas, me encuentro de nuevo con todos mis códigos destilados gota a gota, allí en la distancia, futbolísticos o taurinos, junto con torrentes de música y andanadas de cine. Y además arte, literatura, moda, ritos, magia, masajes, viajes, peluquerías y dibujos animados.

Todo en una macedonia jemer dispuesta a ser degustada.

Rafael Dochao Moreno

Crónicas Jemeres

Bobby Charlton y el fútbol jemer

En mi primer viaje a Phnom Penh, pedí visitar el campo de fútbol del Estadio Olímpico de la ciudad, al que se accede tras pagar al aburrido guarda un simbólico dólar por pasar.

Bajo un sol de justicia y gran humedad (¿prohibirá también la FIFA jugar con más de 95% de humedad para que nuestras figuras de cera no se derritan?) unos chavales fintaban y galopaban descalzos sobre el ardiente asfalto del aparcamiento, mientras unas señoras preparaban *noodles* bajo una sombrilla. Advertí que las porterías estaban marcadas por chancas.

Ya dentro del estadio oval, de impresionante realismo socialista y coronado por una pista de ceniza, pude palpar el verde césped de una especie tropical, dura, gruesa y plana, con hojas de unos dos centímetros de ancho, del tamaño de pequeñas bananas y de un narcotizante olor.

Me pregunto cómo el equipo de jemer puede estar tan abajo en el ranking FIFA. Juro que haré lo posible por subirles en la clasificación.

Crónicas jemeres 1. Año I

Danzas ministeriales

Durante mi primera noche camboyana recibo por parte del Ministro de Exteriores una invitación para cenar. El Ministro es un hombre mayor de pelo que intuyo cano, aunque va teñido de azabache, y con manos como sarmientos.

Al acabar el primer plato, y al son de la música tradicional que parte desde un horrendo estrado, la mesa entera del Ministro se levanta y comienza a evolucionar en una bella danza jemer en el círculo central de la sala. Poco a poco, los ilustres invitados –más de un centenar– se unen a los sutiles movimientos de manos y pies de los bailarines, que mi inexperto prisma juzga tan balineses como camboyanos. Una señorita de sonrisa amplia y tez color café manchado me invita a seguir los pasos de baile. Me veo envuelto en una espiral de sonrisas, en un intento vano de imitar con mis manos el sacro movimiento: una mano abierta que se acerca al pecho, como mirando las líneas de la vida y el corazón y, a la vez, la otra palma que se aleja despechada, en posición contraria. Y vuelta a empezar.

Momento de algarabía suprema entre el plato de tallarines al mango verde y la carne, cuando en otra de las danzas que me arrastra a los medios de dicha plaza, los músicos (los tradicionales más guitarra, batería y bajo, junto con una pequeña sección de vientos) se lanzan a

un *hit* del *pop* asiático del momento que engarzan magistralmente con un éxito nada reciente de Carlos Santana. La música *in crescendo*; el círculo cada vez más alocado; trepidación y algunos golpes de cadera en los magnos danzantes. Tan solo la voz caribe de la Embajadora de Cuba, que mueve las amplias caderas junto a un delgado príncipe detrás de mí, y que profiere un: “¡Oigausteed, qué bien que bailaaa!” consigue devolverme a la realidad y no caer en la insania.

Crónicas jemeres 2. Año I

Los jemeres encarnados y el profesor Bacterio

En estos tiempos de tanta incertidumbre, en los que hasta a un tranquilo abuelo jemer le detienen, le meten en una lata y le mandan a un tribunal internacional, yo me veo en el centro del huracán.

Esta tarde estoy de reunión en el lugar donde se encuentra el tribunal de los jemeres encarnados, a las afueras de esta bella ciudad. Un antiguo y nada bucólico recinto militar reconvertido. Vistoso, pero con agua estancada, criadero de mosquitos del tamaño de un búfalo. Afuera todo es caos circulatorio. Dentro, calma y orden. Mientras, a un centenar de metros de donde yo estoy, los jueces interrogan ya al abuelo jemer rojo, de sangriento pasado. Siento un cosquilleo de historia mientras nos lo narran.

El director, de orejas de soplillo, mirada escrutadora y un aire a uno de los insectos de “El sulfato atómico”, de Mortadelo y Filemón (la mejor aventura gráfica del mundo para los que no la hayan leído) preside la reunión con la majestad de una mantis religiosa.

Las aspas del helicóptero que ha trasladado al detenido rotan y rotan aún movidas por la brisa monzona de la tarde y me susurran en voz baja: “¡Herunter Bruteztraussen! ¡Herunter!”.

Crónicas jemeres 3. Año I

Tom Jones en la tostadora

Tras un día de fatiga provocada por el bochorno de esta estación lluviosa y pesada, le propongo a Ana una visita al bar del *Hotel Cambodiana*, lugar donde ya pasé unos días en junio. Allí, vetustez y humedad por la cercanía del Mekong están repartidas en partes iguales.

El bar se parece a uno de esos locales que tanto proliferaron en la España de los setenta, con su abundancia de *escay* dorados por doquier. Un enjambre de camareras, todas de similar estatura, nos recibe inclinando el torso y juntando las palmas a la altura del pecho. A medida que ingresamos, veo que un grupo de cantantes filipinas entradas en carnes y con exiguas minifaldas de araña abandona la escena. Pregunto si el trío del *playback* va a cantar de nuevo y la camarera, de mirada lánguida, responde sin titubeos:

—Sí, pero en una hora, después de Tom Jones.

Cruzamos una mirada atónita con Ana.

Y así ocurrió. Tras unos cinco minutos, en los que nos pedimos unos combinados y nos acodamos en la barra, comienzan a sonar —como un himno de guerra— los primeros acordes del *Sex bomb*.

La sala se oscurece. El público contiene el aliento.

Impecable traje negro de imperceptible rayado que marca un notable “paquete”. Camisa de seda, también negra, con los tres prime-

ros botones desprendidos y, a la vista, bailando, un ostentoso crucifijo dorado. Así aparece la estrella.

—‘Welcome’ to Cuuuuuba! —espeta al respetable público, en un inglés casi sin acento, mientras un foco ilumina el cimbreado cuerpo por completo. La impresión es terrible, pues sus rasgos son idénticos a los del “Tigre de Gales”, pero como si le hubieran metido largo rato en una tostadora.

—‘Welcome’ to Cuba! —repite al final del primer tema, y nos preguntamos si será un prieto caribe acá emigrado, mientras se contonea al ritmo de una versión muy *soul* de “*She drives me crazy*”.

En esto, una joven oriental, asistente al espectáculo, algo rellenita pero con un bello meneo de caderas, se sitúa cual posesa ante el escenario. El Tom Jones de tez carbonilla salta ágil a la pista de baile y la toma por la cintura. Bailan como si estuvieran solos en el mundo, mientras Tom le susurra el “*drivemecrazy*” al oído. El delirio se instala entre el público (chino, indonesio y japonés en su mayoría) y otras mozas en edad casadera abandonan sus asientos para, cual polillas a la luz, unirse al baile.

Los acordes de “*All mine*” le devuelven a escena y las orientales alzan sus brazos siguiendo el ritmo acompasado del tema. Tras ello Tom, fiel a su estilo minero, enlaza sin solución de continuidad una elástica serie de baladas, *rhythm and blues* y hasta un *blues* bien arrastrado.

El chorro de voz hace tintinear las botellas de licor expuestas en el bar. Todo se convierte en sublime con un “*Delilah*” que escuchamos, como un himno, todos en pie (muchos cogidos de la mano de sus *partenaires*). De este modo culminan cuarenta y cinco minutos de éxtasis con un Tom Jones tan tostado y virtual como devoto del original en este rincón de Camboya.

Solo a la salida vemos el cartel en la puerta, que anuncia:

“Q-BA productions”
Last week
The authentic and only
Asian Tom Jones

Crónicas jemeres 4. Año I

La soledad del búlgaro

Un viernes por la mañana, el búlgaro me invita a su casa. Se trata de una vieja residencia colonial, construida a principios del siglo pasado en plena avenida Norodom, y a la que ni la humedad ni el tiempo han perdonado un minuto. Se ingresa al salón desde el jardín. Puedo apreciar unos techos altos de madera y una baranda que rodea ese ambiente totalmente y que le da un aire como para ensayar discursos en casa. Varias residencias coloniales lucen este aditamento arquitectónico de interior tan absurdo como inútil, salvo si se está iniciando una carrera política.

Una muchacha de aspecto búlgaro me invita a sentarme en un sofá con barrocos aderezos de madera tropical que parecen crecer mientras estoy ahí sentado.

(No puedo evitar acordarme del viejo chiste casposo de aquel que le dice a un amigo: Leí ayer en un anuncio del ABC “Señorita enseña el búlgaro” y llamé... y resulta que era un idioma...).

Sale el búlgaro por una puerta corredera que chirría al abrirla, no al cerrarla (lo cual me parece extraño) y se presenta con vestimenta muy tropical: camisa de cuello mao en tonos tostados y con botones de tela, pantalón de lino de color marfil y zapatos a juego. La muchacha nos sirve un líquido que se parece a una Fanta, pero que en este

caso es de un color naranja brillante inverosímil y que no se mezcla con el hielo cuando este se derrite. Ni me atrevo a probarlo.

Mi anfitrión me cuenta sobre la crisis de soledad que vive, con su bello acento búlgaro que subraya las erres con algo de rabia histórica:

—Esta embajada vivió mejorrres momentos, en realidad en el perrríodo que va desde que cayeron los jemerrres rojos hasta la llegada de la Perrrestroika. Llegamos a tener nada menos que veinte diplomáticos acrrreditados. Y ahora... ya ves. Estoy yo solo, con el servicio y mi señora. ¿Quierrres ver la casa?

A pesar de que cae un sol de justicia y yo voy menos tropicalizado que el búlgaro, accedo a sus deseos. Me lleva de paseo por un *compound* dotado de un par de edificios de tres plantas en los que se alojaban las familias búlgaras hace dos decenios. La vetustez no deja de recordar a ciertas zonas de Moratalaz, donde sin necesidad de humedad se han deteriorado las construcciones de protección oficial a la misma velocidad que en Phnom Penh.

Pasamos por una pista de tenis de cemento ajada por la humedad, como con gangrena, que dice no tener dinero para renovar y llegamos a una piscina con dos calles que sí permite nadar: se nota en sus bíceps que la utiliza con asiduidad.

Junto al piscina una rubia teñida —intuyo que es la mujer del búlgaro— abandona una sesión casera de manicura con su tata jemer, que se retira despavorida, como volando sobre sus pies descalzos. Mi desconocimiento del búlgaro hace que la conversación sea breve. Acto seguido, pasamos a una coqueta iglesia ortodoxa, construida en honor a los siete cascos azules búlgaros muertos en acto de servicio y que, al parecer, atrae más termitas que feligreses.

Todo es efímero en la soledad búlgara de los trópicos.

Crónicas jemerres 5. Año I

Bayón en llamas

Inicio mi viaje a Siem Riep cuando aún es de noche. Un par de jóvenes fulanas recorren mi calle junto a la acera y chapotean con las sandalias en la mano en el agua que no ha secado todavía. Ha llovido toda la noche y los fogonazos de los rayos daban miedo a los despiertos. Por la avenida Rusia abro los ojos y una bola de fuego llega desde el río y avanza por la avenida en dirección oeste. Teñidos de dorado, un grupo de gente de edad hace aeróbicos en una intersección no concurrida.

Ya ha amanecido cuando llego al aeródromo de Phnom Penh.

En el avión voy amodorrado, miro al suelo y veo agua por doquier. La inundación pasa eterna bajo la nave y me pregunto cómo viaja la gente por tierra. No se ven barcas en la llanura de arrozales infinitos que brillan a ratos. Me parece percibir en la imagen difuminada, nube y agua y espejo, que lo dicen todo como los cuadros del genial Luc Tuymans.

Tras aterrizar y vivir el duro ajetreo de una finca de gusanos de seda gordos como carpas, visitamos unos pozos que hemos financiado en una comuna al sureste de la ciudad. Un niño flaco como un “Marcelino pan y vino” se acerca a mirar osado al vacío, hacia el agua que sube de lo profundo llamada por un ingenioso mecanismo



de manivela de fabricación local. Como lo regañan por acercarse tanto, se iba con el rabo entre las piernas hasta que un anciano del lugar le rescata y le pide que cante. Titubeando al principio, nos regala luego unas coplillas jemerres dignas de ser grabadas. Entonces me dicen que el zagal tiene sus facultades mentales algo mermadas, pero yo no noto nada excepto acaso un cierto desafino.

Acaba la jornada con una visita a los templos. En Angkor Wat se sorprende uno de contemplar tanto verde rodeando a tantos grupos de turistas coreanos, o tanto sudor bañando cejas y nucas, frente a los bajorrelieves de luchas titánicas entre ejércitos de monos y de demonios. Dentro de Bayón, el templo favorito de Jayavarmán VII, me pongo a buscar una piedra para la colección de Ana. Miro que te miro yo al suelo desigual buscando la pieza y al alzar la cabeza me percato de que me observan con tanta paz esas casi doscientas caras de cada una de las cuarenta y nueve torres y me quedo clavado allí mismo, mientras pasan los minutos hasta el cierre, a las seis de la tarde. Embrujado.

A la salida, cuando ya el guarda nos echa látigo en mano, cual Jesucristo jemer del templo, veo el fuego que lame las cortezas de los árboles, esos intrusos que quisieron comerse las construcciones humanas. Un color irreal por el que lloraría Kubrick lo invade todo.

Miro hacia atrás y ahí queda Bayón en llamas.

Crónicas jemerres 6. Año I

Torturas chinas

La princesa Sita nos dijo: “La cabeza solo te la pueden tocar los vietnamitas; los pies solo te los puede tocar un chino”.

Nos vamos toda la familia a los masajes “*Asia*”, los únicos regentados por chinos en Phnom Penh. La entrada, con un diminuto escritorio a la izquierda como recepción, trae memorias de antesala de fumadero de opio.

Pedimos a la apolínea china que nos recibe un masaje de pies y tras proveernos de unas chanclas con un número a bolígrafo ya medio borrado, nos pasan a la primera estancia: la sala del lavado. La habitación está presidida a la derecha por un jarrón estilo dinastía Ming de casi dos metros de altura. La porcelana refleja una bella escena con sampán digno de Kublai Kan navegando con fuerte viento y unos peces dorados (símbolo chino de la fortuna) saltando alegres en primer plano. La cosa presenta buenos augurios. Sin embargo, me percaté enseguida de que nos rodea un inquietante papel pintado, que rememora los peores años de pesadilla *hippie*, con floripondios rojos y verdes. El Yin y el Yang.

Nos sentamos en una de las dos filas de cuatro asientos, cada uno con un lavabo redondo que cubre hasta los tobillos. Acto seguido, un equipo de olímpicos jóvenes uniformados de impecables polos amarillos y pantalones azul aviación entra en la sala. No sonríen. Tras un durísimo

masaje de cuello que me deja baldado, y el lavado de los pies con unos polvos marrones que tintan el agua de color descompuesto, nos pasan a la segunda sala: la de masaje. Allí una televisión de pantalla plana preside la escena. Se muestra sin sonido un canal tipo *Discovery*, de los que hacen las delicias adolescentes, en el que un tipo con cara de pazguato anglosajón muestra oficios duros. Hoy visita una fábrica de residuos de pescado cuyo aroma parece filtrarse a través de cada píxel.

Y comienza la sesión de tortura.

Una joven, en cuya chapa a la altura del seno izquierdo creo leer su nombre, “Moster Chang”, y el número 15, es la encargada de mi desdicha. Tras untar mi pie izquierdo con vaselina marca “*Blue seal*”, comienzan los padecimientos. Amarra con cariño mi extremidad, que siento ya a miles de metros del resto de mí, y una simple presión de su pulgar sobre la punta de mi dedo gordo desata las hostilidades. El dolor sube raudo por mi columna y explota en mis tímpanos como un trueno. Descubro poco a poco, con pena de occidental desamparado, los miles de puntos que forman la geografía del pie: dedos y entresijos entre ellos, planta alta, media y baja, laterales, huesecillos, empeine, tobillo y talón de Aquiles. Puntos donde el dolor acecha y salta a cada instante. Siento que quien inventó el concepto de “tortura china” había probado estas hieles, sin duda. Entre escenas de grasa de pescado que se funde silenciosamente con mi padecimiento pasa la más terrible de mis horas jemerres. Intento a veces retirar el pie dolorido y la firme mano de la señorita número 15 lo devuelve a su sitio. Trato de hacer mohines de dolor y no consigo arrancar ni una mueca de compasión, ni un segundo de respiro.

Cuando a la salida, ya en la calle Monivong, miro al cielo que me acoge, siento que me elevo unos cinco centímetros del asfalto. Una pequeña nube china me sostiene.

Crónicas jemerres 7. Año I

Las masas jemeres y el agua

Cuentan las crónicas del gran Rey Jayavarman VII, máximo hacedor del apogeo del imperio jemer en el siglo XII, que para asegurar la paz en sus dominios tuvo que librar una dura batalla naval con su enemigo acérrimo: el Reino de los Chams, que ocupaba la región oriental en el delta del río Mekong, en lo que hoy se llama Vietnam. Desde entonces, para celebrar tanta sangre derramada, se realiza en Phnom Penh el “Festival del Agua”, en el cual se lucen las regatas que marcan la gran festividad centripeta camboyana: todo el que puede viene a la capital. Durante tres días seguidos y coincidiendo con la luna llena de noviembre o Khè Kadek, millones de jemeres y algún guiri despistado se congregan en los cuatro brazos de río, donde confluyen el Tonle Sap y el Mekong

Me invitan en nombre de Su Majestad a participar en la clausura del festival a las tres de la tarde. Llego pronto, pues el palco de autoridades está todavía con un cuarto de entrada. Sin embargo, el gentío se ha ido aglomerando desde la mañana para ver las finales y, compactos, ríen, comen y beben y, sobre todo, jalean a sus embarcaciones favoritas.

Al principio no entiendo nada. Con intervalos de un par de minutos, unas enormes piraguas de múltiples y vivos colores, con no menos de setenta y cinco curtidos remeros, a par por bancada, llegan

ajustadas a la meta frente a la que se encuentra el palco. Un golpe de tambor señala la nave victoriosa, cuyos bogantes levantan los remos en señal de victoria. A la distancia creo ver que dirigen gestos de sorna a la nave de los vencidos, costumbre ancestral que se da en otros muchos pueblos. Los colores de las camisolas a tono con las gorras o pañoletas son de paleta imposible y van del rosa chillón al amarillo limón con toda la gama de verdes, azules e incluye hasta níveas camisetitas con propaganda de algún auspiciador avezado.

Más tarde me explican que se compite por categorías, que se entrenan todo el año, que hay botes de hombres pero los hay también de mujeres, que este año todos los países de la región excepto Birmania han enviado sus botes, que ayer desaparecieron en las turbias aguas cinco remeros singapurenses al volcar su canoa.

Voy entrando en harina.

El río Tonle Sap, me cuenta un japonés algo redicho con doce años de estancia en tierras jemeritas, comienza justo ahora a cambiar de sentido su cauce como globo que se deshinchas y va a descargar al mar el agua marrón, que viene desde el Tíbet, con que el Mekong le ha alimentado en los últimos meses. Como me aburre su tono erudito le dejo hablar mientras voy entregándome a la feroz pelea por la victoria de las embarcaciones. Me imagino en esa pugna desigual contra la fuerza del agua, el dolor de músculos y tendones, el sudor jadeante del remero de al lado, el pito chirriante del timonel.

Algo hay de mágico en algunas canoas. Esta, por ejemplo, que gana ahora con varios cuerpos de ventaja, en lugar de llevar a proa, como la mayoría, un tipo que golpea la madera cual barco de galeotes, ha optado por una joven *apsara* que mueve los brazos abiertos en cruz señalando en grácil figura el ritmo de la travesía. Con esa propulsión fantástica casi se eleva sobre el agua.

En el palco las señoras lucen el vestido tradicional con el color del día de la semana: hoy domingo toca falda de color tinto joven y

camisa bordada blanca con banda cruzada al pecho que les confiere aspecto de directivas del Rayo Vallecano. Los caballeros de traje oscuro esperan, distraídos en sus cabildeos, la llegada del rey Sihamoni. Cuando este aparece, la pleitesía de los súbditos alcanza el paroxismo. El momento más emotivo lo llevan a cabo unos coletudos vestidos de blanco impecable que, arrodillados ante el monarca, ejecutan unos sones, huelga subrayar que algo básicos musicalmente hablando, con grandes caracolas en acuífero concierto que acompañan unas abluciones en las reales orejas.

Tras la soporífera entrega de premios por parte del monarca a los apolíneos regatistas vencedores comienza, ya entrada la noche, el desfile de naves-carrozas sobre el agua. A la par, el consabido castillo de fuegos artificiales se inicia en la otra orilla del río. Las barcazas destellan como árboles de Navidad, aunque lucen motivos que van de los dragones lanzando un fuego verde por la boca hasta el Buda de colores coronado como un San Pedro hecho Papa, e incluso un brillante mapa del país que reza: *“Come to Cambodia”*, algo absurdo ya que todos los que lo leemos ya estamos en tierra jemer. La música que acompaña cada carroza me recuerda a los altavoces que tocaban el himno madridista en el estadio Bernabéu de los sesenta, aunque estas tonadillas son más del gusto local.

Ya va tocando a su fin el ceremonial cuando veo un revuelo entre el cuerpo diplomático y ministros que asisten al evento. Por consejo de la Embajadora de las Islas Filipinas y otros veteranos, me sitúo cerca de la escalerilla y sigo a una pequeña pero abigarrada comitiva en pos del monarca. Entonces me doy cuenta del desafío al que hay que enfrentarse.

De los cerca de cuatro millones de jemeres que acuden a la capital para el acontecimiento anual del agua, aproximadamente un millón se han ido situando en la explanada frente al Palacio Real, donde nos encontramos. Una legión de policías contiene a duras penas a una

masa ruidosa y tupida como pelo de jabato, concentrada para ver al rey Sihamoni.

El pasillo estrecho, de una decena de metros de anchura y su buen hectómetro largo hasta el palacio, donde están nuestros vehículos, es “la prueba” para todos nosotros. Una vez que el soberano haya recorrido el trecho que le separa de sus aposentos, la guardia desaparecerá y la multitud congregada se moverá anárquica y arrasará con todo como moléculas en agua hirviendo. Hay que correr.

Siguiendo a los más curtidos, me consigo colar en un grupo de cabeza escapado del pelotón. Está presidido por no sé qué príncipe, seguido de cerca por los australianos, los de Malasia, la filipina y yo. Adelantamos al coche real y pasamos raudos entre las motos que arrancan motores y la muchedumbre. Miro las caras. Algunos nos aplauden divertidos. Otros nos jalean para que corramos más rápido. Los más, miran pasmados a la singular compañía. Me siento como aquellos errantes bíblicos cruzando milagrosamente las aguas del Mar Rojo, marchando a ciegas con Moisés a la cabeza. Sudamos copiosamente.

Llegamos casi al otro lado sin rasguño alguno a la vez que el *Mercedes* real, lo cual es un prodigio teniendo en cuenta lo fondón que está el cuerpo diplomático. Pero ahí se desatan las hostilidades. A pesar de tener a varios guindillas intentando crear una burbuja de seguridad alrededor de nosotros, todo es en vano. El frescor de ribera del que hemos gozado durante toda la ceremonia se ve impregnado ahora por el ardor ácido que el aliento de la muchedumbre humana desata en las grandes aglomeraciones. En unos segundos voy perdiendo de vista a todos los incautos que creíamos haber ganado la batalla contra la marabunta. Aislado del mundo y rodeado de cientos de jemerres que siguen vibrando al son de su fiesta, giro ávido la cabeza en busca de un punto de referencia. Nada. Tras un rato interminable bajo la ola que me ha deglutido, creo oír una voz amiga a lo lejos, como el ahogado que escucha una voz humana por última vez.

Alzado en las puntas de los zapatos, consigo ver a lo lejos a La, el chófer que me espera subido al capó del coche y que me lanza el salvavidas que me permite escribir esta crónica.

Crónicas jemeres 8. Año I

Mundanos en el Salón de la Emperatriz

Esta mañana, Phnom Penh ha amanecido toda engalanada. En la avenida Norodom, columna vertebral de la ciudad, banderolas y pasquines en español y en jemer anuncian leyendas pintorescas y con un aire antiguo: “*¡VIVAN LAS RELACIONES ESPAÑA Y CAMBODIA! ¡VIENVENIDO EL REINA DE ESPAÑA!*” (Sic) y otras más indescifrables. En las farolas, la enseña roja y gualda se abraza salerosa a la bicolor camboyana, de rojo y azul cobalto, que según Ana no combinan, y que tienen la osadía de encerrar la silueta de Angkor Wat en blanco, como un espectro. Las afueras del Palacio Real parecen una feria de abril con cientos de banderitas vibrando como locas sobre el tráfico despiadado.

Nos han citado en el *Hotel Royal* a la una y cuarto para un acto que comienza una hora más tarde por la sin par costumbre de que los plebeyos esperen, ansiosos, a sus soberanos. Varios corrillos de compatriotas llenan la sala a nuestra llegada. Me presentan a unos empresarios del tejido, con el tex pegado en la frente, y me dice “*Pepeluna*”, un viejo del lugar: “Estos dan empleo a más de cuarenta mil jemerres”. Miro el corte de sus pulcros trajes y sus miradas aviesas, y le creo. Otros círculos son menos dóciles con el mundo de la confección. Algunos militantes oenegeros parecen haber pasado por el

Ejército de Salvación a primera hora para elegir dudosos modelos para la ocasión. El rosa palo mezcla mal, ciertamente mal, con el naranja, el azul y el verde limón pero, aun así, hay quien osa seguir intentándolo en esta regia ocasión. Un tierno infante, sacado a rstras de su siesta diaria, berrea enfurruñado.

La llegada de Su Majestad tiene lugar justo a tiempo. Es decir, justo cuando acabo de enganchar –por fin– una copa de rioja al vuelo y no tengo dónde dejarlo. Me aparto del camino con hábil zancada, y vuelvo en un salto al lugar por el que intuyo va a circular la majestuosa comitiva, mas me veo cercado: los del textil se lanzan como sabuesos a por un solomillo. Unos momentos de bloqueo, como si la carroza real hubiese enfangado, pero enseguida se encauza el nerviosismo del paisanaje hacia una ordenada fila, ordenada por la Reina en persona, al tiempo que yo ya le estoy presentando a mis zagales. Nos apartamos cabizbajos por esta salida en falso cuando el resto de los asistentes inicia unos de los ritos más antiguos de la humanidad: la pleitesía.

Luego de esto, uno tras otro pasan trasnochados canapés entre chascarrillos de gabinete en el “Salón de la Emperatriz”. La regia figura se presta a diálogos que no resistirían un envite a chica en bares de barrio, pero que aquí cobran vida como un pasodoble antiguo.

Y entonces un flash. Y se levanta la veda.

Ya nadie quiere platicar. Todos buscamos la instantánea que inmortalice nuestra molicie ante los seres queridos, tan lejanos en horas de vuelo como cercanos a golpe de Internet. Una oronda señora que deja correr las eses más de lo debido por la etiqueta, se atreve incluso a pedir una segunda ronda de retratos con la reina: “Ssque mehanssalío mal la primera vessss”. Y con majestuosa paciencia, nuestra anfitriona se presta al guiño del ojo minúsculo de una cámara digital de tercera división.

Para la foto de familia es necesario el pastoreo conjunto del Embajador, la Casa Real en pleno y algún guardaespaldas hasta que, al fin,

el retratista que aporta la agencia EFE nos immortaliza para algún álbum oficial.

Ya entrada la noche, encaramado de nuevo a la escalera de fabricación singapurense, mientras con el taladro agujereo el muro para colgar un cuadro del maestro Revilla, me viene silbando a la mente un verso de viejo tango que me enseñó Carlos en Bruselas:

“¡Viste, vieeejo! ¡Esto sí que es ser mundaano! / ¡La mañana con los reshes y esta taaarde en el andaaamio!”.

Crónicas jemeres 9. Año II

Salamanquesa's blues

En mi oficina hay un pequeño cuarto de baño en lo que era el piso superior de la mansión que ocupamos. Es todo de color azul, en diversas tonalidades, y tiene vista a la obra del edificio en construcción, justo enfrente, que se yergue veloz en medio de un guirigay de obreros y hormigoneras. El paisaje urbano de Phnom Penh semeja ya al de un huerto de falos en el ascenso de la erección. Imparable.

Incómodamente sentado en una taza marca “*Karat*” (reza su publicidad en la prensa jemer: “*Su compacta y oblonga forma está especialmente diseñada para la anatomía asiática*”) percibo dentro de la bañera azul-noche una salamanquesa de un considerable tamaño que intenta salir de forma denodada. Ascende apoyada en sus patas con ventosas hasta la mitad de la pared de la tina, pero luego se escurre entre jadeos desesperados. Entiendo por qué se dice que lo que aquí llaman “geckos” tienen fama de ruidosos. Cada intento fallido es acompañado por un bufido casi imperceptible y un ronco “*geckoo-geckoo*”.

Recuerdo entonces que mi madre me contaba que en la Andalucía oriental de su infancia se creía que donde caía la saliva de uno de estos saurios no volvía a crecer el pelo.

Al rato de observar me duele el alma de tanto intento en vano de escalar la porcelana azul de mi bañera, convertida en gran boca de desatinos salamandrescos.

Tomo medidas.

Corro a mi despacho y traigo unos sobres grandes y una publicación reciente de la oficina europea de ayuda humanitaria (ECHO, para los iniciados). Toda la utilizaría disponible para una buena causa, me digo. Organizo un andamiaje algo inestable pero suficiente para lograr la escapada. Listo.

Sin embargo, mi salamanquesa hace caso omiso a mi socorro y corre despavorida al otro lado de la bañera.

Me armo de otro sobre, elegante, blanco satinado, y pastoreo suavemente a la bestezuela hacia su escala salvadora.

Y, de repente, se me hiela la sangre.

En un ancestral movimiento, se para en el centro del ruedo oval, me hace frente hinchando elegantemente el pecho y, abriendo una horrenda boca con fondo rojo, me lanza un berrido primitivo, como transmitido por los genes de los dinosaurios que dominaron la Tierra: “*Geckooo-geckooo!*”.

Tardo un rato en salir de mi aturdimiento, cavilando sobre lo corta que es la historia del hombre en este planeta.

Por fin espoleo al reptil hacia lo alto, donde se me queda mirando boquiabierto, con palpitaciones de púgil en el último asalto.

Dejo a mi salamanquesa en su reino azul.

Virginie me cuenta que antes hubo una, mucho mayor, con voz grave y adulta, a la que echaban a veces por la ventana, pero que siempre volvía. Seguramente esa debió ya morir, no sin antes ceder el cetro a esta, digna reina sucesora.

Vuelvo al día siguiente y compruebo con dicha que mi salamanquesa ya está ahí.

Cinco mil rosas rojas en el Centro Mundial

La invitación es un tríptico de color salmón claro. Entre arabescos dorados, formando un lindo corazón, una pareja de alados tórtolos se mira con ojos golositos. El interior del cartón nos previene que dos prebostes de la patria jemer requieren el placer de nuestra presencia para la auspiciosa ocasión de la recepción de la boda de sus respectivos hijos en el “*Centro Mundial*”, también llamado Klaing Rumsev en lengua jemer. Como en el Medievo, las grandes familias acoplan a sus vástagos en un intento de crear alianzas más fuertes que el anillo de los desposados.

En otro cartón tamaño chuleta escolar se detallan, bien bruñidos, la docena larga de eventos de la boda, exclusivos para las familias de los contrayentes, que duran tres días y que incluyen actividades peculiares como “ceremonia de corte de pelo”, “sacrificio de los abuelos” o “ceremonia de tratamiento dental”. Me da un respingo la caries nada más que de pensarlo.

La recepción que incluye baile es a las cinco y media y llegamos tarde.

Pasamos bajo el gran arco de entrada al Centro Mundial donde cientos de vehículos, con profusión de *Lexus* y *Cayennes*, atiborran el vastísimo aparcamiento. Tras este, se encuentra una inmensa corrala al aire libre rodeada de edificios de oficinas con memorias de rea-

lismo socialista. Al fondo se oye el murmullo de miles de almas ya sentadas en pomposas mesas redondas. Presidiendo, un gigantesco escenario iluminado, mezcla de concierto de Madonna y de Festival de la OTI con un inmenso corazón rojo brillante formado por cinco mil rosas rojas frescas: una por cada invitado.

Tras pasar por los arcos de seguridad llegamos a la entrada del recinto. Un nuevo pórtico de verde y flores, ante el que los invitados se hacen fotos entre unas muy jemerer risas nerviosas. Al atravesar nos topamos con los respectivos padres junto a sus orondas señoras que entre un petardeo de flashes reciben uno a uno a los invitados.

Mientras unas virginales jovencitas nos ofrecen una reproducción miniatura de un jarrón en bronce jemer, nos adentramos al fin en el corazón del banquete.

En varios semicírculos concéntricos según el nivel de los convidados, rodeando el escenario cual inmenso teatro griego, cientos de mesas redondas de a diez comensales y con manteles acrílicos, que pican nada más mirarlos, bullen al fragor de la cena. Todo parece descontrolado. Hay mesas que están ya en los postres, otras se vacían para ser inmediatamente ocupadas por gentes que acaban de llegar, otros aún se sirven crustáceos y tallarines en ebullición de una gran sopera que ocupa el centro de la abigarrada mesa.

Ante la falta de indicaciones penetramos seguros hacia el escenario pasando sin mirar por los controles que separan los niveles de invitados hasta llegar al nivel alfa: el *sancta sanctorum* de la ceremonia, junto a la pista de baile.

En ese lugar un encargado de protocolo nos pide paciencia, pues están todas las mesas llenas y anuncia pomposamente que otras están al llegar. En escasos minutos mientras jovencitas amables nos van agrupando en subconjuntos de a diez, fornidos mozos acarrean sillas vestidas y mesas ya dispuestas: mantel, platos, cubiertos y palillos chinos, vasos (todo envuelto en celofán), aperitivos y algunas latas

de cervezas y refrescos a temperatura ambiente. Con pasitos cortos como el juego de las sillas musicales, tomamos asiento.

Mientras unas huríes ponen hielo en nuestros vasos, hacemos las presentaciones de rigor de las parejas asistentes y descubro que nos hallamos entre empresarios jemerres del caucho, un Viceministro del ramo, el Presidente de los aeropuertos y una pareja que parecen chinos y que no abren el pico en toda la noche, aunque asienten sonrientes todo el rato.

Se detiene la suave música tradicional de ambiente para dar paso a un atronador *“Blanca y radiante va la novia...”* cantada en jemer. Presuntamente nos levantamos hacia el pasillo central desde cuyo pretil florido atisbamos la comitiva de padres y novios que se acerca. La novia, sutil como un pajarillo, parece un ángel desde lejos y creo incluso ver un halo santo sobre su cabeza. Cuando se aproximan, comprendo. No se trata de santidad sino de costosa pedrería que le adorna el gesto de una oreja a otra e incluye una corona de diamantes que ya desearía más de una regia cabeza europea.

La comitiva da una vuelta completa a la pista de baile y se acomoda en su mesa mientras a la nuestra llega un pollo entero con la mirada torcida y color desvaído y, que aunque frío y duro, sirve de tapa para la cerveza aguachirlenta.

El maestro de ceremonias anuncia a un joven barítono local que canta el himno nacional y acto seguido contrayentes y progenitores suben al escenario. Los padres leen las trayectorias vitales de sus respectivos vástagos mientras la pantalla gigante lanza imágenes con esos momentos familiares de dicha: de la tarta del primer cumpleaños o las pedaladas en triciclo a la graduación en la Universidad de Melbourne.

Es tanto el gozo del momento que ambos padres se lanzan a un desafinadísimo dueto de karaoke ante las miradas atónitas de sus parientas y del respetable.

Mas ahí no acaba todo.

El novio, como movido por el genio luchador de su padre, arranca un micrófono de su pie y pide silencio. Se produce el milagro y solamente el tintineo de algunos vasos interrumpe la solemnidad. Con una suave sintonía de fondo, recita una oda al amor por la novia que engarza, sin solución de continuidad, con un tema propio, en el estilo pop coreano más pasteleiro, interpretada con la gracia de un batracio. Entra el barítono de nuevo a escena y canta de nuevo a yugular hinchada el “*Blanca y radiante...*”, alcanzando todo un cierto paroxismo. Entre las madres a la derecha del escenario se mezclan los destellos de brillantes con estelas en las mejillas, acaso de lágrimas provocadas por tanta emoción y tanto empeño.

Mientras a nuestra mesa arriba hirviendo la sopa que borbotea sus gambas y calamares cortados como flores de loto, las familias llegan a la mesa de autoridades y entre destellos y risas se sellan lazos inquebrantables entre el presente y el futuro de la nación. Todos sudamos, aunque por distintos motivos.

Llegados los postres, mientras mi compañero de mesa me cuenta los mil usos del látex, más allá de las masculinas “gomas”, se lanzan los próceres al baile en la pista central. Siguiendo pautas ancestrales, por orden tanto jerárquico como gerontológico, van evolucionando las parejas en una danza jemer circular-ritual con la velocidad de una sardana pero con el gusto y la armonía de una bailarina *apsara* de las que llenan los templos angkorianos.

En ese momento veo que las mesas de alrededor se han vaciado y que nuevos comensales comienzan a ocuparlas. La edad media ya ha caído en picado hasta los veintitantos, no así la profusión de brillos. Por los gestos que se hacen entre sí, dando muestras de fiebre por el movimiento, y por la profusión de guardaespaldas en los alrededores me percato de que nos empiezan a rodear las crías de chinchilla del poder, esa suerte de corte de infantes de los más poderosos y que está siempre dispuesta a la diversión y otras sustancias.

Nos vamos.

Atravesando en sentido inverso hacia la salida, las mesas se hacen más ruidosas y sencillamente jaraneras, según se desciende en el orden social.

Al pasar de nuevo bajo el arbóreo arco de la entrada, cuatro humildes damas de edad avanzada siguen haciéndose fotos con el corazón de rosas rojas fulgurando a lo lejos entre un hormigueo de baile. Les tomo una instantánea y me responden entre sonrisas algo desdentadas:

—*Or-kun, mesié, or-kun.*

Crónicas jemerres 11. Año II



Con Jean Paul en el Mercado Ruso

El Mercado Ruso es un rastro tan antiguo como la ciudad de Phnom Penh. Su nombre real es Toul Tom Poug, pero su apelativo más reciente le viene por ser el lugar de compras favorito de los técnicos soviéticos que servían en la ciudad durante el período de control vietnamita en Camboya, tras la caída del régimen de Pol Pot en 1979.

Quedamos con Jean Paul en la esquina de los anticuarios, donde se pueden encontrar a precio de breva piezas de la China imperial salvadas de naufragios y que lucen, pegadas, lapas y otros parientes marinos algo fosilillos ya.

Jean Paul se mueve con soltura por el laberinto de tiendas y pasadizos del mercado. Bajo el calor asfixiante, va toreando niños en canicas que rechupan un hueso de mango, atraviesa como un mariscal el paso a nivel de una vendedora de sedas que apoya el pie en la tienda de enfrente taponando el estrecho pasillo y por fin aterriza en el lugar que buscaba: un vendedor de películas piratas que acaba de traer una colección entera de videos del sello *Deutsche Grammophon*.

La parada cultural nos sienta bien.

Siento un espeso sudor empapándome el hueco bajo las tetillas mientras percibo los efluvios de la pasta de pescado seco fermentado del puesto de al lado, donde una abuela se reata el tradicional

pañuelo jemer a la cabeza, mientras discute entre silbidos mellados el precio. “*On fait nous d’excellents soupe avec*”, me chapurrea en francés un jovencito con RayBan al doblar la esquina tras un marchante de tubos de escape colgados como longanizas a secar.

Mientras Jean Paul escudriña la parte de atrás de las sinfonías 1 y 2 de Mahler, siento un algo reptar junto a mi pie derecho. Es un tipo de edad indefinida que viene arrebañando el suelo de todos sus pringues y avanza cual comando apoyando codos y antebrazos. Una pierna vacía del vaquero pordiosero arrastra como cola de novia con mil piltrafas atrapadas mientras la otra, más corta, luce un mugriento muñón mal operado, desde la rodilla.

Mi compañero baja la vista de la carátula de la Resurrección de Mahler y ve al lagarto humano que se aleja respirando fuerte por la nariz a cada brazada. Me cuenta:

—Este infeliz seguro que pisó una mina. Yo he visto muchos así. Mira, tenía yo unos nueve años cuando entraron los vietnamitas en Camboya y con mi madre y mis hermanas pequeñas, que eran como ratitas entonces de mal nutridas que estaban, escapamos como otros miles y miles de camboyanos hacia Tailandia. Tras días de marcha a pie por caminos rurales, llegamos a la frontera un día de marzo como hoy. Hacía un calor que ahogaba hasta a los grillos. Cuando pasada la primera noche la gente se despertó y se iba haciendo a la idea de que ya estábamos fuera del horror... llegó lo peor.

«Un comandante del ejército tailandés con una patrulla de soldados —maldita sea su estampa— nos llevaron a punta de fusil hasta lo alto de un monte que habíamos sorteado para pasar al otro lado. Una vez arriba, sacaron de un camión unos cubos inmensos de basura y la gente —idiotas— creyó que era comida para repartir. Nada más lejano. Los cubos estaban vacíos. A voz en grito nos obligaron a echar en los cubos todo lo que pudiéramos tener de valor: relojes, joyas, dinero. Hasta los amuletos de Buda quitaron a una señora viuda. Después, casi con lo puesto,

nos amenazaron con fusilarnos a todos allí mismo si no descendíamos monte abajo a nuestro país. De vuelta a las entrañas de la Kampuchea Democrática en descomposición. La ladera estaba minada, pero allá nos mandaron, resbalando cuesta abajo, como manada ciega, a cientos, miles de refugiados. No llevábamos ni cien metros cuando se oyó la primera explosión ronca y luego un alarido de dolor. Y luego la desbandada. Entonces como rocas-tapón saliendo de la tierra, una, dos, tres, diez explosiones y más dolor y gritos y sangre. Al rato la gente hizo filas para bajar por donde ya había saltado una mina y se apartaba al herido con un palo y con los pies para dejar paso. Sin embargo, los de atrás empujaban y al salirse del sendero seguro venían más explosiones.

Tengo grabada en la mente la imagen de un tipo como este, que se agarraba las piernas hechas jirones y nos miraba con ojos de pánico, con el gesto de la muerte llenándole ya el rostro».

Salimos del Toul Tom Poug al sol del mediodía con las manos vacías, la mente a cuadros. Ya no me acuerdo del calor, ni del olor, ni tan siquiera del día en el que vivo.

Nos dirigimos a un guariche a la sombra, de esos que salen en las guías-biblia para turistas, repleto de gordas australianas libando cervezas *Angkor* con esas risas rubias y chillonas de las anglosajonas. Le pregunto entonces a Jean Paul por qué lleva ese nombre tan de la *rive droite* del Sena.

—Bueno, es una larga historia —me responde—. Me lo pusieron en un colegio de curas en Suiza, al que me llevaron a estudiar. Allí me hice católico y cuando me preguntaron por un nombre de bautismo, no lo dudé: les señalé un gran retrato que estaba en la pared del despacho del padre Rector. Era el del nuevo papa polaco que había sido pontificado unos meses antes, justo cuando los vietnamitas comenzaron a echar a Pol Pot de mi país.



La vida cíclica de Khieu Samphân

Domingo 10 de Julio de 1960. Khieu Samphân sale de dar clases de matemáticas en el liceo Pailin de la capital. Ha sido una semana de trabajo muy exigente, combinando la dirección del periódico *El Observador*, opositor al régimen de Sihanouk, y las clases de matemáticas los fines de semana para llegar con algo de soltura a fin de mes. Los alumnos le aprecian y él lo sabe. La enseñanza le permite no solo ganar unos francos más, sino también estar en contacto con los jóvenes, “el futuro aún verde de Camboya”, según acostumbra a decir en su círculo más restringido.

Es una tarde como la de hoy, en vísperas de las fiestas de la Revolución Francesa, la que él denomina “la bella revolución del pueblo, la primera”. Se acuerda de sus años en París estudiando duro para sacar el título de Economía en la Sorbona. Rememora también esas tardes de domingo, el color y el calor del mes de julio, bajando de la mano de Colette las escalinatas de Trocadero. Cierra los ojos y siente el olor húmedo y viscoso de las fuentes, la caricia en su rostro sin edad de aquel sol de verano y le viene de repente una sospecha: piensa si fue lo correcto dejar a Colette por La Causa, para volver luego a este país podrido por la corrupción y los monzones. ¿Será el

clima que lo pudre todo? ¿Me estoy pudriendo ya y ni lo noto? No obstante, rápidamente resuelve sus dudas y se frota con ambas manos la cara para negar ese sol lejano y añejo, negar otra vez, siempre, otra vez, cualquier veleidad pequeño-burguesa.

El lunes escribe un editorial devastador en *El Observador*. Con la excusa de la vida de un vecino de su barrio, cargador en el Mercado Central de Phnom Penh con horario de sol a sol, traza un cuadro expresionista y mordaz de la realidad social del país.

«Mi vecino Son Suon sale del trabajo agotado por el asfixiante calor de la estación y la carga de sus casi sesenta años. Al cruzar la avenida Monivong está a punto de ser atropellado por un Bugatti modelo 1933 que baja raudo por la avenida tocando la bocina como un animal mítico. Son Suon no entiende de coches, pero no sabe el lujo que hubiese sido morir embestido por uno de los más bellos vehículos que han creado ingenieros lejanos para la escudería más prestigiosa del orbe. Por azar coincidían en el tiempo y el espacio: En un lado del cuadrilátero Son Suon, trabajador manual sudoroso y sin futuro. Cuarenta y cinco kilos. En el otro, tonelada y media de máquina perfecta y engrasada participando en el Rally de Indochina. Este es el país de contradicciones de nuestro amado príncipe Sihanuk».

Ese mismo día recibe Samphân una escueta nota del Ministerio del Interior con orden de presentarse a la mañana siguiente sin falta a las siete en punto.

El edificio que alberga al Ministerio responde a los arquetipos. Un gran bloque de cemento ocre, como un monstruo de mil ojos donde se sabe cuándo se entra y se desconoce la fecha, y el estado, de la salida. Ha llegado con media hora de adelanto y el conserje le ha hecho esperar en la acera, ajeno a los trinos mañaneros de la calle. Tras una tensa hora en la sala de espera le recibe el Ministro en persona.

Kou Roun le sonríe ancho al entrar en el despacho. Tiene aspecto de presentador de circo, con una boca que le cruza la cara como una autopista, pero sus manos regordetas de maneras gansteriles parali-

zan incluso al más fajado. Samphân siente un nudo en la garganta que le atormenta la emisión de sonido alguno.

Kou Roun le exhorta a que se tranquilice.

—Querido Samphân —le espeta—, caaaalma amigo, caaaalma. Beba, beba este té que le entonará. ¿Sabe una cosa?: aquí no nos comemos a nadie... —y suelta una gran risotada que es seguida al unísono por otras dos bocazas que Samphân no había visto y que salen como marionetas de detrás de las cortinas.

El resto de la charla le resuena a Khieu Samphân en el cerebro cuando un par de horas después vuelve a pisar la calle, donde los ruidos de la ciudad le suenan ahora a gloria tras el desgaste de la entrevista. Entre las bocinas de los coches y la voz de pito de un ciclista vendedor ambulante de frutas, le llegan a retazos las palabras en el eco del despacho: “...y somos una gran familia, ¿sabe, Samphân? Ustedes los que escriben y nosotros, servidores públicos que leemos, una gran familia... Me encanta su estilo... pulirlo un poco, tan solo un poco... Usted es un buen profesor... un hombre respetado... no se me pierda Samphân... hasta a mí se me va a hacer difícil encontrarlo, si se me pierde...”.

“Si se me pierde... si se me pierde...”.

Samphân vagabundea por la ciudad. Sube hasta el Wat Phnom como buscando consejo en el monte sagrado que da nombre a la ciudad. Encamina sus pasos al malecón y mirando las ramas mecidas por el agua, toma una decisión.

El siguiente editorial de *El Observador* define con pelos y señales la entrevista con el ministro Kou Roun: el despacho y sus muebles, el traje a medida del Ministro y sus ademanes, los lacayos riendo las bromas y encendiendo serviles el puro habano del jefe, “*el cual absorbe el cigarro como si le fuera la vida en ello, expulsando luego un humo gris oscuro, haciendo aros en el aire y mirándonos al resto, esperando la aprobación por la hazaña...*”.

Y sin embargo, aunque no menciona las amenazas, no hay una línea con un cambio de estilo. Dispuesto a perderse y encontrarse.

La respuesta no se hace esperar. Al mediodía del 13 de julio, tras una mañana agotadora con el departamento de contabilidad de *El Observador*, Khieu Samphân sale a almorzar y nota un estremecimiento en la columna nada más pisar la calle. No ha caminado aún veinte pasos cuando un grupo de conductores de *cyclos* le rodean al cruzar la calle Pasteur. Sin mediar palabra, el primer conductor *cyclo* le golpea con una barra de metal en el hombro izquierdo. Samphân se lleva la mano a la parte dolorida y recibe en los nudillos el segundo golpe, cuyo dolor le recorre la tripa como si hubiera tragado una serpiente. Inmediatamente llega un sinfín de porrazos con puños y pies, barras y bastones que le hace perder el equilibrio y casi la conciencia. Entre un velo de dolor, siente que le arrancan la ropa y los zapatos y queda tirado como un Adán en la acera. Se acerca un samaritano que le ofrece su *krama*, ese pañuelo camboyano que sirve para todo y que se puede poner de mil maneras, con el que Khieu Samphân viste sus vergüenzas y va denunciar la agresión a la comisaría.

La editorial del día siguiente es más dura aún con el régimen y a ella se suman otros editores, algunos tan escasamente opositores como el director del monárquico *Realidades Camboyanas*, que ven en la agresión una amenaza contra toda la familia de periodistas en Camboya. Tras una sesión parlamentaria dominada por el miedo a los “*peligrosos izquierdistas que quieren destruir nuestra nación*”, se crea el caldo de cultivo que lleva a Khieu Samphân a estar en prisión preventiva durante un mes hasta que se le deja en libertad sin cargos.

La vida cíclica de Khieu Samphân asemeja una campana de Gauss con ciclos parejos.

Dieciséis años después del episodio de los *cyclos*, el obediente y paciente Samphân es nombrado por Pol Pot como Jefe del Estado de la Kampuchea Democrática, nombre con el que los Jemeres Rojos

denominan al país tras su victoria sobre el dictador Lon Nol, apoyado por los Estados Unidos.

Dieciséis años más tarde, tras los acuerdos de París que permiten a los Jemeres Rojos y otros partidos abrir sedes políticas en Phnom Penh, una turba tan enloquecida como orquestada entra en el edificio del partido y atesta una paliza a Samphân, que se esconde en un armario para salvar la piel.

Dieciséis años más todavía y Khieu Samphân se sienta hoy en el banquillo de los acusados ante el Tribunal que juzga los crímenes de los Jemeres Rojos. En la sala del juicio, frente a los fiscales, se adivina tras la mirada profunda de sus ojos una vieja historia de amor/odio con la guillotina.

Crónicas jemeres 13. Año II

Tigres Voladores contra el bovino en fuga

Es martes y vamos, después de un cóctel en el *Hotel Royal*, a tomar unas cervezas *Tiger* de barril con nuestro amigo Prasith al bar “*Le Deauville*”, cerca de Wat Phnom. El bar es un reducto de viejos franceses expatriados que conversan acalorados, casi siempre de petanca, con el patrón, Jean Loup, un personaje más de Hugo Pratt que de la vida real. De Jean Loup se sabe que nació en Córcega, que estuvo en la legión extranjera y poco más. Se adivina más de él si se estudian de cerca los surcos del rostro, un auténtico mapamundi.

Regenta un local abierto a la calle, de nombre muy balneario y de baja estofa, en el que sirven, con rostro siempre cansado y ademanes de cortesana aburrida, una cohorte de jovencitas a las que el dueño obliga a llevar botas altas y faldas cortas que revolotean graciosas cuando se mueven entre las mesas.

Prasith es un muchacho menudo de ojos espabilados, hijo de la nueva aristocracia camboyana; luce un sólido anillo de brillantes y nos da cuenta detallada de mil beneficios en sus fáciles negocios, de su último viaje a Hong Kong y de la devoción que profesa al *foi-gras mi-cuit*.

Es una noche tibia de este tórrido mes de abril. Apenas una leve brisa nos llega del río y retrasa un poco el que las cervezas se

vuelvan caldo. Las aspas de los ventiladores en el techo del bar, al máximo de su potencia, no dan abasto para ahuyentar insectos y efluvios de calor. Las veo moverse como en cámara lenta, también cansadas del ajetreo y la calima. El ambiente es sereno; la conversación, agradable. Es cerca de la medianoche y el local bosteza antes de cerrar.

Surge un revuelo al principio casi imperceptible. Ecos lejanos de sirenas, motores y guirigay. Según se acerca el remolino, los pocos parroquianos del local de Jean Loup nos vamos poniendo en guardia. Una llamada como de la selva nos saca de nuestras pláticas y nos hace mirar al aire para olfatear lo que se nos viene.

Cuando se hace ya claro el ruido de motos y gritos acercándose aparece, en chiflada carrera, una vaca resoplando por la esquina del *Deauville*. Es un ejemplar típico camboyano: patilargo y cuernicorto, orejas de soplillo, de color ocre bruñido por el sudor de la carrera y que emite unos mugidos cansinos pero altaneros mientras pasea su trote largo por el asfalto que rodea Wat Phnom. Cual Mihura indochino en su sanfermín particular va sorteando obstáculos y lanzando derrotes, incluso alguna cornada de aviso, a los escasos viandantes que se cruzan en su camino. A la segunda vuelta a la plaza aparecen tras el bovino en fuga dos fulgurantes motoristas de la brigada de los “Tigres Voladores”, el cuerpo de élite de la policía local capitalina. A guisa de mercenarios, visten uniformes poco ortodoxos que muestran mucho pecho al aire. Calzan negras botas que compiten en lustre y altura con las de las jóvenes empleadas del bar que ahora les jalean desde la acera, como vestales en celo.

Siguen a los raudos Tigres Voladores una nube de motocicletas de distinta cilindrada que acosan a su vez al aprendiz de morlaco. Bajo la sabia dirección de las fuerzas del orden y a favor del cansancio y la querencia del cornúpeta, las motos le van rodeando poco a poco hasta que terminan haciendo un círculo fumante y ruidoso.

Tras un intento de barrer el suelo con la pezuña izquierda en falso ánimo de iniciar una nueva carga, se rinde la bestia con ademanes de comenzar a pastar en el alquitrán aún caliente.

Llega en esto una camioneta cargada con varias hermanas de la infeliz fugada. Al volante va un azorado y jadeante empresario que se presenta a todos con las dos manos juntas al frente saludando al estilo jemer y recitando su nombre, El Ham, y dando las gracias a todos como una mantra:

—Or-kun, El Ham ... Or-kun, El Ham ... Or-kun, El Ham...

De lo que me traduce Prasith del aturullado recitado del propietario de las reses y de los audaces vaqueros urbanos deduzco que, mientras atravesaba el puente de la Amistad con Japón, o puente japonés, como le conoce el paisanaje, intuyendo su infeliz destino y a la vista de tanta agua, el rumiante saltó por la parte trasera y emprendió su veloz escapada. Menos mal que una pareja de “Tigres Voladores” patrullaba por los alrededores de la embajada americana y ante el revuelo, se erigieron en gauchos rescatadores del animal fugitivo.

Tras subir a la bestia al vehículo —no sin esfuerzos, coces y roncós mugidos de protesta— un sudoroso pero ya calmado El Ham saca un generoso fajo de billetes y distribuye de a 10 dólares entre la felina autoridad y los maletillas motorizados.

Los ojos de vidrio de la vaca jemer brillan intensos a medida que se alejan camino al matadero.

Crónicas jemer 14. Año II

Pilotos polacos

Llegamos los últimos a la residencia polaca, algo osado si se tiene en cuenta que es nuestra primera salida a casa de Ricardo y Mariola y que la puntualidad es norma. El resto de los invitados se acomodan alrededor de unos tresillos de *escaý* estilo muy años setenta. La tapicería en tonos verde pipermin hace juego con el brebaje que ingieren, un combinado de *Żubrówka*, un vodka perfumado con una hierba muy amada por los bisontes, mezclado con una especie de mejunje de enjuagarse los dientes. Únicamente un comensal de la docena que somos ha resistido feroz a las acometidas de la bebida de diseño y toma vodka puro. Y es que ser ruso y tener planta de Romanov confieren siempre un caché difícil de combatir.

Ricardo, general retirado de la aviación polaca, es un hombre afable de cabeza cuadrada y sonrisa de niño. Sesea mucho al hablar y mientras espolvorea las palabras, un riego de saliva le sale de entre los dientes. La gente toma sus distancias pero él, cariñoso, se entrega en sus conversaciones y las convierte en feroces cuerpo a cuerpo en los que todos se alejan y él busca el *clinch*, en singular pugilato.

Su señora se llama Mariola y solo habla polaco y algo de ruso. Pizpireta, de carnes prietas, tiene un color de piel entre blanco y sonrosado como con vetas y brillo de mármol, o como un filete de

charolés. Con sus largas pestañas emite señales y reprende continuamente a Ricardo. Este, sabedor de ser el único ser sobre la tierra que comprende ese código, nos mira con un elevar de cejas que demuestra santidad y va obediente a rellenar las bandejitas de anacardos.

Pido a Ricardo un vodka puro al estilo lanzado por nuestro zar y accede vertiendo de una botella pequeña, tipo petaca como de *duty free*, con un bisonte pastando en la etiqueta, el grasiento elixir en un vasito de grueso cristal que dan ganas de estrellar contra la pared al vaciarlo.

“¡Nasdrobieeee!”, pienso y veo la imagen del cristal hecho trizas. Sin embargo, me puede la calma y tan solo pido un relleno al acabar el vaso.

La conversación masculina gira en torno a las vicisitudes del gas ruso. La de la parte femenina se divide en una plática en ruso entre Mariola y la zarina *matrioska* y los últimos conciertos organizados en el Art Café. Todo muy civilizado.

Me comienza a invadir un cierto estupor bebiendo a sorbitos el tercer vaso de vodka, pero me salva literalmente la campana, pues nos levantamos todos al llamado de Mariola que a sonoros badajazos nos invita a pasar al comedor.

Una opípara cena polaca es servida por una sonriente muchacha jemer que adorna cada plato con una letanía en su lengua vernácula parecida a un mantra, para que nos siente todo bien. En seguida percibo con horror que no hay frente a los platos más que una pequeña copa labrada de ribetes dorados, con lo cual intuyo que el festival de *Żubrówka* va a continuar. Para el inicio de hostilidades se sirve una sopa de verduras donde flotan trozos de salchicha, embutido que se habrá de convertir en la estrella de la noche.

Pero no adelantemos acontecimientos.

Mientras vamos atacando los pocillos de sopa polaca se levanta Ricardo, intuyo que algo tocado por la *Żubrówka*, y nos dice con parsimonia de riego con aspersión y en su inglés artillero:

—Amigoossh... Deszde lo mász profundo de mi corazsón quiero agradecer szu venida en eszta noche espezial. Como he ya mensziornado en losz aperitivosz, me han comunicado que dezo eszte maravilioszo paísz el mesz que viene. Hemosz querido, Mariola y yo, juntar a nuestrosz grandesz amigosz en Cambodia hoy en eszta szena tradiszional polaca como deszpedida. Alszo mi copa, puesz, a la szalud de todoss los amigosz presentesz.

Ha debido ser la tata sonrisas la que nos ha llenado a todos la copa durante la alocución, pues rebosantes las alzamos en un sonoro brindis tras el que algunos, ante tanta emoción, seguimos el ejemplo de Ricardo y vaciamos cinco centilitros de vodka helado por los gaznates. Primero siento un escalofrío por los costados, como si el pelo mojado del bisonte me estuviera acariciando. Luego un calor fluyendo por cada poro de la cara. Me recupero del estado de choque con aceleradas cucharadas de sopa. De nuevo la calma.

Los derroteros del diálogo nos llevan de nuevo a la gran patria rusa y a sus relaciones con el resto del continente. Ricardo se levanta. Mientras, sale de detrás de las cortinas donde se hallaba agazapada la mucama de las sonrisas para llenar las copas. Llega otro brindis:

—Amigoossh... Veo aquí szentado a nuestro ggran amigo Vladimir y me sziento en deber y obligaszión de pedir un nuevo brindisz. ¡Por la gran amada patria rusa y con los desseoss mász fervientesz de que el nuesztro continente abraszde de nuevo a la patria rusza en sus szeno para haszer juntos una Eurropa máz fuerrrte y mász potente!

Tras el trago largo viene un platillo intermedio, unos rollitos de grueso jamón *york* con patata fría dentro y salchichas blancas de guarnición. Ingiero con soltura el tubérculo, pues el cuerpo pide a gritos esponja para absorber el intenso cocear del bisonte que se empieza a encabritar allá en el fondo.

Nos cuenta Ricardo con sorna castrense que cuando él entrenaba a los jóvenes pilotos polacos, estos llegaban nerviosos en sus primeras

horas de vuelo y con el tenso añadido de tener que pilotar con todo un general en la minúscula cabina. Él les tranquilizaba con palabras paternas, les preguntaba por sus madres o novias y les contaba chistes fáciles y picantes. Un día un joven aviador, algo más audaz que sus compañeros, le pregunto a bocajarro por qué su trato era tan familiar con los novatos, siendo él General:

–Muy szimple –le reszpondí –, ¿vesz ese botón rojo que dice EJECT?, puesz bien si te sztresasz demasziado, cometesz fallosz y sziloz aprietasz szalimos los dosz volando por los airesz y prefiero szeguir szentado aquí tan calentito en eszta cabina...

Le sigue un *gulasch* con carne de vaca jemer, dura pero sabrosa, acompañado de unos dedales de salchicha roja. Alguien pide vino como si fuera árnicia para evitar mayores destrozos al hígado con el *Żubrówka* y la afanosa tata nos sirve entre sonrisas en nuevas copas un tinto de etiqueta oscura, de la que ya ni puedo leer el origen. Nadie termina su copa de tinto, es demasiado tarde para cambiar.

Pienso que estoy mal y que debería levantarme, pero me da pavor el pensamiento de ver los muebles y cuadros girar como en una feria. Sentado puedo controlar mejor el tiovivo.

Salgo de mi soliloquio en la mitad de un nuevo brindis:

–... y esz por eszo que Polonia ha dedicado un grran eszfuerszo por la educaszió en Cambodia. Y porr ello alszo mi copa por todosz los eszcloares, el futurro de eszte paísz.

A estas alturas el combate ha llegado a un punto donde no se sabe bien por dónde van a ir los tiros. Cuando llega una ensalada tibia de patata, coliflor y sus consabidas salchichas, esta vez rosadas como la tez de Mariola, nuestro anfitrión se levanta y brinda:

–Amigoossh... Por nuestras mujerresz: lasz mász bellasz...

Y mientras su esposa y otras esclavas se arrellanan como gallinas ponedoras, vaciamos de nuevo el elixir del peludo ungulado que ya entra como Pedro por su casa por mis entrañas.

Uno tras otro, los varones presentes nos vamos levantando para hacer brindis por las cosas más variopintas: Fidel Castro, las cualidades gastronómicas del cerdo, el festival de Eurovisión o la piratería en el estrecho de Malaca, todo ya es excusa entre risas y bromas para brindar, vaciar las copas y hacer correr a la tata sonrisas a por más botellas frías en un interminable carrusel.

En los postres, sorprendentemente sin chacina alguna, Ricardo comienza a narrar todos los aparatos que ha pilotado en su singular vida de aviador de combate que nunca batalló: los Mig soviéticos, los F-16 y F-18 americanos, los Mirage franceses.

Pregunto a nuestro anfitrión sobre cuál es el mejor avión de todos. Me mira travieso y responde:

—Querrido amigo... Losz avionesz de combate szon como las mujeresz. Lasz hay rubiasz, lasz hay morrenasz o pelirrojazs, lasz hay altasz y bajasz, pero dime: ¿qui énesz szon las más bellasz? No lo szbes, claro. Puesz con losz avionesz de combate pasza lo miszmo. Unosz son más rrápidosz, otross más maniobrrablesz, algunosz mász autonomía. No szabría decir.

Hace una larga pausa y luego mirando de soslayo a Mariola me suelta:

—Aunque szí tuvierra que quedarme con uno szerría con el “Draken”, el drragón szueco. El mász elegante, el mász szuave que jamász he pilotado...

Mi último recuerdo de la velada es un aviador pensativo y soñador recordando un viejo amor.

Crónicas jemeres 15. Año II



Nobles aperos

François-Xavier nos invita a su casa, no lejos del Palacio Real de Phnom Penh. Es una casa colonial de las que ya van escaseando. Aunque carece de encantos particulares, merece la pena nada más que por la escalera exterior que asciende al primer piso. Es de maderas nobles algo maltratadas por la humedad y los insectos, pero dotada, al subir por ella, de cierto carácter señorial.

François-Xavier nos espera en lo alto de la escalera, encaramado como rapaz en su atalaya, vistiendo un impecable atuendo de linos ocre claros y sudando copiosamente por las sienes. Es un noble de los que han huido de los placeres de la metrópoli para hacer de su presencia en Camboya más que una estancia una devoción, incluyendo los ritos que esta conlleva.

Nos va mostrando la casa con la pomposa liturgia del que la está oficiando ante un novato en la materia. Hace hincapié en los detalles más sagrados en forma de polícromas vasijas manufacturadas por sabias manos hace siglos y obvia lo negativo en forma de goteras ennegrecidas en ciertos rincones.

El olor empalagoso de las flores de la estación se mezcla con la humedad de lustros y se va apoderando de la casa y la va asfixiando sin que sus ocupantes se percaten de ello.

François-Xavier vive a caballo entre Chiang Mai, donde reside sin explicaciones ni complejos su mujer camboyana, y esta ciudad en la que reside durante los últimos decenios. Su trabajo siempre ha sido grande e indivisible: amanuense de las cartas en francés del rey padre, Sihanouk, al que une más que una amistad o un simple fervor de súbdito. Es ósmosis. Desde los silencios hasta los gestos de François-Xavier tienen algo de soberano, aprendidos acaso en mil veladas íntimas en el trasnochador palacio de los Norodoms y los Sisowats, las dos grandes ramas de la realeza jemer.

Mientras ascendemos y descendemos por los mil recovecos de la casa, imbuidos en un olor a capilla en honor a san Sadurní, nos va mostrando y señalando con su bastón de marfil, como sin darles importancia, ciertas joyas de su colección de artes populares jemer. Estoy seguro de que nos escudriña para ver si somos interlocutores válidos para desatar la fragancia de su verbo y desanudar el recuento de sus pertenencias.

Por el nervio tranquilo y contenido que exhibe en la visita, intuyo que las neuronas de François-Xavier están a la espera de un ligero roce intelectual que sea anuncio de colisiones futuras. Me recuerda a ese instante en las ferias de inicio del chisporroteo, cuando se repone la corriente a los coches de choque, se introduce la nueva ficha en la ranura del capó y se inicia el camino de nuevos encuentros.

Tras el deambular por la residencia pasamos al salón de techos tan altos y oscuros que recuerdan un hábitat de murciélagos y otros seres nocturnos.

—Los hay. Y revolotean por las noches —nos confirma François-Xavier.

Un paciente criado, de columna algo curvada, que nos ha seguido por todas las estancias y que se asegura de que todo al salir quede como al entrar, nos sirve un refresco de limas recién exprimidas, con el frescor y dulzura justos para conseguir que mi cuerpo, pegajoso tras la visita, se recree en el néctar.

Luego de un recuento un poco enmarañado sobre las diferencias del Budismo Teravada y una historia casi policial de cómo una única colección de textos en sánscrito de esta rama búdica se salvó de los Jemerres Rojos, pasamos al plato fuerte de la jornada.

Nuestro noble amigo se ha impuesto en este país una meta bizarra: conseguir recolectar en su casa toda una serie de utensilios e instrumentos, del campo y la ciudad, que los jemerres llevan usando durante decenios —e incluso algunos durante siglos— y que la modernidad va engullendo y haciendo desaparecer como un agujero negro.

Comienza el viaje en chillones colores azules y amarillos con un maravilloso *cyclo*, una de esas bicicletas-taxi de alto sillín que, en lugar de rueda delantera, llevan adosado un asiento estrecho sobre dos ruedas y que hoy es el más lento, peligroso y delicioso medio de transporte en el caos circulatorio phnompenhés.

Sigue la epopeya de cucharones y cuencos, la nocturna peculiaridad de las esteras-colchón o los usos y pringues que llenaron docenas de platos y vasijas, la más antigua de antes de nuestra era. Termina con un pase de modelos de cómo enrollarse la *krama* a la camboyana en cien tocados diferentes. Creo que aprovecha, ladino, para secarse el sudor que le baña ya como a un bebé tras tanto esfuerzo oratorio.

Mientras nuestro narrador sale de escena, me siento como Keyser Soze-Verbal en “*Usual Suspects*”, engarzando toda la historia del pueblo jemer a través de una tanda de aparatos, pero llega la estrella de los aperos. Es el *doeun*. El *doeun* es una especie de estilizado piolet, de mango largo de madera como el de un bastón. El acero tiene a un lado una piocha cortante y plana y el lado contrario es romo y alargado, fino y curvo. Esta parte es la que utilizan los campesinos para colgar del hombro, como hacían con el azadón para ir al huerto los agricultores de nuestra niñez.

Mientras se cuelga el *doeun* y da largas zancadas por el salón, François-Xavier nos cuenta lo maravilloso del instrumento:

—Figuraos que este ejemplar está hecho con mango de bambú, pero los más son de maderas tropicales nobles, según la provincia del país. Se lleva así pues deja las manos libres al caminar —y mueve los brazos en molino—. Se utiliza para todo: cortar hierbajos, hacer palanca, sacar punta a una vara, abrir un surco, marcar una linde. Y como arma de defensa, incluso contra osos, no tiene parangón.

Para cada uso del *doeun*, nuestro Marcel Marceau privado demuestra saltarín sus dotes teatrales. Viéndole, imagino una cruzada contra la inundación, abriendo zanjas a la desesperada en el arrozal desbordante. Intuyo la mirada de respeto del búfalo azuzado por la mano sabia fuera de la tormenta y del rayo. Recreo una batalla sangrienta entre dos familias por unas lindes con dos singulares ejércitos armados de *doeuns*.

—Suelo salir al campo acompañado de mi fiel criado Koma que lleva conmigo desde que tengo memorias camboyanas —prosigue François-Xavier—. Como las zonas menos transitadas siguen cargadas de minas antipersona como racimos de muerte ocultos en la tierra, utilizo la estrategia siguiente: nos situamos Koma y yo al inicio de un sendero. Koma tiene un sexto sentido para el peligro y le dejo tomar la delantera. Camino tras él a una prudencial distancia, unos cinco metros, lo que alcanza la metralla. Es mejor que llevar un detector de minas —y ríe mirando a Koma, que le devuelve el gesto no sé bien por qué.

—Hace unos meses me encontré con un paisano, mientras yo marchaba por un camino escarpado no lejos de Phnom Preuk, en la provincia de Battambang. Caminaba solo y pensativo con una sonrisa de paz que le iluminaba la cara. Llevaba el más bello *doeun* que he visto jamás. Le paré y, tras unas banales frases, le pedí el utensilio. El metal era sólido y bien afilado. Talladas en el mango con mimo de artista volaban unas aves junto a una vieja inscripción apenas legible por el uso.

—Te doy cincuenta dólares por tu *doeun*—le dije, a sabiendas de que es una pequeña fortuna para un agricultor que vive con un dólar al día. Me miró sonriente, como si no entendiese.

—Son más de doscientos mil riele —aclaré, haciéndole el cambio para que se percatase del negocio que iba hacer—. Puedes comprarte otra nueva y además un vestido para tu esposa.

El hombre seguía sonriendo, haciendo caso omiso de la propuesta. Como sé que el trueque es a veces más efectivo que el dinero contante, me quité el reloj de la muñeca, un viejo *Longines* bañado en oro, y se lo entregué. Se lo puso en la oreja y parpadeaba al ritmo del tic-tac, como escuchando una melodía. Al poco tiempo me devolvió el reloj y me dijo que no vendía.

Insistí con una nueva oferta que no podía rechazar: el reloj, mis binoculares y cien dólares, mientras pensaba ya en los momentos de placer aquí en Phnom Penh, pasando mis manos en una tarde de tormenta por el mango de madera que me hablaría de historias de esa bella región en cada uno de sus nudos.

Miró por los binoculares, escudriñando unas casas a lo lejos, pasó las yemas por el cristal del reloj y cuando ya me veía dueño de la joya me habló en voz queda:

—Mire, ‘mesieú’. Yo no puedo venderle mi *doeun*. Fue de mi padre que me lo regaló cuando me hice mayor. Mi padre lo recibió, como hermano varón mayor, en herencia de mi abuelo. Mi abuelo lo fabricó con sus manos. Mi abuelo fue un gran ‘mesieú’ que murió partido por un rayo cuando todavía había un residente francés que gobernaba en Kampuchea. Como lo fabricó mi abuelo y luego mi abuelo se lo dio a mi padre y luego mi padre me lo dio a mí, desde muchos años atrás, en la casa de mi familia, sobre un clavo junto a la puerta colgamos el *doeun* que nos protege de malos espíritus durante las noches. No ponga más objetos suyos en mis manos, ‘mesieú’. Lléveselos de vuelta a su casa. Mi *doeun* yo no se lo puedo vender.

Se queda François-Xavier en el centro de la sala, mudo un instante el relato, con la respiración jadeante en una boca semiabierta, mientras una gota le desciende del lóbulo de la oreja izquierda y cae lenta a estrellarse en la oscura madera del suelo.

—Y me vine a casa, sin aquel *doeun*, pero un poco más sabio tras aquel viaje a Battambang.

Crónicas jemeres 16. Año II

Dos cuadros de Svay Ken

Estoy sentado entre dos cuadros de Svay Ken, que hemos adquirido del genial pintor *naif* jemer en su taller esta misma mañana.

El primero muestra una compañía de soldados japoneses marchando campantes por una llanura camboyana de verdes chillones y árboles escasos que sirven de marco a los uniformes marrones. El cielo azul claro llena los dos tercios superiores del cuadro con jirones de nubes cayendo en diagonal sobre la soldadesca. Un oficial con barba de varios días, montando un caballo de mirada triste, observa desde la derecha del cuadro a la tropa cansada. Junto a ellos, otro caballo y su oficial montado, a los que une la misma cara de sopor. Las bayonetas caladas apuntan a lo alto, donde dos hileras de cazas japoneses, los temibles “Zeros”, llenan la tela en apretada e imposible formación. Aquí el azul y el blanco del cielo están salpicados de trazos grises y cobalto, como si los aviones fueran ubres y pudiera llover metralla.

La escena está tomada de un recuerdo de infancia de Svay Ken, que a la sazón tenía apenas ocho años, y que es testigo de una época en la que un blandengue gobernador francés de Indochina, el almirante Jean Decoux, afiliado a las aguas de Vichy, permite el paso imperial de los nipones en busca de materias primas para su esfuerzo

de guerra. En las calles de Phnom Penh, jovencitos de la época, descalzos y con uniformes de opereta, desfilaban con el brazo en alto como una parodia oriental de juventudes hitlerianas.

El segundo cuadro muestra otra escena en el campo, unos treinta y cinco años después. En ella una figura domina toda la parte derecha del lienzo y escruta al resto de los personajes bajo un árbol escuálido. Excepto por el color de la *krama* al cuello, viste el “uniforme” jemer rojo: negro de pelo a suelo. Calza las famosas sandalias de la época, hechas con tiras de cuero o tela y suela de neumático. La fabricación de sandalias, las cuales sustituyeron durante cuatro años a cualquier otro tipo de calzado en pies jemer, provocó otro genocidio menos conocido: la mutilación en masa de cuanto vehículo se puso en su camino para con sus ruedas desarrollar esta peculiar industria.

Se trata de un típico cuadro intermedio de los Jemereros Rojos. El personaje tiene la frente despejada, con amplias entradas, de una edad indefinida, rondando acaso la cuarentena. Ambos brazos se encuentran extendidos con índices acusadores hacia los otros personajes ubicados a la izquierda del cuadro. El brazo derecho, de mano descomunal, adopta inquietante la forma de un *kalashnikov*, aunque más pavor provoca la ceja arqueada y el labio fino, negro, apretado.

Las tristes figuras de la izquierda van descendiendo en tamaño desde el centro, ocupado por un tipo con cara de viejo profesor bajo un salacot diminuto que le da un aire de capitán Tan. Las tres mujeres menguantes, al igual que el profesor, llevan sus manos juntas a la altura del pecho, como rogando perdón o misericordia y lucen unas caras de espanto infinito. En la parte delantera descansan unos pesados cestos que transportan sobre largas varas. Cierra el retrato un grupo de zagales de rostros informes que se agazapan tras las mujeres.

El cielo es de un angustioso azul con manchas de nubes ambarinas que se rompe en un fognazo de amarillo limón, en la zona central

del lienzo, sobre las cabezas de los personajes y su marco de selva. Se diría que allá atrás hubiera un incendio devorando el paisaje.

La casa-taller de Svay Ken está al norte de la ciudad, no lejos de Wat Phom. Desde la calle se accede a ella por un pasillo estrecho, entre una carpintería y un local vacío donde hay alguien que parece llevar durmiendo la siesta toda una vida. Vamos primero a la carpintería, en la que nos dan razón del artista y subimos con su nuera al primer piso, lugar en el cual se juntan taller y domicilio. Juguetean allí un niño y una niña, nietos del artista, que se nos tropiezan y se enredan en las piernas y hacen mil muecas y carantoñas reclamando protagonismo.

La habitación está repleta de obras del pintor, pero no en los muros donde cuelgan un calendario y adornos de Año Nuevo, restos de festividades ya pasadas. Reposan en el suelo de linóleo en grupos según tamaño. Cuadros y más cuadros con historias escondidas que saltan a la luz al descubrirlos, como naipes en un póquer abierto.

Sale de su cuarto Svay Ken, que cumple tres cuartos de siglo este año y que nos recibe descalzo, con pantalón de faena y camisa blanca abotonada hasta arriba. Su enjuto cuello hace pensar que se compra camisas de talla tres o cuatro veces superior a la suya, pero el correcto largo de manga, de donde sobresalen dos muñecas repletas de dedos de hueso de pollo, indica lo contrario. Dos surcos profundos le enmarcan la sonrisa. Tiene una mirada soñadora, casi de niño, mas el brillo lánguido de sus ojos es pantalla de los avatares que le ha tocado vivir.

Miro sus cuadros y me percato de que, como todos los pintores figurativos y más aún si “hacen” *naïf*, sus personajes resultan ser autorretratos.

Sentados en un crujiente tresillo de la salita nos muestra sus cuadernos de notas y bocetos para tropecientos cuadros. Allí, la historia de los últimos setenta años de este país se va desgranando en acon-

tecimientos políticos, en emboscadas y batallas, en festejos religiosos, en ceremonias bajo la batuta de las artes populares jemerres. Mil fotos de retina y de memoria. Curiosamente, está muy orgulloso de una serie reciente de naturalezas muertas, con verduras y frutas tan planas como si una apisonadora hubiese convertido ajos, mangos y berenjenas en papel de fumar.

Svay Ken se expresa con voz pausada, como si las palabras se le anudasen en la nuez y tuviera que desabrocharlas una a una.

Nos relata que el dirigente jemer rojo del lienzo representa al jefe de Angkar (ese ente abstracto y temible tras el que Pol Pot escondió durante años al partido comunista camboyano), del distrito de Tramkak, en la provincia de Takeo, donde pasó los años de lodo de la Kampuchea Democrática. Un día le descubrió llevando hierba y pajas para una ternera que estaban criando a escondidas. Se le acusó de robo al Angkar, lo que estaba penado con la muerte sumarásima. Se enfrasca Svay Ken en una retahíla de explicaciones que humedecen sus ojos en el recuerdo. Fueron horas, cuenta casi en tiempo real, de genuflexiones y rogatorias ante un rostro inflexible, pero que al final le permitió mantenerse en vida. Cuenta luego que, cuando volvió a finales de los setenta a Phnom Penh, comenzó a trabajar en el *Hotel Le Royal*, donde hizo como siempre de limpiabotas hasta su jubilación. Soñaba cada día entre cepillos y untes con convertirse en pintor.

Mientras habla el abuelo, los niños han arrancado unas cuartillas de papel cuadriculado para fabricar unos diminutos aviones de papel que lanzan con escaso éxito al aire de la estancia. Mas, estando en ello, reparan en los cazas japoneses y unen sus figuras de papel a los Zeros del lienzo, como haciéndolos nacer del pozo de la memoria, ungidos por el óleo del abuelo. Y los aviones, con potencia *kamikaze*, empiezan portentosamente a volar.

El perico engreído

Me manda Ana a la farmacia. Tiene las piernas hechas un *ecce homo* de ronchones producto de las picaduras de mosquitos.

Entro en *U-care*, la farmacia de moda de la capital. Es uno de esos espacios modernos, todo luz y volúmenes, que van sustituyendo a las boticas tradicionales en cualquier ciudad del mundo. Hasta llegar al mostrador –que lo hay, pero algo raquítico y al fondo, como escondido– se ha de circular, alrededor de toda una serie de repisas de atractivos afeites y pringues de lo más variado, mientras se escucha música de aeropuerto. El olor me recuerda a mi infancia: cuando niño, iba a ver a mi madre donde “las peluqueras”, dos hermanas escuálidas –Choni y Lucy– que siempre me tocaban el pelo.

Vago en zigzag, curioseándolo todo, desde las pomadas anticelulíticas hasta los aceites de masajes y me topo con la fiebre del momento: los ungüentos, champús y geles blanqueadores de la piel, demostración que la moda “maiquelyakson” ha penetrado también en este reino jemer. Mientras que en el Norte se gastan fortunas por venir a tostarse a donde crece la palma y ser envidiados por ese bronce natural, en este mundo del atraso está en boga estar blanquito, ya que los más cetrinos pasan largas horas bajo el sol y eso es signo de pobreza... y no es nada *chic*.

Llego al fin a mi estantería. La dedicada a los antimosquitos. Busco, leyendo entre etiquetas de anofeles vencidos, el producto con mayor porcentaje de *Deet*, la sustancia infalible que me recomendó la médica de Bruselas. Encuentro uno de origen Tai de bella estampa verde y blanca, digna de un socio bético selvático, y me recreo por adelantado en los infames trompeteros que huirán despavoridos de las piernas de mi santa, ahora ungidas en *Deet*. Leí hace no mucho que los mosquitos machos se unen, hacia el atardecer, formando enjambres. Las hembras vuelan hasta ellos para copular con uno o más machos. Pues bien, en casa se acabaron las orgías, cuyo colofón se hace a costa de nuestras extremidades.

Estoy absorto en estos pensamientos, cuando la paz de hospital que me envuelve salta hecha trizas por culpa de un estruendoso graznido, como si la puerta automática le hubiese pillado el dedo a un paisano. Alzo la mirada y al otro lado del estante veo pasar, como en un teatro de marionetas, a un perico verde y chillón.

Primero pienso que se ha colado volando, que a veces se los ve, manchas verdes atravesando como ácratas las calles grises, pero percibo enseguida las caras sonrientes de las azafatas que atienden el local, que siguen felices las evoluciones del guiñol. Descubro que es un cliente, un tipo larguirucho, con cara de pepón curtida de granos, que viste una camiseta de rayas y pasea el ave sobre su hombro. Para mayor comodidad del alado chiflado, el tipo ha puesto una especie de paño de cuadraditos *Burberrys* sobre los que evoluciona el perico lateralmente de cuello a hombro y vuelta a empezar.

Intento concentrarme en mi mandado, pero el bicho berrea moviendo el cuello afanoso a ambos lados. Por fin el dueño interrumpe los chillidos al soltarle:

—Ay, pobreciiiito, tú quieres ver a mamá, ¿no? Tú quieres ver a mamáááá, ¿verdad?

De entre las sustancias alisadoras de pelo sale una mujer regordeta de aspecto hindú con larga melena rizada que corre graciosa, con pa-sitos cortos, como llevada por zapatones de payaso, hasta el periquito:

—No te preocuuuupes, que no me he iiiido, que está aquí mamáááá —y le hace una caricia con el dorso de la mano en el ala izquierda, lo que calma por el momento a la fiera parlanchina. Luego, cuando el perico no la ve, le hace un gesto con las pestañas al gringo para que siga adelante.

El humano rayado con su penacho verde al hombro se aproxima al anaquel de los analgésicos. Ahí el gringo tuerce la columna en imposible arqueamiento para dejar a la mascota para que, con el pico vaya eligiendo el producto.

—¿Este tambiéén? —pregunta el mofletudo. Y el ave aquiescente mueve arriba y abajo la cabeza. —¿También esteeee? —y, ale hop, otra caja al bote.

Tras el circense número se juntan en la cesta de la compra aspirinas de todos los tamaños, coloridos paracetamoles y toda una gama de antipiréticos y antiinflamatorios de amplio espectro. Lo necesario para quitarle las jaquecas a todo un batallón de infantería.

Llegamos a la caja casi a la vez con nuestra compra. Se sitúan periquito y cesta sobre el mostrador. Un joven, con impoluta bata blanca y cara más de mercero que de boticario, va marcando los productos con una pistola lectora de códigos de barras. Yo me siento un poco ridículo con mi insignificante antimosquitos ante el militar despliegue. El loro, por su lado, como un mariscal de campo, picotea con ritmo las cajas como el niño que no puede esperar para abrir las golosinas y compartir acaso alguna con sus progenitores. Los felices dueños del perico engreído sonríen orgullosos al pagar la abultada cuenta.

Para resarcirme, me compro un acondicionador de pelo con extracto de corteza de quinina (*cinchona pubescens*. Vahl), unas cuchi-

llas sensor que son las que gasto y unas pilas triple A que siempre hacen falta.

Y me voy yo también tan pancho del *U-care*, aunque sin perico que me cante.

Crónicas jemerres 18. Año II

Sagrados Surcos

La plaza Veal Preah Meru o Explanada del Monte Meru tiene dos usos. El primero es esta Fiesta del Surco Sagrado que nos ha traído, expectantes, hoy. El otro, más luctuoso, es la incineración ritual de los despojos reales de un monarca fallecido. La última pira, signo de la buena salud de la monarquía jemer, se extinguió hace unos cincuenta años.

Me acerco por la gran avenida que rodea al Palacio Real, cortada ya al tráfico rodado, y adelanto a tres turistas rubicundos que caminan espatarrados bajo el sol hacia la explanada, con esos andares de niño con pañales de los obesos.

La plaza está a rebosar, a pesar de lo temprano de la hora y entro en ella siguiendo longitudinal pero sin pisarla la larguísima alfombra roja reservada para el monarca.

A medio camino, un grupo de brahmanes están sentados frente a una mesa ornamental con todo tipo de frutas exóticas. Me saludan con un movimiento de cabeza y unas sonrisas cargadas de dientes marrones y caries. El olor a incienso unido a los vapores que el sol arranca del suelo ardiente comienzan a marearme; acelero el paso para llegar al estrado.

Alcanzo el palco y, tras los saludos de rigor a mis pares, comienzo a recuperar el resuello bajo un ventilador marca *iChiban*, que apenas

hace circular un exiguo cubicaje de aire. Veo que mis colegas estiman, como hago yo, el cuello a izquierda y derecha como en Roland Garros con el objeto de alargar la presencia de la brisa *iChiban* en la cara. Debemos dar una imagen curiosa desde la plaza.

A la izquierda de la atalaya en la que nos hallamos, bellamente ornamentada con acrílicos de tonos chillones, seis bueyes de bella planta, ajenos a lo que se avecina, pastan solemnes en un jardín estrecho. Me cuenta el polaco, que tiene años de experiencia en estos surcos, que durante los últimos días los bueyes de palacio han sido sometidos a una serie de antiguas ceremonias brahmánicas con el objeto de impregnarles del aura sagrada de esta plaza arropada de pabellones consagrados a Visnú, Brahma, Shiva y otras divinidades hindúes menos conocidas en Occidente. El adorno de los mansos orejudos es espléndido. Un capuchón rojo con borla amarilla en la punta les cubre cada cuerno que completa un paño de seda también encarnado que va de la testuz al morro. Otra seda de brillantes rojos y naranjas les cubre el lomo con bellos flecos colgantes y les confiere un aspecto noble y poco vaquero.

El monopolio del colorido, sin embargo, no lo tienen los bueyes. En la parte del frente de la plaza varias compañías de otros tantos cuerpos y armas del ejército lucen boinas, cascos y uniformes que van del pimiento morrón al blanco, pasando por el azul aviación, el negro y, huelga mencionarlo, los más variados caquis, marrones y verdeolivas. Estandartes de tamaños y formas poco usuales completan la decoración de la plaza, incluyendo unos mozos con uniformes palaciegos que, coloridos, portan una especie de piruletas y *chupachups* gigantes con el boato que esos símbolos merecen para los jemerers.

Me embeleso al ver los gigantes ungulados con sus bellas papadas colgantes y se me va la mente a los chuletones de Ávila.

Perdido en mis cavilaciones culinarias, oigo tímboles y sección de vientos. Aparece al fondo de la plaza la Comitiva Real. El monarca

cruza rauda la explanada, aclamado por los vítores de la multitud acalorada y sedienta de espectáculo bovino. Situado ya el rey Sihamoni en su trono en el centro del palco, entra en la plaza el resto de la farándula. Primero, un grupo de infantes ataviados con uniformes azules y rojos con pantalón bombacho y casco, mezcla de monosabios de plaza de toros y protección civil. Les sigue un templete que empujan con pena una especie de sarracenos, en el que varios músicos floridos interpretan con tamborín, xilofón y viola jemer una melodía que tiene un algo de inquietante. Un grupo de abanderados, apuestos como gastadores en celo, les sigue precediendo las andas reales, donde sientan sus orondas posaderas el sumo sacerdote y la sacerdotisa; resultan ser, según cuchichean mis vecinos de calores, el Vicepresidente Primero del Senado y su doña. Con toda su parafernalia, la escena me retrotrae a la ceremonia del sacrificio de Tintín y sus amigos en el Templo del Sol, pero con castizas notas de cabalgata de los Reyes Magos.

Llegados a la tribuna real los oficiantes de la ceremonia suben con parsimonia la escalinata, donde el Rey les unce sendas frentes con unos puntos de color entre crema y azafrán mientras los bonzos iluminados sueltan su letanía.

Al micrófono, el jefe de protocolo vitorea a los cuatro vientos algo que suena como “*Cuintein cheiii, Kampuchííia!*”, grito que debe ensalzar las virtudes del monarca y su reino pues llena el proscenio de un halo de boato y esplendor.

Mientras se suceden los “*kampuchííias*” y las reverencias veo que los cuidadores de los bueyes los han ya puesto en yunta frente a tres arados. Solamente el del centro, el único con doble mancera, es el destinado a los bueyes más sagrados y será guiado por el sumo sacerdote.

Reparo en uno de los cuidadores, que sujeta el correaje mientras con la otra mano recorre con mimo el cuello del buey. Ejecuta sus caricias con una ternura que no había visto desde aquella faena famosa

del Paula en las Ventas a un toro de Benavides, “*Corchero*” por nombre, allá por la Feria de Otoño del ‘87. Aquella tarde de septiembre, tras la certera estocada, se sentó el gitano sobre el anca aún caliente y le palmeaba el lomo con cariño de padre mientras la plaza entera se volvía un cotolengo.

Bajan el sacerdote oficiante y su parienta a la plaza cuadrangular y ya se junta la comitiva que habrá de completar las tres vueltas rituales a la plaza del Monte Meru. Al estilo de un jardín japonés, se pone en marcha la descalza procesión que, bajo el fuego solar que cae vertical, va trazando entre cientos de huellas el surco sagrado, el símbolo del primer arado de la tierra del año agrícola que así comienza hoy en este reino. Cierra la procesión la señora del sumo sacerdote, la cual luce un hombro desnudo y va sembrando de grano la arena hollada de la plaza.

El sofoco hace mella en los que bajo la tribuna seguimos las evoluciones, mientras reporteros de la televisión local nos siguen filmando sin piedad para mostrar, quizás, al pueblo televidente los crasos sudores de sus Excelencias. El ventilador de techo ya no basta para tanta calorina. Descubro entonces el fuerte abaniqueo de mi vecina filipina de delante y vampirizo sin reparo unas frigorías perdidas acercando mi cuello a la fuente de aire tan magistralmente movido. En la tele, me contaron luego, parecía que yo le contaba al oído unas confidencias a la de Manila.

El surco sagrado encamina ya su segunda vuelta y cada vez que pasa la procesión frente a la tribuna todo son genuflexiones y juntar de manos para recordar al Monarca, que responde con gesto magnánimo, ya que no se mueve un grano de tierra o de arroz en el reino jemer sin su sagrado consentimiento.

El surco en la tierra blanca tiene un marcado carácter sexual. No solo se va creando una cicatriz vaginal en la tierra virgen de este fin de la estación seca. También el arado, asido con fiera mano y sudo-

roso rostro por el senador-sacerdote, semeja un falo hiriente que abre la tierra para hacerla germinar.

Para bajarme del pedestal de la elucubración antropológico-agrícola, el buey más alto de la cuadrilla, altivo metro ochenta de pezuña a giba, tras dar el primer giro de la tercera vuelta, se para en seco. Los cuidadores le animan en vano, pues el astado remolonea y cabecea, afectado sin duda por el esfuerzo y la ‘caló’. Tras un rato de tensa espera en la que se paraliza la ceremonia por la ungulada diletancia se acerca un cuidador enano, que como la monja de Amarcord susurra en la oreja de soplillo unas palabras que obran el milagro. El surco continúa su dibujo en la arena. Pero es tal el efecto revulsivo del cuidador enano que la bestia ha tomado carrerilla y cuando toca torcer esquina sigue de frente y está a un tris de embestir a toda la sección de viento de la Armada camboyana. Trompetas volando, trombones esgrimidos cual vara de tiente contra la bestia y músicos que corren despavoridos añaden una imagen cómica aunque nada marcial a la concurrencia.

Termina la comitiva sus volutas de rigor y encaran los dos bueyes sagrados el centro de la plaza. Llevados por sus cuidadores llegan al centro del cuadrilátero como púgiles en busca del cetro mundial de los pesados, aunque con una parafernalia menos chusca, más espiritual.

Les ponen en suerte a unos metros de los siete recipientes dorados de vituallas que contienen por orden alfalfa, agua, vino de arroz, maíz, grano de soja y, cómo no, arroz del tipo *paddy* o con cáscara.

Se acerca el primer astado y huele de lejos, mas se da la vuelta, como sintiendo vergüenza de probar bocado. El segundo, aun más precavido, se para a unos cuatro metros de la línea de recipientes. La expectación se masca en el ambiente, se nota hasta en el cuello del sumo sacerdote, sentado ya junto al Monarca, una ligera tensión pues mueve la cabeza de lado a lado de forma algo convulsa. Los murmullos aumentan entre los varios miles de privilegiados que seguimos

este drama en directo. Intuyo que millones más en las zonas rurales sufren, frente a sus pantallas muchas veces enganchadas a una vieja batería de coche, esperando el inicio de la sagrada manduca.

Por fin el buey más guapo se arrima pausado a los tarros. Olisquea con desgana de los primeros y al fin se acerca al de la soja donde hunde su cuadrado morro y degusta a lengüetazos rápidos el contenido.

“¡Oh! ¡Ah!”, exclaman algunos conocedores del ritual.

“¡Ah! ¡Oh!”, respondemos asintiendo los profanos y me siento como un japonés de esos que llevan a las Ventas y les sacan, pase lo que pase, antes del quinto toro para llevarlos a *Loewe* antes de que cierren.

El astado sigue su tarea alimenticia con fruición. A la distancia a la que me encuentro no se distingue si ya ha dado buena cuenta de toda la soja, dado que cambia de recipiente e inicia con deleite su segundo plato. El cuchicheo en la grada va *in crescendo*.

Y alguien comenta que ese tarro es el del maíz.

A cotufas se le une el segundo buey. Comen juntos ahora. Se separan. Se miran, cómplices. Se llevan bien.

Maíz por aquí, soja por allá, miro alrededor y reflexiono sobre lo atávico de la escena: nunca buey alguno fue observado comiendo por tanta gente. Miles de humanos concentrados frente a un nervioso rumiante. Y sin embargo intuyo su significado; el círculo de la subsistencia en uno de sus momentos álgidos desde la domesticación de las fieras por el ser humano en el Neolítico: el hombre que alimenta a la bestia con parte de lo producido por la tierra con ayuda de la bestia misma. Y vuelta a empezar, aunque no sé si en Calasparra los jóvenes tienen todavía conciencia de tamaño círculo.

Saciados durante un rato los astados en varios tarros, aparece en escena, todo de blanco y con bombachos, el oráculo. Un tipo enjuto con andares, planta y coleta de un Manolete jemer. Se dirige sobrio al estrado y con voz de clarinete anuncia que los bueyes sagrados han comido mucho maíz y mucha soja. También algo de arroz.

—El resultado es —y el coletudo hace un dramático silencio— que será este un año propicio en cuanto a lluvias. Se tendrá una producción muy importante de maíz y buena de soja y arroz —todo regado con parabienes y aleluyas a Su Majestad y a su salud y a del pueblo jemer. Mientras, una larga fila de hombres y mujeres ataviados con ropajes que parecen tela de saco se acercan nerviosos en fila india al trono para recibir unas bolsas de celofán: la Corona les hace regalo de algunos frutos de la tierra y una camiseta conmemorativa.

Terminado todo el ceremonial nos dirigimos tras el Monarca a los *stands* que los diferentes ministerios que tienen que ver con el campo han montado como parte civil después de tanto acto sagrado de los herbívoros. Los primeros espadas de cada ministerio (Agricultura, Pesca, del Agua, de Comercio o Turismo) van mostrando al Rey los productos de tierras y aguas jemeres como una mini-feria del campo local.

Nos movemos como marionetas, esto es el metro. Sudo hasta por las canillas.

En esto, entre cabezas y hombros veo que alguien le muestra al Soberano en un rincón, donde lucen como alijo decomisado a unos traficantes varias torres de tabletas, una especie de pastilla de chocolate envuelta en plástico. El Rey comprueba la elasticidad de la tableta con un movimiento giratorio de las reales muñecas mientras asiente con la cabeza.

Cuando la comitiva parte al siguiente *stand* me acerco intrigado y realizo el maquinal movimiento de flexibilidad de la tableta. Aparece tras unos *posters* un tipo de cara ancha, tez muy oscura y bastante peludo. Me mira. Le miro y me espeta:

—El mejor caucho del mundo: flexible y resistente. No hay otro igual.

—Ajaá —le digo, interesado.

—¿Sabe cuántos condones se pueden fabricar con esa tableta que tiene en la mano?

No oigo las centenas de la respuesta, pues huyo despavorido cual Winilda ante los embates del Velludo, con el que tuvo, reza la historia catalana, un total de nueve hijos.

En mi evasión me encuentro con varias embajadoras a las que les llega al pincho tanta demostración agrícola y tan carente de *glamour*. Nos aventuramos a salir a la plaza hacia los vehículos bajo el sol atorrante y sobrepasamos a la comitiva real cuando está ingresando al pabellón de Pesca, que rezuma el olor de ejemplares tanto vivos como secos de las numerosas especies del lago Tonle Sap.

Cuando ya sonreímos cómplices por la hazaña, nos atrapa el Ministro de Obras Públicas a la puerta de su chiringuito y con ademanes cariñosos nos devuelve a la alfombra roja y su lento tránsito. Mientras el Ministro le hace unos requiebros tangueros a la de Brunei me escapo, ya solo, cual sastrecillo valiente encarando un Alpe d'Huez.

Al salir de la plaza veo cómo llevan a los orondos bueyes hacia sus reales corrales; uno se para y vuelve su mirada hacia el centro del cuadrilátero. Le veo sonreír con su húmedo morrazo y no sé si piensa en la gloria efímera o en la rumia del bolo de maíz y soja que le ha de llegar.

Crónicas jemeres 19. Año II

Tres de “Autos Locos” en Phnom Penh

I

La circulación de Phnom Penh semeja, a vista de pájaro, la puerta de un hormiguero. La agitación de los vehículos de dos, tres, cuatro ruedas no solo es caótica, sino peligrosa. En ese meneo continuo por las carreteras del país que llaman transporte se parten la crisma cinco personas cada día.

Goteo incansable que va creciendo.

Ploc, ploc, ploc, plocploc, plocploc, plocplocploc, plocplocplocploc, y así.

La ley del tráfico es similar a la de la Naturaleza. El pez grande se come al chico. El respeto es reverencial y el pequeño siempre deja paso al mayor.

En lo bajo de la pirámide se encuentran solitarios los pocos peatones que osan lanzarse a las calles sin aceras y plagadas de obstáculos en forma de oficios por mí desconocidos (todo es posible: la venta de templetes budistas; una familia dedicada, con una bomba de compresión, al oficio de inflar ruedas; atildados peluqueros que usan el muro, silla desvencijada y espejo de fortuna como salón; vendedores de tarjetas de móvil; variados puestos de comida, etc.). Los viandantes que pululan por este guirigay

suelen ser de baja estofa y van descalzos o llevan una, a veces hasta dos chanclas.

Le siguen en vulnerabilidad las bicicletas, aunque se ven pocas y es que por el precio de una bici en Europa se compra una moto de segunda mano que ya permite entrar en el escalón motorizado.

Un átomo más alto están los *cyclo-taxis* con sus altos sillines tras el asiento del pasajero, desde donde observan la vida pasar sus famélicos y fibrosos conductores que nunca sudan a pesar del esfuerzo. Se les ve fumar a largas bocanadas desde su atalaya.

Las motos son como las hormigas, un insecto mayoritario y pertinaz. De ínfima cilindrada y pasajeros sin casco, son legiones que crecen. Lanza por miles sus pedorretas procedentes de la digestión de un extraño líquido que usan como carburante de ese amarillo eléctrico de la *Inca Kola* y que venden dispuestas jovencitas en algunos cruces de calles en gastadas botellas de litro usadas antaño para alguna bebida refrescante.

Vienen luego los *tuk-tuk*, carromatos ilustrados tirados por una moto, tremendamente populares, donde caben entre seis y seiscientos pasajeros como en nuestros viejos *seillas*. Son dicharacheros y proporcionan al usuario frescor y una vista de la ciudad como de reina de las ferias en su carroza.

Siguen los vehículos utilitarios, de volante a la izquierda o la derecha según el origen de la mercancía. Van del pequeño *Tico* coreano a los grandes *Mercedes* último modelo. Se ven dentro familias orondas con esa grasilla en la papada que da la felicidad de tener dólares en el bolsillo.

Los príncipes de la ruta son los 4x4, dentro de los cuales hay pequeños y bastardos y se comienza ya a ver el brillo de monstruos de *Alien* de algunos *Hummer*. Pero lo que más abunda son los *Lexus*. Una concentración que no tiene parangón en ninguna otra capital del mundo. No es raro verse rodeado en un semáforo por estos aristocráticos todo terreno con conductores que, esperando el verde, suben y bajan los

hombros como descansando ufanos de domar a su bella fiera. Suelen llevar letreros inmensos de cabo a rabo del vehículo en grandes letras, casi siempre doradas, que rezan “L E X U S”, como ayudando al populacho a entender lo que hay tras el noble estandarte.

En lo alto de la cadena predadora están los autobuses, camionetas y camiones de variados ejes que, como elefantes en la selva, no son jamás molestados, acaso por algún ratón. En una situación normal un camión, pongamos de reparto de colchones de mil colores, dos ejes, se ha olvidado los albaranes en la tienda.

—Hay que volver, Thavy —le dice el dueño al conductor.

—Sí, señor Sok —replica el asalariado.

Tuerce ciento ochenta grados en la calle estrecha. Hay que maniobrar. Se corta el tráfico en las dos direcciones. Varios paisanos dan instrucciones contradictorias al conductor. Se cuelan motos entre muro y camión y escapan por los pelos como en esa suerte de banderillas citando desde el burladero. Un niño se arrima a tocar las ruedas, acaso para darle más emoción. El respetable espera impasible.

En El Cairo y otras ciudades mediterráneas se toca el claxon, muchas, muchas veces por minuto, se mariposean grandes gestos desde los asientos, en un afán por sentirse vivos al volante. Aquí todos los avatares como el del colchonero pasan entre alguna sonrisa nerviosa del que tiene más prisa y el gesto impasible del resto.

Se llama budismo *theravada*.

II

La iconografía de las calles de esta ciudad aporta variedad de hermosos retratos.

El más bello es el equilibrio circense que llevan las féminas en las motos montando “a la amazona” (afirma por cierto, Mr. Roger Philpot, uno de los más importantes profesores de esta disciplina ecues-

tre: “No hay nada más elegante que ver a una mujer montando *a la amazona*, la primera regla de una amazona cuando se sube a un caballo es *pensar elegante*”). Esta disciplinada forma de viajar que tienen las jemerres muestra otro concepto de elegancia: *krama* a la cabeza, falda estrecha, con un bulto encima del regazo, y por fin, la guinda, que consiste en llevar colgando cual trapecio la chancla del pie al aire, el que no va apoyado en el estribo de la moto. Llevan la chinela separada del talón en imposible equilibrio, siempre a punto de caer sobre el asfalto. Pero no cae.

Otro de los bellos momentos es ver a las familias compartiendo entre cinco y seis la moto. Se compone el cuadro de niño pequeño pestañeando subido al estribo y agarrado al manillar, padre, dos niños emparedados y madre con bebé en brazos (montando “a la amazona” y la chancla al aire, claro está).

El transporte de frutas, verduras y animales vivos merece un trato aparte. Cabe señalar, además de los que llevan casi un árbol bananero colgando de la parte de atrás de su motocicleta, dos ilustres ejemplos de acarreo de la cabaña jemer. Una son los pollos que son acarreados en moto en grandes ramos o racimos con una estética en las antípodas del *ikebana*. Van así con las cabezas casi a ras de asfalto varias docenas de aves mirando con ojos desorbitados, los picos torcidos y salivando y soltando plumas como en un intento de propagar *urbi et orbi* la gripe aviar.

Otro son los cerdos. Estos son cargados, camino al degolladero, en parejas sobre tablas a ambos lados de la moto, cuatro en total, tumbados con las patas arriba viendo el mundo al revés. De sus ojos, a veces, salen lágrimas acaso por la felicidad del viaje, acaso por el viento y portan un aire plácido, con una media sonrisa porcina, ignorantes de su suerte.

La ciudad ofrece también imágenes que más tienen que ver con el espanto. Me encuentro en el vehículo, camino a casa, oyendo en

Radio France Internationale un programa sobre el Festival de Bayreuth. Sigo con placer las engoladas evoluciones del locutor.

Habla de orondos ciudadanos alemanes que, tras años de espera, han encontrado entradas y van a disfrutar, abastecidos con birras de a medio litro, de las siete horas del “Crepúsculo de los Dioses” de Wagner. Entrevista a una *fräulein* que cuenta que Wagner no es elitista, que sus piezas son para el pueblo llano y ese es el significado profundo de Bayreuth. En esto se acerca a la ventanilla de mi lado un chaval de unos ocho años, torso desnudo, que lleva en sus brazos a un niño calato (vocablo del quechua *C’ala siqui*, “trasero desnudo”).

El mayor me hace un gesto pedigüeño con gran aleteo de sus largas pestañas negras. Ante mi apoltronado silencio arrima la cabeza del niño calato a la ventanilla.

Suena Wagner en todo su esplendor cuando una cabeza comida de llagas supurantes, un mapa de cráteres anaranjados, se aparece a escasos centímetros de mi nariz, protegida por el cristal.

“El Crepúsculo”, con todos sus sueños de héroes y heroínas, toma acaso su más alto valor en dicha imagen.

III

La terrible circulación y sus detalles felices o escabrosos solo tiene una excepción en su cotidiana algarabía: hoy vamos a despedir al Monarca en viaje a Pekín para inaugurar los Juegos Olímpicos. Desde temprano la ciudad entera está cortada al tráfico rodado.

En el aeropuerto todo son parabienes y buenos deseos para el viaje real.

Tras el despegue de la aeronave nos acercamos a los vehículos para volver a la ciudad. Veo que un extraño movimiento se produce cuando el coche oficial del Presidente del Senado, Jefe del Estado en funciones, sale de la pista con un gran acelerón.

Como movidos por un impulso similar al de las antiguas salidas de Las 24 Horas de Le Mans, todo el mundo corre a sus automóviles oficiales. La razón: cuando se abra de nuevo el tráfico rodado, miles de vehículos intentarán ganar el tiempo perdido y un mayestático caos se adueñará de la ciudad.

Bisoño en estas lides me quedo de los últimos para acompañar a la de Singapur que no encuentra su chofer. El mío, el siempre atento Bou, me hace señas para que corra al lado izquierdo del estacionamiento y poder salir a la calle por dirección contraria. Intuyo el peligro y, abandonando a la de Singapur a su desgracia, corro a grandes zancadas hasta el coche. Subo raudo. Despegamos, más que arrancar, y ganamos unos puestos.

¡Y allaaaá van de nuevo! ¡Los “Autos locos” nunca descansan!

Situado en la carretera, de vuelta a la ciudad, comienzo adelantando al francés que, como Pierre Nodoyuna acompañado de su fiel Patán, semeja efectivamente al Drácula de los caminos. En esto el búlgaro, con mandíbula a lo Pedro Bello, nos adelanta en su Temible Salchicha por la izquierda en un quiebro imposible.

Lanzados, pasamos al vehículo de un preboste ministerial, cargado de guardaespaldas como Matthew y sus Pandilleros, que nos miran con cara de pocos amigos. Miro a izquierda y derecha y los adelantamientos se producen sin solución de continuidad.

Una fiebre de velocidad se ha adueñado del grupo. En esto sobrepasamos al coreano del Norte que va con su alter-ego sentado al lado, ajeno a la carrera, y me viene el recuerdo de Los Hermanos Macana en su rocomóvil, uno de mis favoritos de niñez.

En el frenesí de la carrera, observo hasta tres tipos distintos de policías controlando todas las bocacalles, en distancias de no más de treinta metros entre unos y otros. Los que llevan casco y uniforme oscuro son la policía militar. Apuestos y marciales están los boinas verdes, que pasean con sus botas marcando las dos y diez. Por fin,

con gorras de plato y los más bajos en el escalafón, algo desbaratados de apariencia, la policía nacional de Camboya.

Llegando al *Bulevar* de Rusia se abre la caravana en dos para tomar ambas vías cortadas al tráfico. Se adelanta por la derecha la de Brunei, auténtica Penélope Glamour, la reina del acelerador. Pero sin remisión, el alemán, con cara de pilotar el Stukarracuda de El Barón Humprisch, adelanta a la bella bajo una nube de buganvillas rosadas.

En las calles taponadas, docenas de conductores y sobre todo un sinfín de motos que han conseguido situarse delante, esperan pacientes el paso de la comitiva de “Autos locos”. La gente se agolpa a ver el espectáculo, señoras en pijama alzan a los niños para que divisen mejor la atolondrada carrera. Pasamos ahora frente a una tienda nueva, “*RCS Logistics*”, y tras la enorme luna se ven evolucionando como en pecera a jóvenes empleados uniformados que no se quieren perder detalle de lo que acontece en el exterior. Uno apoya las manos arriba en el cristal, se diría que está en la ducha.

Llegando a la desembocadura con el Bulevar Norodom nos adelanta veloz el japonés auténtico convertible del Profesor Locovich. Bou se cela un poco y pasamos raudos entre este y El Espantomóvil del ruso del que creo ver aparecer un dragón echando fuego sobre la baca del coche. A punto estamos de atropellar a un vendedor ambulante de periódicos que descansa aburrido y sin clientes entre las raíces de los árboles del bulevar que cada día se comen un poco más de acera.

Al llegar ya al Monumento a la Independencia, el temerario grupo de pilotos locos se va reduciendo. Miro atrás y el tráfico normal retoma su invasión de calles. El Mar Rojo se cierra y la realidad cotidiana vuelve.

Devorando distancias vamos cada uno arribando a nuestros destinos y dejamos atrás un efímero polvo de estrellas de dibujos animados.

Crónicas jemeres 20. Año II

Gusanos en el jardín del señor Chon

Me llama por señas el señor Chon, el jardinero.

Entre nosotros le llamamos “*Polpi*”, por su parecido con el “Brother Number One”, Pol Pot, el que fue líder jemer rojo. Su mirada de agua, ingenua o despierta según los momentos del día, profunda siempre, forja el placer de tenerle cerca, aunque sea inútil tarea entablar conversaciones de ningún tipo.

Mantiene el jardín con un primor artesano, dedicando largas horas a cada grupo vegetal. Las plantas bajas las mima sentado en un diminuto taburete que se fabricó él mismo y que repara cada poco. Es peluquero de hojas, orfebre de tallos y veterinario de troncos.

De entre las maravillas del jardín del señor Chon, me quedo con dos especies, por lo raras. La primera son unas estilizadas flores blancas, híbridas entre medusa y mantis religiosa. Recuerdan un paraguas desplegado con tan solo una blanca tanga, minúscula estrella de tela en el centro. Sus estambres acaban en unos barquitos, como uñas de artistona, llenos de un polen anaranjado que tiñe más que el más tenaz azafrán. La segunda es una especie de arbusto de hinojo de tamaño gigante. Tras un tronco enrevesado y difícil, con aires de cobra, salen ramas y ramas de hojas cilíndricas, tipo judías princesa acabadas en puntitas en forma de pagoda que apuntan a los cuatro vientos.

Desconozco mayormente el nombre de estas plantas, lo cual no limita un ápice su encanto.

Hace unos días, el señor Chon me indicó que una de las palmeras del jardín había enfermado. Me enseñó las palmas que comenzaban a tomar el color de la muerte, pasando del verde brillante del trópico a un pardo sucio, polvoroso, como si les hubiese abandonado el deseo de vivir.

A pesar de riegos y mimos, según fueron pasando los días, el proceso se convirtió en imparable. Las palmas iban perdiendo el tono, secuestradas por la mancha caqui. Al tocarlas raspaban con un sonido áspero, como ruido de chicharra ronca.

Al final, las palmas cayeron rendidas a tierra, se abandonaron, buscaron el entierro.

Ayer al atardecer se vació la gran cubeta del cielo. Mirabas a lo alto y tenías que bajar la cabeza enseguida por miedo a algún cacharrazo en la frente. La lluvia dolía. Por fin la tronada y los chuzos de agua que se derramaron al caer la noche dieron a parar con la palmera en el suelo. El tronco se hizo toda humedad, de un marrón viscoso pero ya sin aliento, como un barril desventrado en medio del jardín.

Me acerco a la palmera caída donde el señor Chon inicia su labor de sepulturero con serrucho. Va partiendo el alma a las ramas. Interrumpo su labor y me atrevo a preguntarle, girando mi mano abierta, qué carcomió a la fulminada palmera.

Bajo sus pobladas cejas me sonríe y señala las puntas de mis pies. Entonces percibo unas dos docenas de enormes gusanos blanque-

cinos, como un muestrario de dedos de un albino jugador de básquet, con cabezotas marrones en forma de pezones, que se contorsionan achicharrados por la luz. Me indica el señor Chon, con agitado movimiento de sus dedos de arcilla horadando el aire, que esos bandidos se comieron la entraña de la palmera hasta secarla.

Posee un algo de atrayente y a la vez repugnante ver a esas criaturas retorcerse por el suelo de cemento, quemadas bajo el sol de mediodía; rollizos vampiros sin alas que exhalan en arameo por volver a su vida oscura de ultratumba.

A medida que se les va yendo la vida, el cielo se nubla. Estas larvas gigantescas nunca llegarán a convertirse en *Rhynchophorus ferrugineus*, esos escarabajos tan elegantes que parecen salidos de la sastrería de la *Guerra de las Galaxias*.

Digo al señor Chon que se ocupe de los gusanos como estime que es debido y creo adivinarle un gesto mezcla de nutricia y afrodisia.

Conociendo los gustos orientales, este raro manjar probablemente acabe en un restaurante chino de la capital.

Crónicas jemeres 21. Año II

El curso básico de seguridad aeroportuaria

—Hay que hacer el curso básico —me había dicho Chenda—. No hay otro remedio.

Las autoridades aeroportuarias camboyanas no conceden el pase de entrada a los aeropuertos, para ese trajín de ir y venir a recoger o depositar autoridades, si no se realiza un curso básico de seguridad aeroportuaria. Me pongo el disfraz de estudiante y me dirijo al aeropuerto internacional que está a unos diez kilómetros del centro de la ciudad.

Es extraño cuando uno va tan solo de visita al *sancta sanctorum* del turismo internacional. Nunca he dejado de ver los aeródromos como templos abiertos para viajeros/devotos donde se realiza, en estricto orden, una serie de ritos. Algunos ancestrales, como la despedida; otros modernos, como el facturar bultos y maletas y, en fin, otros muy recientes como deshacerse de líquidos de mano. Tras la bendición se catapulta al individuo a esa otra atávica e iniciática actividad: viajar, lejos.

Llego a la zona de oficinas y pregunto por el “curso básico”. Un jemer de impoluta camisa blanca, sin levantar la cabeza de unos folios, señala con el capuchón del *bic* sobre su hombro una puerta que hay tras él.

—Por ese pasillo. A la derecha verá una puerta. Es fácil —me dice, incumpliendo la primera norma que habré de aprender en el curso básico: nadie puede circular sin acreditación, y ese es mi caso, por las zonas restringidas del aeropuerto.

Camino por el estrecho pasillo, paso de largo la puerta que lleva el cartel “Centro de Formación”, pues sus cristales ahumados me dan un poco de reparo y sigo adelante. En una puerta a la izquierda veo a una señorita, algo jamona para la media jemer, a quien pregunto por el “curso básico” y ella misma me pastorea a la sala. Atravesamos juntos la ahumada cancela y me deposita en manos de Kong Chhun, el imberbe profesor de la materia.

Kong Chhun es un joven de ojos muy jalados, como dicen en Perú, bajo los que brilla una interminable fila de dientes superiores, eterna sonrisa oriental que le cubre el labio inferior. Se toca continuamente la acreditación con mano sudorosa.

Son mis compañeros de curso básico un tipo calvo con cara de belga y su ayudante que recuerdan al gordo y el flaco; un chino de la compañía hongkonesa *Dragonair*, chulo y patiocorto como un levantador de pesas; un coreano tímido que se habla a la barbilla; un príncipe destronado, ya que dejó el gobierno de la nación por el de los aeropuertos; un púber con camisa amarilla y corbata azul como un jugador del equipo de fútbol UD Las Palmas y un joven francés con barba de varios días y aires de estar oyendo a Manu Chao, que lleva en mano una moderna caja de herramientas, de brillantes destornilladores, como maletín de ejecutivo.

Kong Chhun comienza la clase enseñándonos de nuevo la acreditación que le cuelga del cuello, cogida con los dedos pulgares atrás y los otros cuatro delante en perfecta alineación, como su dentadura.

La clase se va desgranando aburrida, sin grandes altibajos, con los tipos de acreditaciones, hasta que al maestrillo al entrar al capítulo “Sabotajes, secuestros y atentados” se le ocurre preguntar a la clase:

—¿Qué diferencia hay entre “*Security*” y “*Safety*”?

Yo ni me inmuto, pensando que en latino son acaso lo mismo, y espero a ver cómo responde el personal. Se produce un largo y molesto silencio. El coreano, azorado, baja aún más su barbilla, lo que lleva a Kong Chhun a acercarse y preguntarle directamente a él.

—Mmmeee, mmmeeuuu... Necesitaría más tiempo para pensármelo —responde, saliendo así del paso.

Mientras, el francés de brillantes herramientas, levanta la mano insistente al fondo de la sala, como diciendo “Yo lo sé, yo lo sé”.

El índice de Kong Chhun le señala y ufano suelta:

—“*Secugity*” et “*Safety*” son complementagias —arrastrando las ‘egges’ —: pondgé el ejemplo de un teléfono móvil en el aegopuegto. “*Secugity*” es el contgol de segugidad, los grayos X pog los que ese teléfono debe pasag. Una falta ggave contra la “*Safety*” es, pog ejemplo, utilizag el teléfono dugante el viaje, despegue o ateggizaje.

De nuevo el silencio en la sala ahumada, ahora mientras rumiamos la lección magistral del franchute.

¡Qué nivel! Kong Chhun dice, abrumado, que no tiene más que añadir.

Pasamos al vuelo por los capítulos “Amenazas a la seguridad”, “Zonas de seguridad y sus accesos” y “¿Qué hacer en caso de alarma?”.

Cuando llegamos a la parte de “Seguridad en las pistas”, veo que se dibuja una maligna sonrisa en el dentado rostro de Kong Chhun.

Cuando comienza a relatar los peligros y daños “en personas, en aeronaves, en equipos y vehículos” veo que, en los acentos que da a cada descabro, se siente el furor de un aficionado a la crónica de sucesos de los diarios.

—Cuando el motor de la aeronave está en marcha, las zonas de seguridad son de 15 metros delante de ella y 100 metros en la parte de atrás. En este video verán los devastadores efectos de la potencia del aire de los motores.

La pantalla muestra un jumbo circulando por una pista tras el cual pasa, por la vía de servicio, un vehículo que vuela como papel al entrar en la zona de peligro indicada. Nos miramos con gestos de la cabeza por la fuerza de la imagen.

Aprovechándose de que nuestras defensas están bajas, un entregado Kong Chhun nos muestra el siguiente vídeo, que raya lo *gore*. Con escasa calidad de imagen, se intuye a un empleado que corre hacia la nariz de un avión frente al motor en marcha para, un instante después, ser engullido por el rotor como bestia ancestral.

—*Oh, mondieu* —se atreve a decir el francés. El resto estamos mudos.

Aprovecha Kong Chhun, convertido ya en ese Míster Hyde que lleva dentro, para comenzar a relatar varias historias reales sucedidas en este mismo aeropuerto de Phnom Penh, como esa empleada de la Thai que perdió ambas piernas (“una cortada en el acto, otra que quedó colgando y luego fue amputada al sentarse en una rampa que se cerraba”) o los peligros de los FOD (Daños por Objetos Extraños, en sus siglas en inglés), como ese operario de tierra que recibió hace un par de años el impacto de una piedra redonda pisada por un jet y que “se le clavó aquí en la sien y acabó con su vida en el acto”.

Kong Chhun relata cada incidente con téticas pausas, seguro de sí mismo, lanzado a la narración terrorífica como solo un gran lector de Poe puede hacer. Su sonrisa de anuncio de dentífrico subraya cada pasaje, dándole un siniestro aspecto.

—Este tío es un sádico —le digo al príncipe, sin que nadie nos oiga. Y el príncipe asiente con la cabeza, con una mueca de tensión en los labios.

Nos salva el que se le acaba el tiempo y tiene que hacernos el examen de actitud que nos dará acceso a la soñada acreditación de acceso.

Como se puede copiar de los apuntes obtenemos un aprobado general, figura mítica tan soñada en aquellos tiempos universitarios trufados de huelgas y con poco tiempo para el estudio.

El que realmente vive como algo triunfal el resultado (cien por cien de aciertos en su caso) es el joven jugador del Las Palmas jemer que, como si hubiese pasado la oposición a notarías, todavía está dando olímpicos botes de alegría por el pasillo, cuando salgo del edificio.

Crónicas jemer 22. Año II

Noche indonesia

Estamos invitados al teatro Chakdomouk, cerca del río, un local amplio y semicircular donde se reproducen, con asiduidad pasmosa, unos muermos visuales de danzas regionales de esta zona del globo. Hemos asistido en el pasado a espectáculos deplorables que ni en el salón de actos de algún colegio se representarían. Pero o somos reincidentes o simplemente ignorantes aún de la belleza del folclore en tierra de monzones.

Esta noche se anuncia como la “Noche Indonesia 2008” y, para celebrar el sexagésimo tercer año de la independencia, tiene como estrella invitada al grupo Kinarya GSP (no confundir con buscadores satélite, ni preferencias comerciales: son iniciales). El grupo está dirigido por un ilustre personaje de magnífico tupé, Guruh Sukarno Putra, hijo del padre de la independencia de Indonesia.

Sukarno es desde siempre parte de mi familia, pues comíamos y cenábamos con él todos los días: en el comedor tuvimos siempre colgada una colección de hermosos dibujos/retrato del tamaño de un naípe, de la juventud artística de mi padre, donde junto a un indio *sioux*, un Mark Twain y un viejo beduino yemenita, posaba un serio Sukarno. Miraba a la derecha, sereno, con esa especie de gorro fez de fieltro negro, tradicional de Indonesia, el *peci*. Parte de nuestros

juegos de infancia con mis hermanos era ponernos la faja, en la que mi madre nos embutía la barriga para las noches más crudas de invierno, en la cabeza, y con gesto grave y mirando de lado, decir: “Mira, soy Sukarno”.

Por estas razones al entrar en el teatro y ver anunciado que el director y coreógrafo del grupo Kinarya GSP es nada menos que el hijo del autócrata que marcó mis juegos, cocidos y potajes de infancia, no dejo de sentir un pequeño vuelco en el corazón.

Avisan por los altavoces que entra Su Majestad, el rey Sihamoni. Junto a la cabeza rapada a lo bonzo del Monarca, entre el séquito real, sobresale un ufano GSP con impecable traje oscuro y un pelucón de tonos de *henna* que solo compite en rigidez arquitectónica con el que luce Su Alteza Real, la princesa Buppha Devi, que en sánscrito viene a ser algo como Reina de las Flores, directora de la escuela jemer de bailarinas *apsaras*.

Se reproducen los engolados y eternos discursos oficiales. Hojeo el programa de esta noche y me detengo a leer los nombres de los bailarines y bailarinas del grupo. Siempre he sentido una atracción especial por los nombres indonesios. Parecen sacados de un culebrón latino o de como se llaman cariñosamente entre ellos los socios del club Puerta de Hierro. Descubro así joyas patronímicas, como las señoritas Fanny Pradita o Dian Novita o caballeros como Joko Susilo, Edhi Agus o Randy Rezia. Piezas de sobra para armar una telenovela de pitucos personajes orientales.

Se anuncia el primer grupo de danzas y el maestro de ceremonias se entretiene en detallar los elementos de cada pieza, sus significados ocultos, su lugar en el folclore popular, y salta sin remedio de isla en isla de entre las miles que tiene el archipiélago indonesio. Creo que me duermo al Este de Java, antes de ver las primeras evoluciones de los bailarines pues me despiertan unos tímidos aplausos y vuelta al cargante presentador.

Para el segundo grupo de temas me mantengo más alerta, ya que algo se cita de Bali y sus misterios y de doncellas disfrutando en compañía de moalbetes. Resulta un poco fiasco el que mis eréctiles expectativas no se vean colmadas por ningún contacto ni achuchón. Sin embargo, la música y letra de las que es autor GSP en persona, es un pop pegadizo con aires de orquesta gamelán aderezada de sintetizadores, bajo eléctrico y creo que hasta una batería. La música pregrabada lleva en volandas a los bailarines que pasan de sus ortopédicos movimientos tradicionales a soltarse la melena y se convierte en un santiamén en una coreografía que yo no veía desde los casposos tiempos de la TVE con Lazarov en noche de sábado. Las caderas vuelan ahora más, aunque sin sobrepasar ningún grado el proverbial comedimiento asiático.

Suenan entonces unos sonos –mezcla de opereta y pasodoble salpimentado con fado– y salen a escena los espigados bailarines vestidos como forcados portugueses, con una especie de manta de colorines verdes como capote sostenida en el brazo derecho y un extrañísimo sombrero de paja alargado, como los curas de la época de dómine cabra, acabado en una figura con cuernos con cuello de jirafa. Los danzantes seguidos por unas manolas achinadas evolucionan como guiris posesos y danzan flamenco, pero llevados por la figura indómita de san Vito. El resultado es inenarrable.

Llega el final anunciado por el narrador como “Indonesia Jaya: una armónica mezcla de la ilustre música y coreografía de Guruh Sukarno Putra expresando la gloria del país como tierra que es rica en bellezas naturales, encantos y prosperidad”.

Me temo lo peor.

Sale el pleno del elenco de baile, vestidos ellos de Fred Astaire con *peci* negro y banda presidencial del Rayo vallecano y las chicas, envoltantadas ellas, unas de rojo, otras de blanco, que crean la bandera nacional una y mil veces en cada cruce de volantes y a cada giro de

talones. Cada vez que, con aires de musical de Broadway, en *playback* claro, y con sonrisa delineando las orejas, aparece masticada la palabra “*In-do-ne-siii-aaaaáá*”, se les cierran los puños, encrespados, como debía suceder en los años independentistas, y forman unas curiosas letras agitando los brazos en continuos molinetes, como señales marineras. La dinámica Lazarov ha ido tornando en musical de los cuarenta reivindicativo de los colores patrios. Ya hubiese querido el lúgubre senador McCarthy una dedicación patria tan jovial y emotiva.

En la salida, un endiosado GSP muestra a la corte jemer sus creaciones de ropa. *Batiks* de pesadilla a cientos de dólares. No, no me atrevo a estrechar la mano de este Sukarno.

Salgo casi en volandas, con los ecos aún de las aleluyas al país hoy sesenta y tres veces independiente, pero me queda la imagen de la única danza que me ha conmovido esta noche. Aquella parte en la que un joven guerrero con coloretos danza solo, velando armas la noche antes del combate. Una sutil mezcla de muecas de terror con saltos de coraje, de crispación del miedo hecha con el ademán chulesco de la bravata han valido toda esta noche indonesia.

Crónicas jemeres 23. Año II

La noche heroica de Mei Bonnar (de Sophea a Chanlady)

El sargento Mei Bonnar –adscrito a la Comisaría de Policía (“la estación”) del barrio de Meanchey en Phnom Penh– se dirige a casa caminando cabizbajo. Son tiempos duros y su misérrimo salario no llega para nada. Es noche cerrada ya, acaba de terminar unas cervezas con sus compañeros de “la estación” y anda cavilando lo que se ha gastado y lo que le queda para fin de mes. Su mujer, Sokha, ex-partera tradicional en la provincia de Svay Rieng –ese trozo de la tierra jemer en forma de pico de loro que picotea Vietnam– ha visto nacer tantas vidas e irse otras muchas que nunca le critica por cuestiones de dinero. Pero él ya ve su cara de mosca que lo espera en la puerta, con ese fruncir el ceño de cuando desaprueba. Y unas cervezas del “famoso trío de rutinas”, como llama Sokha a Chem, Sem y Bonnar, es motivo.

–Pura rutina, pura rutina –es la simple explicación del sargento Mei para todo a su señora. Y de ahí el mote.

Se mira las puntas de los zapatos desgastadas de tanto pisar asfalto y va meditando y haciendo números. Sin la entrada en vigor de la nueva ley que obliga a las motos a llevar retrovisores no sabría cómo redondear el sueldo. A cuatro mil ríeles (un dólar) la multa, es decir a

la mitad si la cosa se resuelve como amistosa mordida, están logrando aplacar el terrible zarpazo de la subida del precio del arroz. Aunque son muchos para repartir el botín y encima cada vez son más los que protestan por las multas. “¿Qué mosca les habrá picado?”, se piensa el sargento Mei. Y le viene a la mente ese tipo esta mañana que se arrodillaba para salvarse de la multa o el otro, un joven muy aseado y de pelo con gomina montado en su *Honda Dream*, que se negaba a pagar parlo-teando algo acerca de derechos humanos y otras tonterías. Dos horas bajo la solana es lo que al final le ablandó para soltar los dos mil ríes.

Al pasar por el puente Monivong se le van los ojos a las docenas de brillos de las bombillas en el agua marrón del río Bassac. Son como polillas que juegan a cazarse unas a otras y aparecen y desaparecen entre el oleaje de esta estación de lluvias. Se para rascándose la mejilla y apoyando su amplio pecho en el pretil. Recuerda cómo ha tro-nado mientras estaba con Chem y Sem diseccionando las anécdotas de la jornada entre sorbo y sorbo de cerveza *Angkor*. El río baja con olas medianas, como abrazos de la muerte.

Oye entonces un sonido seco, de fardo entrando al agua, seguido de un grito ahogado de gárgaras y toses. Ese duendecillo que anida en su cerebelo y que él llama “su deber” le pone en alerta. Cruza sorteando las escasas motos que circulan a esa hora por el puente y divisa abajo unos brazos que hacen molinetes desesperados. Sin pensarlo dos veces, arroja zapatos y gorra al asfalto como si tuviera tres manos y se lanza al río.

Le recibe el calor pastoso del Bassac. De rápidas brazadas se va hasta el cuerpo que aparece y desaparece entre lengüetazos del agua. Con un gesto rápido y severo le atrapa por los pelos, le da un codazo en la nariz y, antes de que el pobre diablo se dé cuenta de lo que está pasando, se lo lleva a la orilla.

Exhausto, con el cuerpecillo de un petimetre a su lado, que no debe tener más de veinte años, que respira y tose con la avidez de un

recién nacido, el sargento Mei saca de su bolsillo superior derecho su silbato reglamentario y lanza el pitido de socorro.

Tras varios “*prrrrrriiii, prpri, prrrrrriiii*” emerge sobre el puente y entre los curiosos, un agente y al poco la cara jovial de Sem se le aparece sobre la cabeza, mientras alguien habla por radio con la estación.

—¿No hay ganas de volver a casa, Bonnar? —le espeta el gracioso de Sem. Sin responder, le hace un gesto con la cabeza hacia arriba para dejar el lecho del río.

Suben en volandas al joven a la parte alta del puente, que ha acertado a gorgotear que se llama Sophea, y le sientan apoyando, con cariño de matrona, su espalda en el pretil.

Mientras Bonnar se pone la gorra con la visera apuntando a la luna y se quita los calcetines chorreando, les cuenta Sophea entre carraspeos que suenan a algas, que quería acabar con su vida. No acierta a decir por qué y Sem, que es más expeditivo, le tira de la lengua como solo él sabe hacer:

—Mira Sophea, aquí mi compañero y yo hemos tenido un día peliagudo —y le da unas palmaditas cariñosas en la mejilla izquierda—. Parece que tú también. O nos cuentas tus razones —y las palmaditas se tornan en leves tortas—, o creo que vas a maldecir al sargento Mei por haberte sal-va-do-la-vi-da —y acentúa cada sílaba con sonoras cachetadas en el rostro del joven.

Sophea, estudiante de segundo año de Matemáticas de la Universidad Real de Phnom Penh, algebrista por vocación, no está hecho para amenazas de disloque de huesos tan reales.

Suelta, como una ametralladora, que él quería desde hace tiempo un nuevo móvil, que su familia no se lo quería comprar, que se convirtió en el hazmerreír de su clase con su pantalla de móvil rota, que su novia le dejó por otro tipo con Nokia N90, que volvió a casa esta tarde con el ultimátum, que se tomaron a pitorreo su amenaza de



suicidio, que la vida no vale nada sin móvil, que se tiró sin pensarlo dos veces, que ahora tiene miedo...

Está escuchando el culebrón de Sophea cuando al sargento Mei se le va la vista, llevada por su duendecillo, a la otra parte del puente, a medio centenar de metros, donde una pareja discute acaloradamente. Hacen por turnos grandes ademanes y la cosa empeora cuando son ambos los que al unísono ejecutan sus gesticulantes destrezas como un equipo de natación sincronizada.

El sargento Mei deja a su compañero de rutinas y se va hacia la pareja. Cuando cruza la calle en diagonal, pinchándose con la grava en el asfalto, le da un respingo la columna. La mujer, una joven con piernas de palillo, embutidas en un vaquero con manchas de origen y camiseta de gondolero se aúpa al borde, ayudándose del hombro de su contertulio y de la barandilla, y se arroja al vacío con un pequeño gesto de adiós de su diminuta mano.

Alcanza el sargento Mei a percibir el chapuzón. Ve entonces cómo se hunde en las turbias aguas, a cámara lenta, la camiseta a rayas seguida de una larga coleta negra. Pasa un segundo y, sin poder evitarlo, la acompaña al vacío el hombre, que grita en su caída de espantajo:

—¡Chan-la-dyyyyyy!

Sin tiempo apenas para destocarse y tocar el silbato, vuelve Bonnar a zambullirse. Comienza a convertirse en rutina. No sabe a quién buscar entre las tibias aguas marrones. Una mancha de cebrá atrae su atención unos metros abajo y poco después tiene en sus brazos al alfeñique en la orilla. Alza los ojos al agua profunda buscando al tipo. Otros policías, incluidos Chem y Sem, peores nadadores que él, se han lanzado al rescate y se debaten contracorriente a la pesca infructuosa del hombre desesperado.

Vuelven arriba con Chanlady medio desvanecida, mientras con focos una lancha de la Policía de Aduanas se ha sumado a la búsqueda.

Con la vuelta en sí de la desdichada se enteró el famoso trío de rutinas, de la boca espesa de la propia Chanlady, aunque esta vez sin mediar amenazas, que ella y su marido habían salido a cenar. Mientras estaban en el *beer garden* de la calle 2-14 su marido, Moeun –o “Muni”, como le llama ella–, se levantó para ir al baño. Chanlady le vio claramente flirteando con una de las camareras. La discusión, con acaloradas acusaciones mutuas de infidelidad y trastos a la cabeza, fue degenerando camino a casa, hasta una larga cambiada de insultos insoportables junto al pretil del puente que la llevaron en un gesto de dolor supremo a arrojarle al río.

Tan solo más tarde, ya de madrugada en la comisaría, ante el interrogatorio por parte del famoso trío de rutinas sobre el desaparecido, Chanlady reconocería entre pucheros que sí sabía.

–Sí. Sí lo sabía, claro, pero no me acordaba, no me acordaba... de que Muni no sabe nadar.

Crónicas jemerres 24. Año II

Entre marranas y minas

Hoy vamos a desminar.

Este reino jemer aloja en sus entrañas una de las más grandes concentraciones planetarias de minas antipersonal, antitanque, bombas de racimo, obuses no explotados y otras chatarras asesinas. Un jemer muere cada cinco días por estas explosiones fruto de aquellos júbilos guerreros de antaño. El resto, que se cuenta por docenas, sufre quemaduras, amputaciones, ceguera, sordera o macabras mezclas de todo lo anterior.

La ruta hacia el distrito de Chikreng es un largo camino de mil baches y barro cremosos que obligan a circular a velocidad de babosa. El vehículo es una auténtica coctelera y las conversaciones en su interior toman el tono de una discusión entre tartajas que no dejan de tener un algo de guasa.

Como todo camino trazado en este país, a lo largo de la calzada se suceden sin interrupción casas y construcciones más o menos estables, casi todas elevadas un par de metros del suelo sobre pilotes, desde donde miran a nuestra comitiva docenas de ojos de niños con cara de estar viendo una aparición. En otros casos se percibe al fondo de la estancia una televisión enganchada a una batería de coche mientras el culebrón tai o coreano de turno llena de emociones a los agolpados



televidentes. Pasamos por una peluquería de señoras, la mínima expresión en tamaño y equipamiento. En la puerta, acaso como reclamo a la clientela, un trío de jóvenes peluqueras se elaboran, unas a otras sentadas en corro, unos tocados muy apañados. Una de ellas tiene moño.

La fauna local es bastante peculiar. Se ven siempre a lo lejos rebozándose entre los arrozales a esos gigantones que son los búfalos de agua, lentos y tranquilos con algo de prehistórico en su cornamenta y en ese cuero gris oscuro donde intuyo, deben rebotar las balas. Tras los búfalos, por seguir entre ungulados, están los ovinos blanquecinos, con aspecto de vaca sagrada india pero con algo de modelos de alta costura, tanto por sus ancas, altas y finas, como por su mirada ausente. Los chuchos mil leches cuidan cada casa y ladran al que pasa como si les fuera la vida en ello. Suelen guardar en sus mezclas una chispa de lobo y un gen de galgo, lo cual es sumamente útil en estos climas. Los pollos y gallinas también pululan, patilargos por doquier, como legión de expurgadores del terreno, pero son los gallos los que dan altanería a cada casa. Acabamos de pasar uno con los andares chulescos y el desparpajo de un Usain antes de batir el récord de los cien. No obstante, los animales domésticos que más atraen mi atención son los cerdos. En esta región reciben una serie de mimos especiales que ya quisieran para sí nuestros gochos ibéricos.

Pasando un largo arrozal, con verdes casi hirientes de lo brillantes, paramos a visitar un pozo. A medida que bajamos de los vehículos, con la vibración aún en las sienes por la agitación de tantos botes, observo una bucólica imagen. Una púber, en esa edad indefinida entre niña y mujer, baña con mimo un bebé entre unos lotos de finos tonos morados que sintonizan bien con lo sonrosado de la piel del bebé y los bruñidos dorados de los brazos de la joven. Estirando las piernas, casi con disimulo de Monsieur Hulot, me acerco un poco más a la escena para disfrutar de esos momentos de serenidad que otorga el aseo de las criaturas.

Cuando estoy a una decena de pasos se produce un cambio repentino. No sé si es una nube pasajera que acaba de ocultar el sol, que quema ya como tizón, o un giro del brazo y caderas de la joven, o un extraño gruñido de la criatura, cuando me percato de que el bebé no es humano... sino porcino. Sin embargo, aunque desconcertado por el descubrimiento, percibo el mismo amor de los gráciles dedos pasando por la entrepierna y por el hocico de la marranilla y repasando con sus uñas algo de roña que queda en las orejillas o el porcino rabillo en punta. La muchacha termina su labor rodeando con su *krama* al bebé y llevándolo a una cochiguera donde lo suelta y adivino que busca otro para la sesión de aseo matutino.

Tras la visita del pozo nos muestran, más adelante, unas mediciones de terreno realizadas por un topógrafo al que nos presentan como la primera hornada de jóvenes profesionales jemerres. Mientras el joven guiña un ojo encaramado tras su reluciente *Leika*, nos muestra la complejidad de la adjudicación de títulos de propiedad en esta tierra irredenta tan tocada por los Jemerres Rojos que hace algo más de treinta años eliminaron toda forma, título o atisbo de posesión.

En esto distraen nuestra atención unos gruñidos de dolor a unos metros. Nos acercamos a ver a quién están torturando. Junto al camino, tras un murete de tablones aparece, luego de una cabeza soberbia, el largo cuerpo de una marrana, a la que cuento once tetas, entrada en carnes y con un rabo enroscado hacia lo alto, que nos mira pidiendo misericordia. Atada por una cuerda, algo frágil para el tamaño de la bestia, la cerda cabecea y boquea como buscando algo, quizás volar. Nos acercamos y le pregunto a Charuth, el jemer jefe del proyecto, que siempre está sonriendo:

—¿Qué le pasa a la cerda que berrea tanto?

—Nada —me responde, tranquilo—. Es que está en celo. No parará hasta que la cubra un macho.

No me atrevo a preguntarle cuándo va a tener lugar tan feliz acontecimiento para la marrana, claro ya que dicha gorrina no entra en el proyecto que visitamos hoy.

Cuando se le acerca uno de nuestros todoterreno, la marrana lanza una dentellada a la rueda, a la que le falla por poco. El dueño, azorado por los visos que toma la cosa, ante nuestra mirada, más curiosa que reprobatoria, se la lleva dentro hacia la parte baja de la casa. Arrastrada por la cuerda de su amo la cerda se da la vuelta, protestando pues sabe que, en casa, comida hay... pero macho no.

Nos muestra entonces el secreto gruñón del trasero erguido: su flor rosa y abierta, brillante, rebosante de lúbricos deseos se aparece contoneándose ante nuestros ojos. Charuth y yo quedamos mudos. La visión es tan turbadora que no consigo quitármela de encima ni ya dentro del vehículo, mientras estudio el mapa de la zona de desminado.

En el punto M11008 nos recibe Sam, un experto en desminado que es australiano, aunque de origen jemer. Una de las eminencias en este riesgoso oficio que deja unas cuantas viudas cada año. Tanto Sam como los miembros de su equipo hablan continuamente del “Protocolo” (de seguridad) que viene a ser una especie de biblia del desminador, pero con mayor infalibilidad, con la condición de que se cumpla a rajatabla.

Nos dan un curso teórico del “Protocolo”, que se reduce a un único mandamiento verdadero: no atravesar las líneas rojas, ni los letreros rojos con una calavera pintada. Más allá está lo que Sam llama la “zona contaminada”. Los novatos en esto nos miramos con la cara de idiotas de los actores al principio de las crisis en los *films* de ciencia ficción. Solo que esto no es celuloide.

En medio de la charla, bajo un techado de lona que el sol atraviesa como mantequilla, miro a mi derecha hacia donde están las familias que participan de nuestro proyecto. Descubro que, en primera fila han sentado a los “beneficiarios” de un proyecto anterior, el de los militares que plantaron las minas. Media docena de hombres de edades variadas escuchan atentos las explicaciones de nuestra visita en jemer. La mayoría luce, bajo los pantalones raídos, rudimentarios pies o piernas de madera.

Tras la presentación del tipo de minas plantadas en esa tierra, nos dan unos sombreros de paja –como de los últimos de Filipinas– y nos dirigimos a pie hasta la zona donde se desmina actualmente. Por este antiguo sendero para tropas, al igual que en las carreteras se marcan con flores y cruces los lugares de accidentes: unos palitroques rojos señalan el lugar donde se encontró o explotó un artefacto. Están por todos lados y le dan un aire de cementerio.

–Están puestos con muy mala leche– le digo a Charuth, que asiente con la cabeza y con la sonrisa helada.

Un desminador de escueto cuerpo, con toda su parafernalia de casco con visera antibalas, grueso peto, guantes de astronauta, nos muestra el procedimiento que sigue al detalle el “Protocolo”, el cual describe sabiamente Sam.

En un metro cuadrado, marcado con estacas blancas y bandas rojas, pasa primero el detector de metales. No se oye ningún ruido. Avanza las marcas un pie más allá. A la tercera vez que avanza suena un pitido, primero suave y luego más agudo.

“Piiiii”.

Comienza la obra titánica.

Marca el espacio, retrocedemos con Sam a una distancia de seguridad y el desminador acerca una decena de instrumentos, híbridos entre la jardinería y la cirugía, que posa junto a él. Corta la maleza como se corta el pelo a los recién nacidos, mechón a mechón, y deja

caer con cuidado las hojas y ramas verdes a un lado. Marca entonces con un triángulo de madera el punto exacto del pitido y empieza a cavar alrededor muy despacio, limpiando cada terrón de tierra con el mimo británico de la jardinería. Todos, y sobre todo el delgado desminador, sudamos copiosamente. Introduce un fino estilete en la tierra fresca y este tropieza con algo. Se dicen algo en jemer.

—Una raíz. Es lo peor —narra grave Sam—, pues si la mina está bajo ella hay que dejarla al descubierto totalmente, cortarla o serrarla para sacarla y dejar al descubierto la mina.

El trabajo de dejar la raíz desnuda al aire lleva un rato largo, que seguimos con la atención de profanadores de tumbas. Tras los siete velos que cubren la raíz que corta el experto con tijeras podadoras como de vendimia, aparece por fin algo; con pinzas saca de la tierra como un cirujano de campaña, una bala oxidada, la que nos ha tenido en vilo durante más de media hora.

Cuando nos vamos, el desminador vuelve a avanzar su marca treinta centímetros más, luego otros pocos más. Así transcurren sus jornadas.

Tras hablar con la jefa del equipo de perros olfateadores pasamos al plato mediático de la jornada. El Gobernador y yo vamos a tener el honor de hacer explotar las minas encontradas en los últimos días. Los artificieros hacen llevar unas bobinas de hilo negro conectadas a unos trescientos metros al sur de donde nos hallamos, con dos boquetes en la tierra que encierran el botín del grupo. Se avisa del peligro por unos megáfonos de mano.

La primera explosión, que es la que pulsa el Gobernador, es la pequeña, una docena de minas antipersonal, que genera una columna de humo y poco más.

Es mi turno y me avisa Sam que varias minas antitanque y obuses de mortero están en el agujero, esperando.

Una periodista joven con cara de susto pregunta si no es peligroso, mientras aprieto el botón de armar. Miro alrededor y no aguanto

las caras de expectación del medio centenar de concentrados. Con espíritu de los héroes de Baler, presiono el botón rojo, como quien se tira al agua helada y “*¡BLAAAAM!*”: una sacudida recorre el espacio y me resuena en el pecho, cual si hubieran chocado entre sí todas mis plaquetas. El torbellino de polvo sube unas decenas de metros. Se hace un silencio seguido de un aplauso de entusiasmo o de miedo a lo que pudo haber sido.

Mientras miro con cara de Rasputín a mi alrededor, Sam me susurra al oído que a este ritmo el reino jemer tardará unos cien años, como mínimo, en estar limpio de zonas contaminadas.

Crónicas jemerres 25. Año II

“El Puma” en la ‘pelu’

Como soy de los que creen que la estabilidad matrimonial pasa por estar abierto con cierta asiduidad a las propuestas de tu pareja, cuando Ana me dijo:

–Me voy a la ‘pelu’, ¿te vienes? –Sin dudarlo, aunque intrigado, contesté que sí.

Una buena peluquería, como todo el mundo jemer sabe, tiene que ser regentada por vietnamitas. “La pelu” en cuestión está en la calle Kéo Chea, a unos pasos del centro cultural francés, lo que da una cierta tranquilidad cartesiana. Se accede a ella por una entrada como de garaje que esconde, tras una puerta de cristal rebosante de churretes, como huríes en cueva de cuento, a las peluqueras.

Nada más entrar te da un sopapo el alto volumen de la televisión que, desde lo alto del ángulo contrario al de la entrada, salpica toda la estancia de colores y sonidos chirriantes. El local es una habitación en forma de ele de apenas una docena de metros cuadrados, hormiguero donde pululan al menos una quincena de señoritas arrastrando las chanclas. Algunas comen arroz agachadas en un rincón. Las paredes son de un amarillo que me trae recuerdos de los polos de limón de la marca *Royne* que tomábamos de niños al lado del colegio y que dejaban la lengua como si tuviese uno el beriberi. El limona-

do está plagado a su vez de lamparones de varias épocas que no se sabe cómo han llegado hasta ahí arriba, pero que dan un aire de arte moderno algo inquietante. Una foto del Primer Ministro junto a un sonriente preboste con banda roja al pecho, acaso el dueño del negocio, ocupa lugar de honor junto a la pequeña pantalla. El resto de las fotos, colocadas al azar, muestra jóvenes asiáticas con moños diversos y una media sonrisa muy oriental. Del techo que algún día fue blanco cuelgan, alrededor de un ventilador muerto, cinco adornos chinos, mitad farolillos, mitad atrapamoscas en tonos desvaídos de hinchas del atletismo.

Nos llevan a unos sillones de *escay*, ese material sintético que ahora llaman los constructores de autos *similicuir*, donde se pega la piel como pegamento. Los sofás son de color negro, con sendas bandas rojas dispuestas como los cinturones de seguridad de las azafatas de los aviones, y hacen juego con la de la foto del dueño y con el cinturón de la rolliza peluquera, toda de negro que me acomoda en la butaca con una gentil pero firme presión en mi hombro hacia abajo.

Antes de poder percatarme de más, la rolliza me coloca una tela de nazareno en los hombros y, a pesar de mis protestas, me embadurna la cabeza, allí mismo, con un mejunje que empieza a soltar una rabiosa y sólida espuma. Solo cuando los ágiles dedos de la fornida peluquera alcanzan mis tensas sienes consigo calmarme.

Respiro hondo. Me dejo hacer.

Este primer tratamiento capilar dura una media hora y acarrea varias sesiones de producto con continuas retiradas del exceso de espuma sobre una bacinilla de plástico rosada. Cada vez que miro a mi rolliza del cinto rojo a través del espejo, esta asiente con la cabeza poniendo unos morritos de aprobación quizás sobre su labor, quizás sobre mi cabellera. Mientras me tratan los altos constato, en duermevela, que en las estanterías que hay frente a mí se juntan varios centenares de pintañas, paleta imposible que une los clásicos rosas

y burdeos con nuevas tendencias en naranjas y amarillos, los más con brillantina. La nueva sensación parecen ser, por su destacada ubicación en una urna especial, unos tímidos verdes, desvaídos, que recuerdan a vómito de marciano.

Las uñas postizas de la marca *Design Nail*, dispuestas en cajas de veinticuatro, son pacientes labores dignas de un miniaturista mongol, con diminutas imágenes de orquídeas o dragones o cerezos en flor.

“Pintar es recordar”, como nos instruye el maestro Osman de Pamuk.

Las marcas de los productos suenan lejanas e ignotas en mi bisoñez en estos salones: *Lolane*, en versiones normal y afrutada, *Maica* o *One’n’Only*. Los tormentos de belleza que esconden esas cajas no quiero ni pensarlos. Mis ojos se sienten atraídos, bajo un muestrario de mechones caobas y cobrizos, por varias cajas del tamaño de las de zapatos con compleja y dorada decoración oriental y letras chinas. “*Nñah - nidos de pájaro*” indica en una esquina. Me vienen a la mente algunas descabelladas imágenes que prefiero enseguida borrar.

Esta tesitura de espejos de peluquería, que permiten escudriñar, en los largos ratos de inmovilidad, lo que hay a la espalda, me retrotrae a la obra del artista argentino Leandro Erlich en la Bienal de Arte Singapur 2008. Bajo el título de “*Hair Salon*”, el artista reproduce una peluquería de señoras, similar en tamaño al de esta en la que me encuentro, pero donde los tres espejos frente a los asientos han sido sustituidos por aberturas en la pared. Al otro lado de dichas ventanas/engaño el genial Erlich ha creado “el otro lado del espejo”, donde todo es la imagen invertida y mentirosa de la primera sala. Los peines, secadores y otros objetos de peluquería están dispuestos en la segunda sala como imágenes de espejo, y hasta las revistas *Marie Claire* o *Cosmopolitan* tienen su portada invertida. Al sentarse uno, divertido al principio, inquieto por la impostura después, en la segunda sala, la del mundo al revés, no deja de sentirse una creciente ansiedad. Por ejemplo, de que súbitamente entre por la puerta el yo



real en la parte buena y se siente a mirarnos. Si es que hay en algún sitio parte buena.

Saliendo de mi memoria a la realidad de los espejos aprovecho para observar a las clientas de la peluquería.

Justo a mi espalda se sienta, en *asana yogui*, una jemer entrada en la cuarentena a la que espulgan la cabeza, pelo a pelo, no se sabe si en busca de liendres o de canas, mientras habla por el móvil con chiriada ametralladora por voz que compite con el culebrón televisivo.

Junto a ella se sienta, más calmada en sus brincos vocales aunque bulliciosa en los ademanes, una señora regordeta con pantalones de pirata. Su camiseta con brillantes que forman la palabra *Chanel* resalta su jugosa pechera. Su piel es grasienta y muestra a ojos vista varias capas de untes blanqueadores. A pesar de que le ejecutan a la vez labores de manicura, pedicura, masaje y cabellera la mitad del personal asalariado del local, dispuestas en enjambre, todavía le quedan manos sueltas para dar instrucciones a otras peluqueras como verdadera abeja reina.

Mi doña, hojeando un *Asia-life*, cierra el cuadro de forma ciertamente más amable.

Mediante cromañoses gestos, pues definitivamente no compartimos ningún lenguaje verbal o no verbal conocido, me indican el fin del mejunje en seco y me pasan a la trastienda. En un diminuto espacio, casi un pasillo, se apelotonan cuatro tumbonas con una especie de abrevadero de reses a la espalda donde se apoya la cabeza y donde mi rolliza lava-pelos me espera sonriente con unos movimientos excesivos de sus pulgares. Con su cinturón escarlata, los dedos tableteando el aire y las palmas hacia abajo me recuerda a esos pistoleros de *spaghetti western* que caen en los primeros tiroteos.

Me siento y sin darme tiempo a santiguarme me llena el cuero cabelludo de un líquido que intuyo licor del polo por el olor a dentífrico y el frío que provoca en toda mi caja craneal. Mi cabeza, vuelta arri-

ba como gocho que va al matadero, encara un ventilador que describe amplios círculos y que por el treque-treque que emite parece que se va a despegar del techo y rebanar alguna cabeza a en su caída. En secreto sueño con que sea la de la rolliza y no la mía.

Son las fases de esta tormentosa sala el champú helado ya mencionado, unas briosas manipulaciones con las yemas de los dedos en todo el cuero cabelludo, más champú, esta vez templado, o eso le parece a mi cráneo, apreturas variadas en sienes y cejas, unos escasos minutos de placentero masaje, un enjabonado de cara con frotación facial por unos ásperos dedos en cada recoveco de la cara, repetidos pellizcos en el “bebo”, (nombre que inventamos en casa de pequeños para la carnosa parte baja de la oreja, aquella a la que le dan tirones en los cumpleaños) y, por fin, tras los enjuagues, una sesión de toallas congeladas que me son impuestas en ojos, frente, cuello y coronilla. Me siento ya como cadáver en el proceso de embalsamamiento y en verdad qué lejos queda la vida que dejé hace un rato en la calle. Todo este batallar provoca que tras el final del proceso de mi rolliza torturadora, sienta la euforia del superviviente a una catástrofe natural al volver a entrar en el espacio color limón.

Embriaguez por la hazaña de seguir vivo.

Mi casi viuda vive ajena a mi tragedia, embutida como está en rulos y bajo el palio de la secadora de techo, e intuyo un mohín de desaprobación en su cara por no haber disfrutado yo como debía de la terrible sesión de la trastienda.

Me sientan de nuevo en uno de los sillones y un joven jemer, flaco como un suspiro y con unos vaqueros de esos sutilmente desteñidos por zonas, se presenta a mi espalda con su secador de pelo negro cual arma espacial. En contraste con la Antártida anteriormente vivida, el vaquero me abrasa mechones y cuero cabelludo con gestos decididos de su arma que vomita aire de fuego, el cual intento esquivar

como puedo, moviendo el cuello y apretando fuerte dientes y párpados para resistir.

Al final del tratamiento espero unos largos minutos hasta que me atrevo a abrir los ojos y enfrentarme al espejo.

Frente a mí, mirándome con espanto, veo a José Luis “El Puma” Rodríguez... vestido igual que yo.

Crónicas jemerres 26. Año II

Chicas del Zapata y del Zanzíbar

El café Java, bello primer piso en el 56 del bulevar Norodom, está a rebosar. Avizor. Desde hacía meses ninguna inauguración de exposición de pintura, en este único templo del arte, escaso, misacantano, de la ciudad atraía a tanta gente.

Entre los asistentes, que liban una infecta sangría espesa y mojan palitos de zanahoria en un humus algo picante, se encuentra lo más granado de la clientela habitual del café: cooperantes y *oenegeros* con pelos cardados y camisas multicolores; jóvenes artistas jemeres; algún empresario australiano en bermudas que muestra en las canillas sus vacaciones; la dueña del local con su bebé emparedado a sus pechos y algún alumno perdido de último año del liceo Descartes. Una mezcla variopinta que deambula por el local en parlanchines grupos como burbujas de jabón, impermeables unas a otras hasta que dos pompas se juntan y el grupillo se hace más grande.

Me voy a la barra, me cobran tres dólares con cincuenta por un cubalibre de *Havana Club* y se me derriten los tres hielos antes de alcanzar la pared de enfrente donde están los primeros cuadros. Hace bochorno en el Java, a pesar de los lametones de aire frío que escupe el aparato de la entrada.

Será la expectación.

Una especie de matrona en ciernes, pelirroja hasta las pestañas y cejas, con vestido color nazareno de juguetones vuelos, se pasea entre las burbujas lanzando besitos, brindando con el mejunje y sonriendo a todos. Es Fleur Childs, la artista. Un nombre de actriz de cine de arte y ensayo malgastado en los óleos. Su obra es de colores chillones y su calidad, bien escasa. Presenta en exposición una veintena de cuadros que llevan por título genérico, con mucha floritura: “*The Girls*”.

Son retratos 50x60 de chicas jemerres cuyo mayor valor artístico son las miradas, ausentes algunas, algo penetrantes otras, bizcas las más. Los sugerentes títulos son *Sonny*, *Dalis*, *Lin*, *Srey Ung* y hasta el clásico *Rosa*. Lo histriónico de la paleta utilizada por la señorita Childs me lleva a esos cuadros tan en boga en los setenta en los que se mostraban bellezas negras con fondos de noche sicodélica y efluvios lisérgicos. Sin llegar a jugar con los mensajes subconscientes que la pintora Flor acaso ni conoce, estos retratos rememoran copias lejanas de la portada del *Some Girls* de los Rolling Stones. Y encima sin pelos de escarola.

Puesto en suerte gracias a uno de los remolinos de su falda, me detengo a charlar con la Fleur y me cuenta que, en noches de borrachera, siempre acaba en locales de chicas donde mientras sus acompañantes varones flirtean con las jóvenes meretrices, ella se dedica a bailar en la penumbra con algunas de ellas. Y me la imagino toda blanquita, con sus violados volantes dando tumbos mientras ojos hechos a la oscuridad y varias manos morenas admiran y acarician de refilón sus vellos pelirrojos.

—Y un día me decidí a pintarlas. Y ellas aceptaron y ahora me llaman “Sister Fleur”.

Según pronuncia la palabra, como si las trajera un conjuro de conventillo, una docena de hermanas de Fleur irrumpen en el local.

Se arma la marimorena.

Un enjambre de reporteros se abalanza sobre ellas mientras, de puntillas, besan las mejillas de la pintora y otros asistentes. Con la velocidad de los párpados se suben y bajan los generosos escotes con mucha maña y nada de vergüenza.

La singular compañía, con sus pechitos habituados a empitonar, sus morritos juguetones, sus contoneos de cuello y caderas, pulula como una burbuja más en el Java, pero esta burbuja es de champán. Tan solo cuando alguien les dirige la palabra se desubican, pierden el piso y la palabra y tiran del hombro a una que va de negro con cruz en el escote, y que habla lenguas, para que las saque del entuerto.

—Son “putillas” del Zapata y del Zanzíbar —me dice un australiano de mejillas sonrosadas que frecuenta estos locales—. Lo más granado de la noche de Phnom Penh —y le noto un cierto deje parrandero y ganadero en la frase.

Tras las primeras tandas de fotos en el centro del café se las ve nerviosas, miran ávidas desde lejos los cuadros de las dos salas. Efectivamente, van buscando como imantadas sus imágenes en la pared y se van situando, menudas y pizpiretas, bajo sus alter-ego en unos retratos que les hacen poca justicia. Con la imagen como salida de cada cuadro sufrimos docenas de flashes fotos al cubo a cada modelo, que nos hacen pestañear a todos, incluidas hasta las bizcas pintadas de los lienzos.

Me retrotraigo a una imagen grabada en la memoria de mis años marruecos, algo anteriores a este mundo digital de hoy. Era en Tánger, en la casa de cuento del pintor chileno Claudio Bravo. El joven camarero bereber que servía las copas antes de cenar se posaba como una mosca frente a un cuadro en el caballete, eterno de largo, una “*Última Cena*” hiperrealista. Señalaba, llevando la mano del lienzo al pecho con sendos golpecitos, a dos apóstoles con chilaba, uno de frente y otro de perfil que le retrataban a él, el santo elegido, pero con el insultante detallismo de los cuadros de Bravo. A los postres, el

artista contaba cómo su maestro, Antonio López, le regañaba porque, en palabras del mentor: “Un cuadro debe elaborarse durante al menos diez años para poder atraparle el alma”. Y yo veía al bereber envejecer despacio, desesperado, frente a su imagen en el taller.

Atravieso el Java para salir y observo que las hermanas de Fleur empiezan a moverse con gestos de descontento, adivino que con ganas de cambiar de aires. Por los puntos rojos bajo las obras descubro que apenas se han vendido dos cuadros y además hace mucha luz para sus ojos de gatas en este local de burbujas.

Crónicas jemerres 27. Año II

Catorce estaciones con Poly Hong

Bonzos

Entre los tumbos de la existencia en estas tierras jemeres está el paso por la vida monacal que el budismo impone, eso sí, de una forma blanda, a sus acólitos. La mayoría de los monjes o bonzos que se ven hoy por las calles destellando con sus fardos de mil tonos naranjas y ocre —el color del renunciamento— proceden de familias humildes que lanzan a sus vástagos a la carrera monacal para garantizar un cierto nivel de educación que se imparte en la pagoda.

“Lo bonzo” constituyó, durante mi juventud, en aquellos tiempos heroicos del *Tío Ho*, una parte inseparable de la frase “quemarse a lo bonzo”, esa forma de inmólación reivindicativa que une el derretirse en piel y carne con el quedarse impávido. Por ello a mi llegada veía detrás de cada joven monje con su sonrisa de angelito un pirómano en potencia, que abrían y cerraban nerviosamente un *zipho* entre las túnicas. Hoy ya me he curado de tan turbadora visión.

Poly

En una cena sorpresa en casa de la familia Hong, unos acaudalados empresarios jemerres de origen chino dedicados a negocios tan variados como la construcción, la importación de té verde embotellado de Japón o los *karaokes*, nos anuncian que el barón benjamín de los Hong, Poly, se hace bonzo al día siguiente.

Poly es un hombre de pocas palabras y casi ningún gesto. No le he visto nunca sonreír ni tampoco enfadarse. Un tipo íntegramente neutro. Arrastra de su divorcio reciente dos retratos inmensos al óleo, de vivos colores, que representan a padres y a suegros posando en pareja. Los amontona en la antesala de su cuarto sin saber cómo desprenderse de tamaño atentado al buen gusto.

Poly es, entre otros avatares, el responsable –hasta hoy, víspera de enfundarse los hábitos– del mayor *karaoke* de Phnom Penh, un inmenso hangar de dos plantas con el sugerente nombre de *X-cite*. Llegas al aparcamiento cubierto y entre los humos del escape de los flamantes Lexus un nutrido grupo de damiselas esperan como gallinas para convertirse en acompañantes de los gallos de turno. Es esencial que las cantinelas en *playback* lleven su dosis de picante.

A los postres, comiendo unas *delicatessen* que parecen uvas de corcho en almíbar, nos convocan a las seis y media de la mañana del día siguiente, domingo, para ir a la pagoda.

Agua

Entre bostezos, en ayunas, con sensación de ir a maitines y vestidos de blanco impoluto, iniciamos el camino a la pagoda en la provincia de Kandal, a algo menos de una hora de Phnom Penh.

El camino a la pagoda es ciertamente bello. Se realiza en paralelo al río Bassac, uno de los brazos del Mekong. El río, a esta altura, es

un viejo de dedos con artritis, que es consciente de su destino y de ese desafío senil de las grandes corrientes que, oliendo el mar, deciden crear un delta. Tras más de cuatro mil quinientos kilómetros de andadura desde el Tíbet, las aguas del Mekong se dividen aquí en bandos: unas al Bassac, al Oeste, y otras al Este. Resultado de tanto desbarajuste acuoso es que, al Sur, ya en Vietnam, llaman al río “las nueve cabezas de dragón”.

Saliendo de la ciudad se perciben inmediatamente aires campesinos en los andares pausados de la gente y en el hecho de que en las puertas de las casas hay más gallinas y cerdos que niños, aunque estos se cuentan por docenas. Dejamos la carretera y nos adentramos en un camino de cabras con barro acumulado por esta estación de lluvias que ya va tocando a su fin. Una niña preciosa, de pelo en greñas, mira cómo nuestro vehículo intenta sortear un vado complicado. La ingrata no me devuelve la sonrisa, ni tan siquiera mi gesto papal con la mano a través de la ventanilla.

Pagoda

Como si llegáramos a una fiesta del orgullo *gay* nos recibe a la entrada del templo el chillón despliegue de banderas budistas y el nasal ruido de altavoces que salmodian un mantra. Hay un raro ambiente de fiesta y recogimiento a la vez. La pagoda es un terreno de varias hectáreas con aires de monasterio; un puñado de edificios a cual más *kitsch* al frente, otro en construcción al Este y unas casas simples de madera para los monjes con cierto aire faulkneriano a la izquierda de la entrada.

Frente a la pagoda nos acogen Poly y su familia, excepto el padre, que encuentra más alimento espiritual en el hoyo diecinueve que en estos avatares.

Aves

Entonces, se acerca un joven con pelo rapado estilo militar y esos andares aprendices y chulescos de los futbolistas de la selección Sub-21. Lleva en la diestra una gran jaula hecha de malla metálica, de las de los corrales, llena de pajarillos escuálidos. El proceso de dar libertad a los diminutos alados es símbolo de dejar ir las ataduras de la tierra.

El Sub-21 me ofrece un pájaro y, a semejanza del cuento *El sastrecillo valiente* en su singular apuesta con el gigante por ver quién lanza la piedra más lejos, me hago pequeño, me encojo para tomar fuerza y arrojo con fuerza al ingenuo perdigón hacia arriba. Tras un instante de duda por su libertad recobrada, el ave se proyecta hacia el cielo en aletadas frenéticas hasta que desaparece sobre el muro de la pagoda. Miro alrededor y ajenos a mi cuento de los Grimm varias personas sueltan cada uno su pajarillo, en busca de algo en su mundo interior. Unos lo guardan con las palmas entreabiertas, como si temieran aplastar la huida; otros lo sueltan con ambas manos al aire; a otros se les escapa sin más. Acaso sea esto el alma del budismo: las formas diversas que cada uno tiene de liberar su avecilla enjaulada, su mente.

Flores

Frente al templo principal sientan a Poly en una silla de plástico de bar barata de color azul, engalanada con unos pompones acrílicos de verde fosforito. Alguien le pone una monumental hoja de loto en el regazo, con el tallo entre las piernas. Poly toma la hoja como quien acaricia una virgen y baja la cabeza, pensativo, como si quisiera verse reflejado en las gotas que corren por la superficie hacia el centro de la hoja, sin mojarla.

Un miembro lejano de la familia, que viste un blusón blanco estampado digno de una cabaretera en día libre, se acerca con una

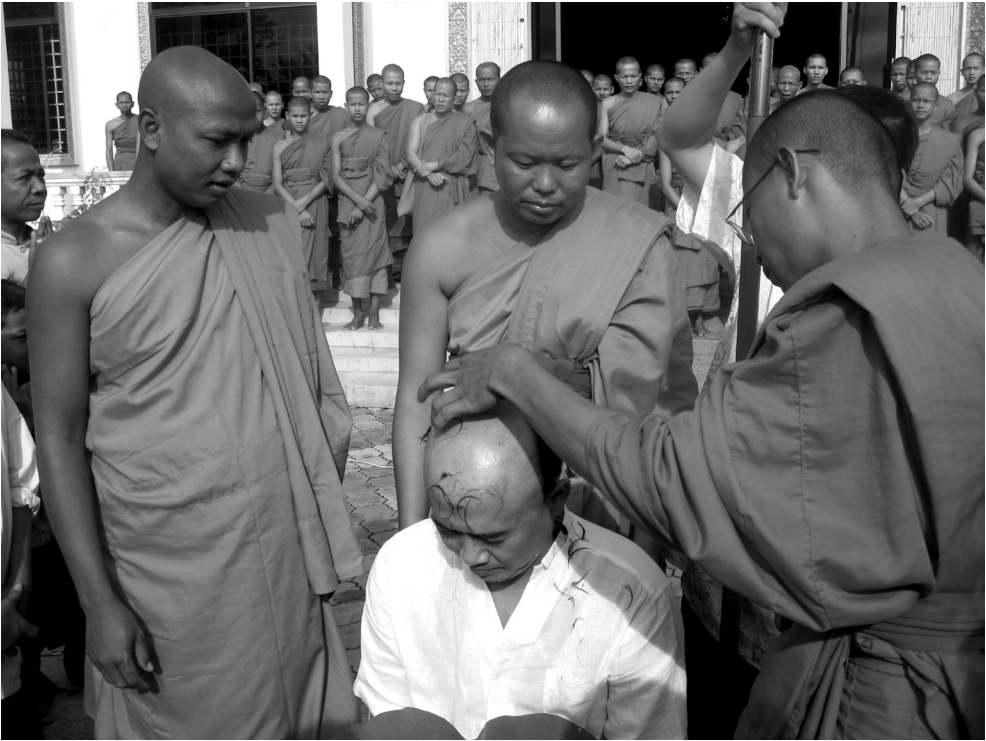
sombrilla, como las de la casa real jemer, de color oro viejo encendido y con unas borlas parecidas a las naranjas de la China alrededor. El portador del parasol, de aristocrática papada y siempre risueño, no se preocupa por tapar más que lo alto de la cabeza de Poly. El sol, a pesar de la temprana hora, golpea rudo en diagonal y hace sudar copiosamente al protagonista de la ceremonia. Como abejas salen entonces de todos lados los bonzos, de variadas edades, estaturas y cataduras, con mirada angelical y el hombro derecho al desnudo. La mayoría se sitúa en los escalones del templo, mientras uno de voz de pito canturrea micrófono en mano unos mantras que, por su velocidad, suenan a la tabla de multiplicar.

Unas manos traen la parafernalia del afeitado. Una bacinilla con agua y una sedosa macedonia de pétalos de flores de loto, de malis, los jazmines jemer, de capullos de hibiscos rojos y de blancos alhelíes. Para romper el encanto, alguien pone a los pies de Poly un cubo de pintura de plástico marca *U-SO paint*, adornado con goterones blancos, que contiene más agua bendita y flores para el eventual rellenado del bacín.

Cuando se acerca el abad de la pagoda con dos ayudantes, la madre de Poly se lanza a sus brazos, llorando como una magdalena, juntando su frente a la sien derecha de su hijo, como si Poly se fuese a servir en las tropas regulares. Poly trata de calmarla con unos golpecitos solidarios en el hombro mientras sigue sujetando cual receptáculo sagrado la inmensa hoja de loto en su mano derecha. Las lágrimas de la madre corren por la superficie verde y se juntan en el centro de la hoja de loto con las gotas del rocío.

Pechitos

Miro hacia atrás y veo cómo toda la compañía vestida de blanco asiste cariacontecida a la escena. Sin embargo, reparo rápido a mi dere-



cha, entre monjas desdentadas que chamullan sus mantras, en una joven que resalta en la masa por los coloretos en la cara y su blusa escotada color champán, tras la cual luce unos generosos pechos que intuyo son de silicona. Se cruza mi mirada con sus ojos tristes pero de forma fugaz, ya que a la “pechitos” se la ve interesada, más que en cualquier otra cosa, en el destino de Poly. Debe ser una de las chicas del *X-cite*, que ha venido en representación del resto para asistir a la ceremonia... o acaso para llorar un desconsuelo.

Despojo

Aparece en escena una *vaasi*, la cuchilla para el rapado del pelo de Poly. La *vaasi* es una *Gillette* de las antiguas, de hojas recambiables que, con la parsimonia coreográfica de los cantos de fondo, carga el monje en la maquinilla.

Se abalanza entonces uno de los curillas a rapar el cráneo humillado de Poly. Para mi sorpresa, sin espuma ni untes el cabello se despega del cuero cabelludo y van cayendo a raudales sobre la hoja abierta, mechones que tiñen de negro el verde brillante, valle de lágrimas. Aparece de a poco la desnudez del cráneo, de un color macilento, territorio sombrío nunca tostado por el sol. Al poco, con la mitad de la cabeza ya rapada, cambia de manos la cuchilla a un monje con gafas de pasta negra y pinta de fotógrafo neoyorkino. Tras unos enjuagues en la bacinilla, reinicia el rito del despojo. Es una experiencia que, quizás por la expectación del medio centenar de mirones que rodeamos la escena, sobrepasa la bíblica inquietud que a un sansón le provocan las peluquerías o el espanto del pardillo en las barberías de los cuarteles. Me viene a la memoria el rapado en grupo de la llegada a la mili a Armilla en Granada, un día de frío rasposo en la Sierra Nevada, apenas calentado por un sol tímido de noviembre. Un escalofrío me sube por el cuello hasta la coronilla y me agarrota la carótida.

A Poly le han desnudado ya todo el cráneo, que luce cenizo y humillado como los toros mansos al final de una larga faena. Y espera.

El primer bonzo recoge el acero y, tras amplios abanicazos, le siega literalmente ambas cejas. Si la desnudez de la calvicie gris-lechosa era chocante, el despeje del resto velludo en el rostro retrotrae a una etapa lejana y tierna, amniótica. Se han llevado a Poly al período fetal. Cuando al fin levanta del todo la cara, cierra con fuerza los ojos. Parece que quisiera salir de la penumbra al pleno sol, con el gesto páñfilo del despertar de un sueño raro.

Poly acaba de envejecer tres décadas en tres minutos.

Unas monjitas, rapadas también como canicas y vestidas de hábitos blancos del tono de la nieve pisada, se acercan a Poly con unas flores ensartadas tipo brocheta y entre risitas desdentadas le pasan los floreados pinchos morunos por la calva en un bizarro ritual que asemeja más un aquelarre de opereta que una ceremonia de budismo Theravada.

Travestismo

En grupo, los bonzos le llevan a una estancia de madera llena de esteras, que va a servir de improvisado camerino. Allí, mientras unos le espolvorean de talco la calvicie recién estrenada, otros le despojan de toda la ropa ciudadana para ponerle un hábito de vodevil.

Entre nubes blancas del talco, que ilumina un sol a rayas que atraviesa el ventanal, le van colocando una falda morada, un chal blanco y vaporoso con un pavo real bordado en hilo de plata y cogido bajo la sisa con un imperdible rosa de pañal de bebé, una insignia con la bandera budista y, por fin, un colgante de oro con un Buda con capirote.

La salida del lego Poly es como la de *La Bambi*, aquella *vedette* de ojos rasgados del Teatro Chino de Manolita Chen; todos le seguimos con admiración, sin atrevernos a acercarnos mucho. Su paso deja un

rastro de perfume barato que algún monje despiadado ha añadido a su *toilette*.

Vueltas

Iniciamos entonces tres vueltas rituales a la gran pagoda en blanca y veloz procesión.

Abre un triunvirato de monjes que lidera ufano el bonzo neoyorquino, seguido por la madre y hermanas, a las que les han colocado unos fruteros dorados con regalos en la cabeza. Por la izquierda va la “pechitos” descompuesta, que intenta lograr a codazos con familiares y monjas, un puesto avanzado en la comitiva. Justo delante de mí hay una señora con los omóplatos salidos, que parece descoyuntada y que lleva un arbolito como de Navidad con hojas y tronco dorados en el que cuelgan, en lugar de bolitas y adornos, billetes de un dólar. Religión y denarios.

Al iniciar la segunda vuelta, una monjita diminuta me señala los pies desnudos de toda la comparsa y me regaña por no ir descalzo. Ante la inquisidora mirada de la monja, tras deshacerme del calzado me lanzo a la carrera para recuperar terreno perdido. Es cuando me empiezan a picar como abejas los miles de chinarrros de punta que hay por el camino.

Comprendo ahora la prisa que se daba la comitiva por acabar las tres vueltas de rigor. Acabamos sudando como pollos y con los pies dañados como penitente en Viernes Santo.

Templo

En el interior de la pagoda busco refrescar mi sudor y la fatiga situándome cerca de una de las columnas con ventilador a toda mecha. Me doy un masaje en los pies disimuladamente. Respiro.

De las paredes del templo cuelgan cuadros de santos búdicos y unas luces de club de carretera, colores que recuerdan un plato de ensaladilla rusa con poca mayonesa. Creo que empiezo a tener hambre, pero pienso en los valores de la ascética y me recupero.

Miro a mi derecha y entre las cabezas *skinetas* se distingue un altar con no menos de cien Budas de todos los tamaños y condiciones, ofrendas de otros tantos fieles a la pagoda. A ambos lados de la silla-púlpito en medio del templo han colocado los falsos abetos dorados con sus dolarizados adornos.

Los cantos, ejecutados por un monje con cara de boxeador amateur de los gimnasios *La Llave* en la Almería de mi adolescencia, me llenan por completo. Caigo en un sopor espiritual; sensación de envolvimiento en una ola entre espuma de letanías y fragor de rezos. Sentimiento de viaje. Cierro los ojos y me dejo llevar por la marea embriagadora del mantra del bonzo que vienen a sonar como un “*mmmmmeeee makenimnéé-makenimnéé-makenimnéé-makenimnéé-makenimnéé*” y que las beatas que me rodean van repitiendo, marisabidillas del sánscrito, y que desgranar con la maestría de un rosario retrechero.

Kanelle

Se sube al estrado el abad del templo. Es un mozo con cara de buena gente, con no más de treinta años y los ademanes de los curillas jóvenes de cuando en España había vocaciones. Poly se sitúa enfrente del prior y comienza algo para mí desconocido hasta la fecha de hoy. El sermón personalizado. Como no entiendo ni jota de lo que va desmenuzando el elocuente verbo del abad, se acerca Kanelle, la hermana de Poly. Kanelle, lejos de lo que indica su bello nombre, tiene facciones de porcelana. Dan ganas de pasarle la mano por la mejilla y comprobar si se desliza como en las tazas *María de Rosenthal*.

Kanelle, un cielo en este mar de mantras, me empieza a traducir con voz pausada la lenta letanía del abad:

—...encuentras el abandono total cuando ya no te pesan los lazos del dinero ni de la ropa ni de las comodidades de casa ni de las comidas calientes varias veces al día ni de las presencias de los amigos ni de las apariencias engañosas ni de los lujos exhibicionistas ni de las palabras aduladoras ni de las personas que te sirven ni de los coches caros ni de las flores y adornos de tu jardín ni de tus animales queridos cuando ya no tienes nada entonces estás cerca del abandono total y por ende, más cerca de la felicidad verdadera...

Y, tras una leve pausa, prosigue el relato susurrado apenas de Kanelle:

—... y entonces los padres acumulan un karma negativo para proteger a sus hijos. Porque, ¿qué padre no ha matado unos insectos que iban a picar a su bebé? ¿Qué madre no ha hervido el biberón de su retoño para aniquilar así cientos de vidas diminutas aferradas al vidrio para vivir? ¿Qué padres no habrán golpeado al can para espantarlo y que no asustase a su hijo? Pues bien, oídme bien Poly y familia, esos gestos de protección, legítima eso sí, de los padres a sus niños queridos, quitan vidas por doquier. Y ese karma negativo que Poly ha acumulado por su mera existencia va a ser compensado en su presencia en esta pagoda, en sus rezos, en su meditación...”

La tímida y a la par sensual voz de Kanelle, con el murmullo de fondo del párroco, es una bendición a mis oídos y casi vence mis cartesianos principios, si no hubiese sido por el jaleo que se forma acto seguido.

Parné

En las pagodas está todo el mundo sentado en el suelo, en esa incómodísima posición del monje con ambas piernas a un lado y la co-

lumna recta, como una virgen que se mesa los cabellos a la orilla de un río, cosa inaccesible a mi cuerpo de *madelman*. Esta presencia por los suelos es quizás la causa de que nadie pase el cepillo como en las misas de nuestros templos. Sin embargo, el maldito parné está presente en la liturgia, como no, aunque de una forma algo descarnada. En un remolino, junto a la madre de Poly, se comienzan a arrastrar señoras de diferentes pelajes que tras los saludos de juntar las manos frente al pecho y el movimiento afirmativo de cabeza, comienzan a soltar billetes de a cincuenta y cien dólares que la antes apenada madre de Poly va metiendo en un sobre marengo que está cada vez más rollizo. Cuando la dadivosa dama está lejos de la madre, los billetes vuelan de mano en mano hasta llegar al zurrón.

En un momento es tal la profusión de arrastradas y de billetes que van de mano en mano hasta llegar a su destino que el sermón se hace lejano en este ambiente de sala de apuestas clandestinas. En un país de mucho juego, donde en esta época de lluvias hasta existen tipos que se ponen en una esquina de su barrio y apuestan con los pasantes si va a llover antes de las cuatro de la tarde o no, y suelen sacar pingües beneficios de tan irregular oficio, este vaivén presente de billetes no debería impresionarme. Por el contrario, será por lo reptil de nuestra situación o por el contraste con el sermón del bendito abad que no lo veo. No lo veo.

Despedida

Salimos y hay una entrega multitudinaria de regalos para los monjes de la pagoda. Se sientan alineados en unas sillas y se sitúa la gente en larga y ordenada fila. No sé de dónde ha salido tanto bonzo y tanta masa. Van los fieles pasando y les dan arroz, unas bandejitas envueltas en celofán con dentífrico, loción para picaduras, jabón y una toallita, unos envoltorios del eterno color dorado que, parece ser, llevan

una especie de pijama dentro y paquetes de galletas y otras vituallas. “Menudo homenaje que se van a pegar hoy los monjes a costa de su nuevo colega Poly”, pienso socarrón para mis adentros.

Dejamos a la compañía en plena entrega de raciones y con sentimiento de haber cumplido las catorce estaciones. Camino del coche me topo con Poly vestido aún de *starlette*, junto a un Buda en construcción tapado con un manto morado como un nazareno. Poli está radiante.

—Dentro de un rato me dan los hábitos. No puedo esperar —dice como un niño al que han prometido sus papás llevarle al circo.

Le pregunto cuánto se piensa quedar y me dice, con la voz ya pausada del bonzo que va naciendo en él, que por los karmas que tiene que liberar, en principio un mes. Pero que depende, que si le gusta, quizás más.

—... varios meses, un año acaso —me llega a decir con cara de angelito ilusionado.

Y sin embargo, pasa una semana y me entero de que a Poly le han picado no sé cuántos bichos de pagoda, que algo le ha sentado algo mal del alimento que le han dado en las casas vecinas, que se le ha hinchado la cara y el vientre y que, ¡zás!, su madre le ha sacado de la pagoda. Que no conviene exagerar, ni jugarse la vida por un quítame allá esos karmas.

Crónicas jemeres 28. Año II

Floreal y el ciego del *Tro*

Mi calle, la cuarentaiuno, es una lágrima que le ha salido hacia poniente a la avenida Norodom, al sur de la ciudad. Si se mira el mapa de la urbe se ve con claridad la forma de pipa de girasol con una punta que sale de la avenida y una bolsa que engorda al Oeste. Mi casa, presagio de desgracia para los maestros del Feng-Shui, está en la punta de la lágrima.

Son apenas las ocho de la mañana y ya el sol luce altanero tras la fachada del hotel *Thai Ming*, ese reducto de empresarios y representantes de baja estofa, chinos en su mayoría, que alegran sus noches jugándose los cuartos ante una máquina en forma de ruleta y con la voz grabada aunque sensual de una señorita que repite con velocidad de crupier cocainómana: “*rienevaplus, rienevaplus*”, en busca de que los de los ojos jalados se dejen más pasta en el invento. Y lo consigue.

Pero hoy no presiento el olor de tocino viejo del juego, ni las vibraciones de avispa de los ludópatas chinos.

Ha amanecido de forma apacible. Apenas los pitidos de algunas golondrinas que buscan un desayuno, o el trino de algún gurriato despistado que clama por su madre. Me asomo al balcón y descubro que entre las palmeras hay varios árboles de papaya que empiezan a dar sus frutos. Comienzan diminutos, los de arriba son aún como

pimientos de padrón, pero los de dos metros más abajo, al alcance de la mano, lucen como melones alargados. Son tan verdes y brillantes que no se adivina lo sensual de su naranja escondido. Me decía ayer el búlgaro que el sabor de la papaya es óptimo cuando la fruta es recogida al amanecer, directamente del árbol. Ardo en deseos de la carnosa madurez de estos frutos para poder emularle.

En la acera de enfrente veo un joven que sale del edificio, acaso el guarda de la casa, y que viste tan solo un pantalón vaquero ajustado tipo pitillo. En su desnudo torso no se atisba ni un pelo, ni un rastro de grasa. Es una delgadez fibrosa esculpida a base de trabajo físico en este trópico sin tregua. Fuma un cigarrillo a grandes bocanadas. Lo agarra entre índice y pulgar, absorbe crispando los labios, y retira la mano violentamente de la cara mientras traga la calada. En su diástole, expulsa un torrente blanco y sedoso, primero a borbotones y después en aros con una mueca de pez en la cara que recuerda nuestro anfibio pasado.

El espectáculo de chimenea humana del joven tirillas me deja algo inquieto. No quisiera servir en un penal con tipos como este, ni de reos ni de guardianes. Intuyo el espanto de los primeros detenidos en el abril del '75 en Phnom Penh a cargo de zagales no mayores que este, que fumaban ávidos, con un AK 47 de fabricación china, casi tan grande como ellos, colgado en bandolera.

Me saca de esa antesala de muerte una musiquilla que baja por la calle con la cadencia de un *Summertime*. Miro a un lado, miro a otro, cegado por el sol, y adivino desde el pico de la calle dos siluetas. Una es la de una niña que toca un tamborín de esos que aquí llaman *skor* y que va dando saltitos al ritmo y, unida a ella por una *krama* gastada, la silueta de andares de pato de un ciego que toca el *Tro*, el violín tradicional jemer de dos cuerdas.

El *Tro* se acerca, con su mástil curvado enhiesto y su caja cubierta de piel de culebra, con un sonido de maullido de gato en celo con aires de *blues*.

La niña saltimbanqui no tiene más de siete u ocho años y una sonrisa líquida que desarma por su transparencia. Merece llamarse Floreal. Viste una mezcla de retales, telas y prendas de mil leches. Una blusa naranja estampada de flores y un chalequillo sin mangas encima, azul celeste; una falda corta plagada de libélulas rosas, con volantes verdes y blancos deshilachados; unas chancas moradas y un pompón dorado en el pelo. Un uniforme que haría feliz a una fanática de *Oilily*.

El ciego va unido a ella por la *krama* roja atada a la cintura, gastada de puro uso. Va la niña tirando y tirando como un cordón umbilical en tensión que les une en sus largas marchas de música y sudores. Zigzaguean por la calle al ritmo de su música, en busca de la dádiva que ha de salir de los portones. Se abre uno y la niña Floreal suelta la *krama* para recoger la limosna. Se para el ciego en medio de la calle. Apuntando de lleno al corazón, suena entonces el *Tro* como si saliera un canto del fondo de las entrañas vacías del flaco invidente.

Es gutural, hondo, con un *staccato* que parte el alma.

Vuelve a saltos Floreal con unos billetes en la mano y el violinista se transforma en el cruel y sagaz ciego de *El Lazarillo*. Invade el silencio la calle cuarentaiuno. Palpa ostentoso su dinero, lo manosea con ágiles dedos sucios, esos que antes sacaban dulces notas al *Tro*, para comprobar el valor del botín. En ese impasse de la música todo se ha vuelto gris de repente. La niña, con cara de conejo asustado, apenas acaricia su *skor*. Mete al fin el ciego el dinero en un bolsillo interno de su chaqueta raída y renueva la melodía. Floreal respira y tira de nuevo y llega la comparsa bajo mi balcón.

Como no creo en la limosna, pero sí en fomentar esas cigarras que son los músicos, lanzo unos billetes de dólar que vuelan lentos hacia el suelo con piruetas locas de avión de papel mal acabado. Se repite bajo mis narices la escena de transfiguración del ciego en perverso avariento y pienso en los chichones que se merece.

Me repasa Floreal desde abajo con una de esas miradas que paran el tiempo.

Se alejan por la calle.

Ya no están sus siluetas y se esfumó la música y aún tengo su sonrisa pícaro pegada a la retina.

Crónicas jemerres 29. Año II

Fulgores y Rayos

Fulgores

El jefe de protocolo es un tipo compacto de unos cincuenta años. Afronta con remilgo y una media sonrisa todos los avatares del oficio, lo que prueba el cuajo que se debe poseer para desempeñar con lucidez las labores de acomodador de estrellas. Con firmes ademanes de sastre antiguo, moldea los espacios y coreografía los momentos. Es un personaje que aporta gran seguridad, siempre que se ciña uno al guión preestablecido.

—Hay, en resumen, tres elementos que no hay que olvidar durante la visita al Palacio Real para la audiencia con Su Majestad —nos resume al final de nuestra especie de ejercicios espirituales de preparación. Crea entonces una O con el pulgar y el índice de la mano izquierda y subraya: —En primer lugar, se le entregan los documentos con las dos manos en forma de bandeja, con una ligera inclinación de cabeza. Segundo, una vez sentados, nunca se han de cruzar las piernas y nunca, repito nunca, se debe uno levantar antes de que lo haga Su Majestad. Por fin, cuando Su Majestad se despidiera, marcharemos despacio en dirección hacia la puerta pero nunca, repito nunca, se debe volver la vista atrás.

Y ante tanto repito y repito me veo convertido en estatua de sal si no cumplo los preceptos indicados por el jefe de protocolo.

La entrada a la sala del trono del Palacio Real de los jemeres, la Preah Timeang Tevea Vinicchay, se efectúa tras subir la alfombrada escalinata como una lengua roja, a cuyos lados lucen, como una dentadura, los granaderos reales con su uniforme marfil y su sable en posición de “Presenteeeen... armas”.

Nos engulle.

Tras el umbral, una vez acostumbrada la vista a la penumbra de la antesala, refulge la luz del fondo donde los tonos dorados toman en feroz asalto las retinas desde techo y paredes. Caminamos sobre un tapizado mullido de medallones dorados y “guertasjasules”, como diría el “Paula”. Un barroquismo budista y jemer completa la inmensa estancia con estupas y columnas, estucos y frescos por doquier con escenas sacadas del Ramayana: legiones de simios contra humanos en la eterna batalla entre el bien y el mal.

Tras los saludos de rigor llega el momento del intercambio de regalos.

Su Majestad presenta una urna de plata labrada que tanto puede servir para caramelos como para conservar cenizas. Nuestro obsequio es una botella para decantar de bello cristal de bohemia. Esperando que el soberano ame los buenos vinos, la desnuda damajuana luce bella, casi etérea, en sus manos, buscando albergar pronto el rojo caldo al interior de su transparencia.

Pasamos al fondo de la larga sala donde se desarrolla la audiencia. El rey Sihamoni, cuya cabeza rapada a lo bonzo beatifica y amplifica sus gestos de santidad, ocupa un trono a nuestra altura, aunque tiene otro más historiado detrás, tres escalones más arriba, que debe utilizar cuando recibe a sus súbditos. Su hablar es pausado y, más que pronunciarlas, acaricia y envuelve cada palabra que sale de su augusta boca. Me genera una magnífica serenidad.

Distraigo la mirada del Monarca unos instantes para recorrer, curioso, los detalles de la inmensa sala. Se podría desarrollar allí un torneo de *badminton* con al menos media docena de partidos simultáneos, aunque dudo de que al soberano –gran amante de la danza contemporánea– le gustase ese ambiente polideportivo en sus reales moradas. La luz artificial de las grandes arañas que cuelgan del techo amarillea más los tonos bruñidos. Hay vasos con adornos dorados sobre mesitas doradas cubiertas de manteles dorados, un torbellino de fulgores. Noto una vibración en la base del cuello. Creo que me mareo.

En diagonal, hacia la izquierda, sobre la espalda del Rey hay una estatua de tamaño natural, también dorada, que al principio me pareció de alguien que tras la maldición gomorrana del jefe de protocolo se quedó petrificado con la cabeza medio vuelta. Pero al reparar en sus zaragüelles y su liviano mostacho, reconozco al bisabuelo de nuestro regio anfitrión, su majestad Sisowath Monivong. Un soberano afable, fallecido en 1941. Tras catorce años de reinado, durante un período de guirigay político global, en el que el Monarca jemer rendía pleitesía a la autoridad colonial francesa, que dependía entonces del régimen de Vichy, y que a su vez obedecía órdenes de la entonces autoridad japonesa invasora.

Siglo veinte, cambalache...

Por contradictorio que pueda parecer la salida al sol abrasador del mediodía de este abril jemer resulta un descanso para los ojos tras el paraíso de centelleos dorados del interior. Allí queda el rey Sihamoni en su corte dorada. Aunque no me faltan ganas, no me doy la vuelta, por temor a verme convertido en eterno acompañante del bisabuelo real.

Rayos

Tras un corto vuelo desde la capital jemer, es ahora de noche y nos lleva la gente del proyecto de Siem Reap a un restaurante al aire libre

en las afueras de la ciudad. Porta el sugerente nombre de *Reaksmey Angkor* o *El Rayo de Angkor*, excelente nombre, pienso, para bautizar al equipo de fútbol de la ciudad. Lleva aquí el protocolo Viola, una joven de cuerpo liviano, que cuando me recibe con mil reverencias en la puerta del local pareciera que se la va a llevar este viento fuerte que sopla anunciando tormenta. Tiene Viola un diente que sobresale jabato por la parte derecha de sus finos labios y se mueve como un junco con gestos apsaras, lentos y profundos; los que muestra también ese otro Viola, por nombre Bill, en sus “*Pasiones*”, esas letanías visuales que nos recuerdan tanto la muerte.

Me sienta Viola a su mesa con otros comensales que ya han comenzado a dar buena cuenta de una paleta de platos donde se junta lo salado y lo picante, lo agrio y ácido con lo dulce en una extraña sintonía. Todos cogen con habilidad los palillos y hasta los anacardos, pícaros desnudos, saltan de platillo a boca con sorprendente presteza que, en vano, intento copiar. Traen un pescado del Tonle Sap, este lago-pulmón jemer que se hincha y deshinchas cada año como el fol de una gaita que sigue los antojos acuosos del Mekong de las lluvias monzónicas o la época seca. Es gris, con una carota fea y luce unos dientecillos predadores. Tiene una carne más prieta de la que se puede esperar de un pez de agua dulce y se atisban un millón de espinas poco apetecibles. Sin embargo, unas manos hábiles me sirven con delicadeza de ayudante de bloque operatorio unos succulentos bocados algo picantes y con textura de rape. Un delirio adornado con soja. Para enjuagar tanta delicadeza, nos ponen un barreño azul repleto de cervezas “*Angkor*” y hielo en mi regazo izquierdo. *Que la fête commence!*

Sorprendido por una fluorescencia en el cielo, miro a lo alto y veo un sorprendente espectáculo. *Flashes* repetidos entre las nubes, como mudos guiños que iluminan una y otra vez el oscuro. Son calambrazos que atraviesan el cielo. Unos son estambres, otros se

abren como sarmientos de luz y ninguno desprende un trueno. Solo albor quedo.

Vivo absorto la tormenta celeste de consonancias replicantes y resuena en mis oídos el inmortal monólogo del final de *Blade Runner*: “...*He visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser...*”.

Me baja a la tierra el sonido chillón de la cantante en la orquesta que ha iniciado una tonadilla de música ligera jemer acompañada de teclado eléctrico y un tipo, que le hace los coros, con aspecto de Torrebruno.

Entablo una conversación agradable con el comensal de mi derecha. Es un hombre menudo y desdentado con cara de buena gente y que se me presenta como el jefe de veterinarios del Ministerio, a cargo del proyecto en la provincia de Siem Reap. Habla un francés dulce, con ese deje jemer meloso tan característico de los que lo aprendieron en el colegio y se excusa porque lo tiene “*un peu rouillé*”, y el “óxido” viene de que no lo practica a menudo.

Tras los comentarios albéitares de rigor, sobre la salud de la cabaña local, muda nuestro diálogo, mecido acaso por el viento, sobre sus vivencias en un campo de los Jemerres Rojos en la región. Su experiencia de veterinario, me cuenta casi en susurros, le era útil para esos convulsos tiempos de cooperativas rurales militantes pero su título universitario, caso de llegarse a conocer, le ponía en peligro de toparse con un cañón de fusil en la nuca. Siempre mantuvo que su saber del mundo bovino lo sacó del campo y de sus padres, que no de los libros. Un encaje de bolillos que creo que aún no ha superado.

—Hay imágenes —me cuenta tras un silencio — que me quedarán para siempre grabadas en la mente.

»En los primeros días, tras el triunfo en abril del ‘75 de los Jemerres Rojos, recuerdo ir caminando bajo un sol candente por una carretera junto al río Tonle Sap.

»De pronto unos disparos y unos gritos.

»Un *Peugeot* 404 nuevo, blanco, brillante, como recién salido de la fábrica, acelera al máximo y nos rebasa. Pega de pronto un volantazo, se sale de la carretera y se lanza al río donde cae, lentamente, con un estruendoso “splaaash”.

»Dentro, en los asientos de delante, un hombre elegante de unos cuarenta años y su esposa con las manos abrazándose los hombros, mirando ambos al frente, según se lleva el coche la corriente. En el asiento trasero unos niños con sus manos apoyadas en los cristales, con cara de terror.

»Las ventanillas estaban subidas. El coche se fue hundiendo poco a poco, corriente abajo, hasta que las aguas turbias lo engulleron por completo. El espanto se espiraba mezclado con el aire. A nadie le extrañó esta forma de suicidio de una familia acomodada.

Nos salva Viola de nuestro naufragio en las aguas de la tragedia pegajosa de este reino, pues nos informa de que se dispone a organizar unos juegos para el personal del proyecto con motivo del nuevo año jemer.

El primero consiste en un juego por parejas en el cual los participantes, con los ojos vendados por sendas *kramas*, deben pelar y dar de comer el uno al otro una banana de esas que se llaman plátanos enanos o de seda. En el torbellino de trampas de la mayoría de concursantes, gana una pareja germano-holandesa que utiliza una ancestral estrategia de colaboración centroeuropea, agarrando el hombro y diciendo “*Eins, zwei, drei*”.

El siguiente es una clásica carrera de sacos. Un joven valor local, sujetando el saco con una mano como un *cowboy* jemer, con más de saltamontes que de humano, deja a los demás contrincantes a la altura del betún.

Se preparan los asientos para el definitivo juego de las sillas musicales, cuyo vencedor se llevará un ventilador de marca desconocida pero con grandes aspas.

Voy al baño a aliviar las “*Angkor*”.

El camino es largo y se pasa por la zona de fogones, donde la cocinera descansa ya de su afán diario y me mira divertida, no sé bien por qué. Me recuerda a la chiquita piconera de Romero de Torres, pero con más huesos y menos fuego en la mirada que la cordobesa.

Entro en el baño, simple y básico, con un perfume de entre orín y fritanga, y con una apertura para ver el cielo sobre la taza del retrete. De esta salta de repente una rana enana de color marrón con motas verdes y violetas, para adherirse con sus patas con ventosas al azulejo blanco a la izquierda de la taza. Me mira con sus diminutos ojos saltones, como una princesa mulata a la que habría que quitar el hechizo con un beso. Dejo para otro ese menester. Mientras, escuchando mil grillos enloquecidos, miro al cielo y tras una nube aparece una luna fabulosa, tumbada en cuarto menguante, como si estuviera el cielo entero riéndose.

Vuelvo a tiempo de ver que el tipo que ganó las carreras de sacos es ya finalista en las sillas musicales. Cuando para la orquesta, da un brinco final de unos tres metros y se gana el ventilador que luce ufano en su regazo el resto de la velada, como si fuera un bebé.

En los estertores de la fiesta le pido a Viola que me escriba el nombre de los juegos en jemer y lo hace gustosa; luego, firma con su nombre y una doble cara sonriente, de esas que pintan las adolescentes en sus cartas. Descubro que está embarazada y quizás ya firma por los dos, aunque no se lo pregunto.

Termino contando a los contertulios de mi mesa la reunión que tuve esta mañana con el Rey. Me miran en silencio reverencial, como si les estuviese dando misa. Uno con cara de gañán avisado me espeta:

—Yo nunca podré ver al rey Sihamoni así en palacio.

Para hacerle olvidar su tragedia, les cuento al final la norma del jefe de protocolo:

—Nunca, repito nunca, se debe uno levantar antes de que lo haga el soberano.

Y con la broma nos mantenemos todavía un rato contando chistes y anécdotas y brindando con las últimas “*Angkor*” por el embarazo de Viola y por la futura prole de todos los acompañantes de esta noche.

Al final, cuando tras los mil brindis, por fin me levanto, como un Reaksmey Angkor saltan todos de sus sillas a la vez.

Crónicas jemeres 30. Año III

Regarder guillotiner en y cherchant un effet de lumière

Befaràs y Delux

Ferrán Befaràs, avezado periodista catalán afincado en tierras jemerres, está en la calle 240. Acaba de desayunar un café solo y un bocadillo de pasta de berenjena en la cafetería “*The Shop*”, el sitio que más le recuerda el Raval y al que únicamente le falta que suene Gato Pérez para ser perfecto. Se dispone a ir a su despacho del *Phnom Penh Post*. Cuando se le acerca el conductor de una moto taxi, aquí llamadas *motodop*, suena su teléfono:

—¿“Befalàs”? —pregunta una voz con fuerte acento jemer. Y después, con prisa poco camboyana, una dirección, “el nueve”, cerca del lago, y una hora, las 10 de la mañana.

Grande y descangayado, con su piel paliducha, casi mortecina, va Befaràs como iluminado, montado en la parte trasera de la *motodop*; ve la ciudad ahora de forma distinta. Espera que no sea un nuevo *bluf*. Lleva tres años en esta extraña urbe cada día más caótica y, aparte de otros trabajos más polvorientos en el *Post*, casi tres meses de pesquisas. Ahora, con esa extraña llamada acaba de confirmar su cita con Nhem En, el antiguo fotógrafo oficial de esa vieja escuela

convertida en centro de detención, interrogatorio y puerta del exterminio llamado S-21 o Tuol Sleng (que significa en jemer “la colina del campo venenoso”).

La última vez que visitó Tuol Sleng le acompañó un colega jemer que vive en el barrio. Le contó cómo su tía Vanna, una anciana con apenas sesenta años, escucha todavía por las noches los aullidos de dolor de los masacrados.

—Veo a mi tía levantada, a veces, cuando vuelvo tarde de la redacción y entiendo enseguida. “Son los fantasmas”, me dice ella, “que lloran tan fuerte esta noche que no me dejan dormir”. Y la dejo a solas con sus muertitos, sorbiendo su té de hierbas y murmurando sus mantras en su boca desdentada.

Son las ocho y media. Se entretiene Befaràs en la redacción el tiempo justo. Saca del cajón del despacho y mete en su vieja mochila *North Face* la muda de emergencia, la grabadora, la cámara de fotos, la libreta, pilas de recambio y un paquete empezado de anacardos que van dejando sobre el escritorio un rastro de sal como nieve para un belén.

El café del nueve, *Number Nine Guesthouse*, junto al lago Boeung Kak está casi vacío a las diez. Un par de tipos con pinta de ganaderos australianos liban cerveza temprana entre risotadas y un acento incomprensible. En una mesa al fondo, un joven escuchimizado levanta la vista hacia la puerta cuando entra Befaràs. Sin duda alguna es el contacto. Se dirige a la mesa sin titubeos.

—¿“Befalás”? —repite la misma voz y el mismo acento que el teléfono.

—Sí, Ferrán Befaràs —asiente, y marca las erres adrede y los acentos con cincel como reivindicando un parentesco lejano con Guifré el Pilós.

—La cita es en el distrito de Anlong Veng, al Noroeste, en la provincia de Oddar Meanchey. Mañana por la mañana. Tenemos que salir ahora mismo a los taxis-colectivos del mercado central. Son casi 10 horas de viaje y eso si no llueve...

El camino en esta época del año de la nacional 6 carece del brillo verde de la temporada de lluvias. El paisaje es de un plano aplastante, liso como una patena, con alguna loma en forma de forúnculo donde casi siempre se yergue una pagoda. Los arrozales son aún terrenos ocres en los que comienzan apenas las labores; el sol, una hoguera inclemente que hace andar acogotados a hombres y a bestias.

Rompen la planicie de vez en cuando unas palmeras de azúcar, llamadas *Tnôt* en jemer, a las que ágiles muchachos suben con habilidad circense. Las *Tnôt* son como el cerdo: se aprovecha todo de cabo a rabo. Se sacan bebidas, jugos, vino o vinagre, de acuerdo con la fermentación del elixir, y se utiliza el azúcar en la cocina, de un moreno meloso, para platos y postres. Con las palmas se hacen sombreros y techos para casas y se afianzan muros; con el tronco se construyen piraguas y de la raíz se extraen medicinas tradicionales. Hasta para casos de suicidio por mal de amores sirve, dada su altura.

Befaràs y su compañero siguen la ruta con la mirada, hablan poco sentados en la parte de atrás del taxi-colectivo. Circular por las carreteras jemer es no es apto para cardíacos y es preferible mirar el paisaje o dormir para evitar tener el alma en vilo cuatro veces por kilómetro, u ocho al pasar los poblachos que se suceden casi sin interrupción a lo largo de la ruta.

A través de la ventanilla observa Befaràs, al pasar por esos pueblos, caras en blanco y negro en la penumbra de la estancia, hecha de tabloncillos, y que miran desde el anonimato de la miseria los vehículos que pasan. Le viene a la mente su primera visita a Tuol Sleng, donde se puede contemplar la obra de Nhèm En, los retratos –tomados con una Leica– de los detenidos que allí ingresaban en aquella época de rostros anónimos camino del matadero. Las caras, que se pueden observar reunidas en trágicos paneles en varias salas del S-21, son un muestrario de las muecas del pánico. Miradas furtivas, que quieren huir del momento; miradas lastimosas, casi lánguidas,

abandonadas ya a su suerte; miradas del odio aterrado, del que se ve rodeado de verdugos.

Como obra fotográfica es de una calidad excelente, luz y encuadre perfectos, el mimo y la intuición de apretar el disparador en el momento correcto. Piensa Befaràs en que ya hoy esos retratos están siendo mostrados en varias galerías del mundo como instalaciones de arte moderno en estos tiempos descarnados en que el arte fagocita a tragos largos lo íntimo y lo sagrado, incluida la muerte. O acaso el Arte siempre va unido a la Muerte, Eros y Tánatos, y se le va el pensamiento a la obra de esa irreverente fotógrafa japonesa Tomoko Sawada, en unas series de fotos fabulosas que le enseñaron en Hong Kong, en las que se ven cientos de caras en las que la modelo retratada es siempre la misma, la oronda Tomoko.

El chófer del taxi que transporta a Befaràs y su contacto es un tipo malencarado, policía en activo, como reza su placa, colgada de lo que fue la radio del coche. Se dedica a oficiar de taxista como suplemento a los escasos cincuenta dólares al mes que recibe de salario. Hace continuos chasquidos con la lengua, como si le hubiese quedado un resto de comida entre los dientes. De tanto en tanto despotrica en voz alta y cuando no habla, coge un palillo desgastado del salpicadero y lo mira un segundo antes de hurgarse la dentadura con él. En una zona del camino, donde las calveras de lo que fue denso bosque muestran la tala abusiva, mira a Befaràs por el retrovisor y dice:

—¿Lo ve? Ni un maldito árbol nos va quedando. Cortamos nuestros árboles y se los vendemos a los *nams* [N. de E.: vietnamitas]. ¿Y qué pasa después? Pues que los *nams* nos venden palillos mondadientes. ¿Acaso no podemos hacer nosotros nuestros propios palillos, eh? —mira el palillo con asco y lo tira por la ventanilla.

En uno de los altos del camino bajan todos del taxi para tomar la bola de arroz con algo de pescado del Tonle Sap. Befaràs y su acompañante se sientan en un tronco caído a ver pasar los vehículos por la

carretera. Apenas se hablan y Ferrán se da cuenta de que ni siquiera sabe el nombre de su compañero de viaje.

—No me has dicho tu nombre —le espeta de repente Befaràs.

—No me lo habías preguntado, creí que no te importaba —y se hace un largo silencio, como si estuviera pensando qué nombre atribuirse.

—Me llamo Noun Delux, aunque vosotros diríais Delux Noun, con el nombre de pila primero.

—Vaya nombre peculiar ese Delux, ¿no? —pregunta curioso Befaràs.

—Es una larga historia. Cuando nací mis padres me iban a poner Chhoeurn, como mi abuelo. Hasta que un día llegó a casa, tendría yo apenas un par de semanas, un amigo de mi padre, un médico suizo que pasaba largas temporadas en el país. Cuando me vio le debí sonreír o caerle en gracia pues no paró de decir durante toda la tarde a mi padre: “*Cher ami, vous avez un enfant de-luxe, de-luxe!*”. Y a ellos les gustó lo de “Delux” y me cambiaron el nombre.

El último tramo, ya entrada la tarde, entre Siem Reap y Anlong Veng es el más pesado. Ha debido llover a cántaros, pues el firme de tierra ocre se hace muy pastoso por momentos y los continuos baches, llenos de un agua turbia, provocan que los pulmones de los pasajeros dentro del vehículo suban a las agallas y bajen a la cintura a ritmo de carnaval carioca.

Elemento curioso de las rutas jemeres es un continuo tránsito de cerdos carretera arriba y abajo. Los más van en motos, enyuntados en parejas, tumbados boca arriba sobre esteras y maderas a ambos lados del chasis. Van mirando al cielo con las orejas en punta hacia la tierra, ignorantes de su puerco destino.

En la última parada para estirar las piernas coinciden con la sorprendente llegada de toda una piara motorizada. Junto a tres de esas motos con cuatro cerdos cada una, llega un *pickup* con otra buena docena de gorrinos, tumbados en parejas y tríos que miran al cielo. En la camioneta que en su día fue blanca —su color difuminado en

un mar de churretes marrones y rojos— se amontona una trémula piara, entre ramas y neumáticos. Surge del orfeón porcino, a través de los vapores húmedos de la tarde, una sinfonía de gruñidos nasales y guturales, ahogados y rasposos, hondos ‘quejíos’ en grupo, casi flamencos, que se juraría que mentan su suerte.

Cuando la guarra compañía se detiene a descansar un rato. Befaràs y Delux se acercan curiosos a los vehículos justo cuando dos chiquillos renegridos, con huesos del grosor de un junco y cara de avispados, enchufan una manguera sobre las bestezuelas. El agua chorrea por los cuerpos rosados y elimina mugre y sudor de esos cuerpos tan trotados. Los berridos son ahora un *allegro andante* de gozo y alboroto y los puercos saborean con boqueadas y alguna dentellada al aire el frescor del líquido elemento.

Por fin, repuestas las marranas, inicia el piariego su ruta.

Se va la comitiva como coro de ópera moderna entre bambalinas y desaparece de escena tras una curva. El eco del tumultuoso grupo se sigue oyendo un rato todavía hasta que queda engullido por el silencio de la noche que en estos trópicos cae a plomo sobre la tierra.

En y Befaràs (Los relojes de En)

Tras pasar la noche en la casa de huéspedes “23 Tòla”, entre mosquitos que ahuyentar y dolor de huesos, se reúne Befaràs con Delux, que parece mucho más descansado. Apenas hay tiempo de un café de estropajo en un cafetín del centro antes de ir a ver a En, antes fotógrafo del S-21 y hoy vicegobernador de la provincia.

—Quiere doscientos dólares por la entrevista —le suelta Delux y casi se le atraganta la madalena de yeso en la garganta.

—Debes saber que la política del periódico es no pagar por entrevistas.

—¿Y si se lo das tú, de tu bolsillo?

Le viene a la mente un exabrupto en catalán pero solo lo farfulla entre dientes. Se acuerda aún de la discusión reciente con un colega de prensa holandés en el *Foreign Correspondents Club* de Phnom Penh. Llegaba la hora de pagar y Hans se hacía el remolón. Tras un gesto de cuello y cejas de Befaràs, trajeron por fin la cuenta.

—Entonces ¿dividimos esto? —le había dicho Befaràs, muy educado.

—Bueno, en fin, el caso es que como yo soy holandés... más bien tendrás que pagar tú —respondió con sorna y aire calvinista.

—Amigo Hans, demuestras ignorancia, pues yo soy catalán. Así que o compartimos, o podemos estar aquí toda la noche...

Al final Delux decide que es mejor partir y que sea el propio En el que decida sobre el pago o no por la entrevista.

La villa de Anlong Veng está en el epicentro del último reducto de los Jemerres Rojos, donde la guerrilla polpotista depuso las armas en 1998, casi veinte años después de perder el poder. Los anuncios del Ministerio de Turismo informan de una serie de periplos para mochileros basados en los restos de serie de los Jemerres Rojos. Se puede peregrinar a la estupa con las reliquias del que fue comandante en jefe de la Kampuchea Democrática, Ta Mok, visitar el lugar donde se cremaron entre neumáticos rociados de gasolina los restos de Pol Pot, el “Hermano Número Uno”, o incluso pasear por las ruinas de su última casa-prisión, lugar en la que, hasta hace poco tiempo, se mostraban, como una instalación de arte moderno, montados burdamente en cemento, los restos de la loza del váter de sus últimas deposiciones. “*Pol’s last pot*” rezaba irónicamente un cartel en el muro.

Tras recorrer los apenas ocho kilómetros entre la ciudad y el lugar de la cita con Nhem En, llegan a un patatal de tierras roturadas recientemente. Es el centro de una amplia finca de varias hectáreas que En ha adquirido recientemente para albergar, si reúne los fondos, el corazón del turismo jemer rojo, el museo con sus cerca de dos mil retratos póstumos de aquellos hombres, mujeres y niños a su entrada

en el campo S-21 y otras parafernalias, como las presuntas sandalias de Pol Pot.

Befaràs baja del *tuk-tuk* que les ha llevado y paga los diez mil ríeles del trayecto al conductor que le saluda con mirada bovina tras un manojo de dientes marrones, mientras afirma con la cabeza.

Luego de recorrer unos doscientos metros sobre terrones de barro reseco por el sol, que se deshacen en polvo casi con mirarlos, se acercan a una pequeña construcción de madera con aires de palafito en medio del secarral.

Un tipo recio, de piel morena y brillante, de ojos penetrantes y cuello de torete avanza a su encuentro. Lleva pantalón negro y una camisa blanca de manga larga con el faldón derecho salido por fuera, que forma un triángulo sobra la ingle. Del bolsillo de la camisa le sobresalen dos bolígrafos paralelamente alineados al teléfono móvil. Se acerca con una media sonrisa, enmarcada por dos profundos pliegues a cada lado de las comisuras, como si tuviera la boca entre paréntesis. Es En, en persona.

—¿Flaan-Befalás? —Le interroga el retaco de En con sus orejas de soplillo en espera de una respuesta.

—Encantado de conocerle, señor Nhem En —responde el reportero.

Son tantas las diferencias entre ambos, de altura, de color de piel, de ademanes, que parecen venidos de planetas distintos. Se sientan frente a frente sobre unas esteras con motivos triangulares con los colores de la senyera, lo que calma un poco el inquieto espíritu de Befaràs. Se tantean como boxeadores en el primer asalto.

El palafito donde se sientan es lo que en jemer se llama “sala”, con un origen acaso español, y consiste en una construcción techada, de madera, de forma cuadrada y elevada sobre el terreno para evitar las inundaciones de la época de lluvias. Se utiliza para todo, comidas y asambleas, bodas o reuniones, y se ven salas en todos los pueblos y villorrios del país. Nhem En se sienta en una esquina y suelta de repente a Befaràs:

—Muy contento de tenerle aquí, pero veré... Hay una gran crisis... Tengo grandes proyectos... Todo tiene unos gastos... ¿Y el dinero?

Befaràs no sabe qué responder. Ha sido un viaje largo y duro. Pero no está dispuesto a pagar, aunque tampoco le apetece empezar a negociar. Y quiere la entrevista. Sí o sí.

Mira a En. Luce en la muñeca un reloj de pulsera de color dorado con falsa pedrería en la corona. En el centro de la esfera, bajo las doce, se ven los bustos, orondos y alegres, del primer ministro Hun Sen y su esposa Bun Rany, costumbre bastante extendida entre los afines al régimen la de ver a cada rato en el peluco a los actuales prebostes de la patria jemer.

Como el silencio se ha hecho eterno y En se ha puesto a mirar por encima del hombro de Befaràs hacia la inmensidad del cielo, este intenta reiniciar el diálogo al sacar un paquete con pitillos que ofrece con un ademán de muñeca. Aceptado el regalo, le da fuego de su mechero blaugrana y de pronto ve que el gesto de En cambia como iluminado por un rayo.

—¡‘Dliplete’!

—¿‘Dliplete’? —pregunta Befaràs, con un gesto de no entender nada.

—Sí. ¡‘Dliplete’! —repite En y añade de carrerilla, “La Liga, Copa den Dley y Chanpionlig”.

—¡Ah, eso! —Y con olímpica iluminación de sentir cuán lejos llegan las glorias blaugranas, le ofrece el mechero con las dos manos haciendo cuenco.

En lo admira, lo enciende dos veces y lo retoca como si fuera una reliquia.

—Entonces... ¿me lo puedo quedar?

Y tras el sí de Befaràs, destapado ya el tarro de las esencias del entendimiento futbolístico entre los pueblos, puede comenzar la entrevista.

Se acomodan los dos, cual Quijano y Sancho, listos para los circunloquios. Entre ambos, como un altarcito, reposan los objetos

como la grabadora, varias botellas de agua de medio litro, el paquete de tabaco, el mechero y unas carpeta de fotos, las primeras de un joven En, vestido a la moda de la China de Mao y que Befaràs hojea sin mucha atención.

Cuenta En que en su niñez, ante la infamia que veía a su alrededor, pero sobre todo por el hambre que pasaba en la casa paterna en Kompong Cham, se unió a una *troupe* de niños artistas revolucionarios. Tenía once años y corría el año 1971. A los trece años tuvo su primer Kalashnikov, que pesaba igual que él y el retroceso le tiraba para atrás como un resorte. Se partían de risa en las pocas prácticas de tiro que tenían. Juegos de niños.

—Con la victoria de la revolución, cuando tomamos la capital, lo que más me sorprendió fue ver a la gente vestida de colores. Nosotros veníamos de años en la selva, el verde eterno y el negro de nuestros uniformes. Vestíamos todos de igual manera, camisa y pantalón negros, chicos y chicas, apenas la *krama* roja para cubrirnos del sol y del polvo. Pero la gente en Phnom Penh vestía con mil estampados distintos. Estaban al principio contentos y luego asustados, sobre todo cuando el Angkar, la dirección del partido, mandó evacuar la ciudad por si los imperialistas americanos nos bombardeaban.

Con quince años, tras la toma del poder por los Jemeres Rojos, el partido premia los servicios de En enviándole como parte de un grupo de jóvenes con flama revolucionaria a educarse a China. Unos harían estudios militares, otros de agricultura, algunos hasta de industria. A En le tocaron estudios de fotografía. De vuelta a su tierra, en el '77, imberbe de dieciséis años, es nombrado jefe de fotografía para los archivos de Tuol Sleng. Se diría que a En le han dado cuerda en su relato.

—El día que llegué a Tuol Sleng, me recibió el director Kaing Guek Eav, conocido como “Hermano Duch”. Había sido maestro de escuela, y parecía un jefe de estudios, en su despacho. Yo acababa de llegar de China y no sabía nada del S-21. Me habló con mucha par-

simonia, seco y firme, de lo importante que era nuestra labor para protegernos de los enemigos, burgueses e imperialistas, de vietnamitas y de espías, que el peligro estaba en todos lados. “Pero el Angkar tiene más ojos que una piña, y por eso estamos aquí”. Y se me ponen aún los vellos como escarpías nada más que recordar esa frase.

»Mi labor era bastante sencilla, pero debía estar hecha con pulcritud y orden. Llegaba por la mañana un camión de prisioneros. Yo veía cómo los arrojaban del camión, con los ojos vendados y las manos atadas, como un rebaño. Los llevaban a mi taller y se les hacía entrar uno a uno a la sala de foto. Yo era lo primero que veían desde su detención y me miraban siempre aterrados. Ellos me hacían a mí la primera foto con sus ojos de espanto saliendo de las tinieblas.

»“¿Por qué estoy aquí?”, “¿De qué se me acusa?”, “Yo no he hecho nada”, era la letanía común en esos pobres diablos. Yo les intentaba tranquilizar, sobre todo para que no se movieran del encuadre y luego tener que repetir la foto.

»Una vez me trajeron a un detenido, ya muerto, que apestaba a sangre y sudor secos, para hacerle otra foto porque la primera, al llegar, no había salido bien. Duch me dijo: “¿Ves por qué es importante el trabajo diligente y bien hecho?”, y cogía la cabeza inerte del muerto y la subía para que yo viera la cara. Le caía un hilillo de saliva color rosa de la comisura de los labios. Para evitar eso me esmeré a partir de ese día mucho más para que no me llevaran ningún otro muerto a fotografiar otra vez. Hasta me inventé un ingenioso dispositivo con partes de una vieja máquina de coser que acoplé al respaldo de la silla de los retratos. Los prisioneros debían apoyar la nuca al metal y esto me permitía que no se movieran y a la vez lograr la distancia perfecta, el encuadre claro, el gesto nítido.

En aclara además que no se preguntó nunca si estaban haciendo bien o mal. Solo ejecutaba lo que debía. La moral revolucionaria no permitía pensar, ni siquiera reírse, como hacía el enemigo. Lo que

más miedo le daba no era morir, era que le expulsasen del S-21 y le mandasen a “cuidar cerdos”, como amenazaba Duch a menudo.

—Yo creía en la revolución, que estábamos construyendo un nuevo país. Y aunque me impresionaban los gritos de los torturados, el olor a piel quemada, los muertos vivos que se llevaban en los camiones, yo era joven y estaba convencido de que todo eso era necesario. Por las noches, desde la habitación que teníamos asignada a unos centenares de metros del S-21, se escuchaban los alaridos de dolor de los torturados. En el silencio nocturno de la capital vacía eran gritos que recorrían las calles como un heraldo y a veces hasta se oían las confesiones palabra por palabra.

»Uno de los días más duros fue cuando trajeron a un primo mío con el que acostumbraba a jugar de pequeño. Él había estado también en la *troupe* de niños artistas revolucionarios, pero como habían empezado las purgas ya traían gente de todo tipo, incluso como mi primo, que no eran ni vietnamitas, ni capitalistas. Le hice un gesto para que callase cuando intentó abrir la boca y, cuando salía, le dije que no se preocupase, que yo haría algo. Pero no hice nada y a los dos días le vi salir con el camión que se los llevaba a Choeung Ek, los campos de la muerte al sur de la capital.

Él en otro tiempo flaco, suda copiosamente y bebe masticando el agua. Cuenta que tuvo momentos en que también peligró su vida en el S-21, como cuando le pillaron con dos elementos prohibidos, con unas gafas de sol y oyendo la radio. Fue durante un descanso, en la parte de atrás del campo, el lugar menos transitado, pues allí enterraban a los ajusticiados. El sitio apestaba a orines y carne descompuesta y casi nunca iba nadie. Pero aun así le descubrieron. Pasó casi cuatro meses en una oficina de reeducación en Prey So. Luego volvió.

—Hermano Duch nos decía a menudo: “La victoria de la revolución sobre el imperialismo no es como invitar a comensales a una cena... por eso el que atenta contra el Angkar debe ser sancionado:

si lo hace con un brazo, con un brazo; si lo hace con una pierna, con una pierna”. Pero al final me tomó afecto, pues a pesar de mis fallos iniciales, yo ejecutaba mi labor con total atención, con resultados impecables. Hasta me regaló un reloj *Rolex* de un prisionero que ya no necesitaba saber la hora y que luego tuve que malvender a cambio de comida cuando huía de los *nams* en el ‘79.

En le acerca a Befaràs una carpeta con una selección de fotos de sus retratados en el S-21. Va pasando una a una, con su media sonrisa, como quien enseña un álbum de familia.

—...pero si se ven con otros ojos ahora mis fotos, pasados los años de terror, se puede ver hasta ternura en las tomas, como esa de Cham Kim Srun con su bebé que ha dado la vuelta al mundo.

—En, tú eres un artista, con A mayúscula, ¿no? —pregunta sardónico Befaràs.

En no entiende esa pregunta. Por eso no responde y prosigue su historia sobre la miseria humana de aquellos años y sus proyectos actuales.

Y mientras, Befaràs comienza a sentir ya las palabras como un chapoteo suave que distrae apenas su atención de la maravilla de ese paisaje arrugado que le rodea, con el sol cegador que tapa la hoguera del relato de En.

Y le suenan en la mente, en medio de la verborrea de sangre, unas frases de *Los Miserables* donde Víctor Hugo elucubra sobre aquellos que buscarían el efecto de luz al ver guillotinar: “(...) *qui regarderaiient guillotiner en y cherchant un effet de lumière*”.

Crónicas jemeres 31. Año III

(A mi madre, que nos dejó huérfanos cuando yo estaba terminando esta crónica).

Duelo

El Pinocho de Charlot

Michel-Jean-Raymond Charlot tiene un nombre de culebrón y un egregio apellido que no se merece. Menudo y de 63 años, posee una mirada avispada que me recuerda a lo que decía mi madre de Juanito Valderrama: “No tiene apenas ojos, parecen dos ‘puñalás’ en un tomate”. Se peina el pelo desde la coronilla, donde aún crece lacio, hacia la frente, y así intenta ocultar la piel del cráneo. Los picantes sudores de Phnom Penh le dan al pelo un aspecto de recién lavado que deja adivinar el cartón de su cráneo con textura de calabaza.

Es casi de noche, a pesar de que no pasan de las seis de la tarde, y Charlot no se acostumbra a estos días jemeres tan cortos, a él que siempre le gustó trasnochar y levantarse, cuando tuvo la oportunidad, cerca del mediodía. Se pasan las jornadas volando. Eso sí: ahora no hay quien duerma desde que ha entrado esto que los jemeres llaman “Pchum Ben”, la fiesta en la que vuelven los muertos, que dura dos eternas semanas. Los fieles se acercan a las pagodas en masa a partir de las cuatro de la madrugada a llevar unas simbólicas bolas de arroz hervido que amasan con las manos en recuerdo de los antepasados. A veces, cuando vuelve de madrugada a la pulgosa casa de huéspedes donde se aloja, tras su última incursión en el Phnom Penh de esqueletos, ve ya salir a las cucufatas jemeres que manosean sus

albondiguillas de arroz como plastilina pegajosa y murmuran entre dientes algún mantra.

—Asco de viejas —se dice Charlot, aunque muchas de ellas no tengan si quiera su edad de jubilado anticipado.

Y se va eructando hiel, hasta el catre, que huele a meado y a humedad rancia, a dormir la mona. Se cruzan en el halo del sueño que le va invadiendo las salmodias de los monjes de la pagoda del barrio con imágenes de Ramoni, su exmujer, como una nube de electrones mamados. Y se le pone en la cara una mueca bobalicona, que deja caer un hilillo de saliva parda de la comisura izquierda de su boca hasta que al fin se duerme.

Charlot había conocido a Ramona Caparrós Vargas en la verbená del 14 de julio en el barrio de Saint Marcel, a dos pasos de Marsella. Ella, hija tardía de republicanos españoles, llevaba una coleta larga y morena y un vestido blanco con estampado de flores rojas con los que parecía que volaba más que andar entre las mesas de la ruidosa tribu de los exiliados. Tenía un lunar entre el labio y la nariz, en el sitio exacto para hacerlo irresistible, ni muy cerca de la boca como para enturbiar los besos ni muy cerca de la nariz para parecer una verruga.

La había invitado a bailar y ella se reía de la torpe figura de Charlot, muy serio, con la columna recta y la barbilla levantada, como si estuviese mirando el horizonte.

—Te va a dar tortícolis en el cuello de estar tan estirado y además, patán, me has pisado ya tres veces.

Y él se rió, y se siguió riendo después, en francés y en español, durante mucho tiempo, todo el que estuvieron de novios, allá por los ochenta. Ella le cantaba, a veces, bajito al oído, aquel tema del Camarón: *“Yo vivo enamorado y para mí tus besos son como la fuente de mis pensamientos”*, y a Charlot se le ponía el alma y el cuerpo entero con piel de gallina.

Él la llevaba al canódromo de Lavandas, cerca de Carnoux, y enseñaba a Ramoni la liturgia de esa hípica para pobres que son las carreras de galgos. Le mostraba, con juicios sabios, las posibilidades de cada lebrele cuando los paseaban antes de las carreras y ella siempre hacía elogios a la flacura de alambre de los perros. Apostaban siempre unos francos en la carrera larga, la de 480 metros de galgos grandes *greyhound*, “el rey de los canódromos”, decía Charlot y Ramoni saltaba y gritaba en los escasos segundos que duraba la galopada, y reía, señalando con el dedo, sobre todo cuando alcanzaban a la liebre.

Después vino la boda, el fugaz viaje de novios a Córcega y unos años de felicidad que cargaron de hijos a Ramoni y de kilos a Charlot. Luego, el irremediable declive de todas las cosas, como un tobogán que la gravedad hace imparable. Charlot fue perdiendo primero la pasión, luego el amor y por fin hasta la curiosidad por Ramoni y por casi todo. La puntilla se la dio el cierre de la factoría de Provalis que, como todas las de la zona industrial de Saint Marcel, quebrarían una tras otra con el nuevo siglo. Todas las fábricas, las del metal, químicas, de alimentación, ferrovías, todas sin excepción fueron cayendo como fruta madura y dejaron el valle plagado de edificios vacíos como esqueletos, en un postindustrial silencio de muertos.

La destructiva afición de Charlot por el Ricard y el sexo barato de portal sucio se la resumió Ramoni la víspera del día que le abandonó definitivamente para volverse a Tarragona, donde su hermana Remedios tenía una tahona:

—Charlot, ¿sabes lo que te ha hundido en la miseria? Pues las tres Pes.

—¿Las tres Pes?

—Sí, por este orden: las putas, el paro y el pastis.

Charlot se quedó pensativo, mirando la sandía gigante del sol poniente de un verano que se iba a la vez que su familia.

Se pasó mucho tiempo buscando en su reducida saca de palabras una buena traducción, en su lengua francesa, de esa frase póstuma de las tres Pes que él encontró muy ingeniosa.

Cuando dio con ella, un raro día lúcido del otoño siguiente, ya la estela de Ramoni era un recuerdo lejano como el de esas películas que se ven de niño y de las que te quedan grabados un par de fotogramas, tan solo eso.

—*Voilà*, lo tengo: *la Chatte, le Chomage, et le Chai*, por este orden —y se echó a la calle, rumbo a la bodega, con una risa tonta que no tardó en tornarse y desembocar en un llanto amargo, que brotaba de la barriga y que le iba a acompañar mucho, mucho tiempo.

Entrado octubre, volvió solo al canódromo, abrigado hasta las cejas, a la espera de encontrar consuelo en las carreras, pero la risa de Ramoni le resonaba en los oídos más que la adrenalina de los lebreles y los gritos del público. Un paisano, viejo sindicalista de la Nestlé, le contó al final de la sexta carrera algo que nunca hubiese querido oír:

—El fin de los galgos es como el nuestro, el de los trabajadores, en esta época de cierres. Cuando llega la hora de la reducción de plantilla o peor, del cerrojazo a la fábrica, aunque uno se encuentre fuerte, los que ya no servimos nos vemos en la puta calle y sin nada que hacer, me entiendes, nada-en-absoluto. ¿Y sabes lo que hacen los dueños de los galgos de carreras cuando un animal deja de ser bueno por la edad?

—No —respondió Charlot y le salió un “no” aflautadillo y tristón.

—Pues es muy simple. Los llevan en barca a unas decenas de metros de la orilla, les atan una piedra gorda al cuello y luego ¡*Chof!* Y luego... nada. Es brutal, pero es así, estos campeones, descendientes de los galgos de los faraones, desaparecen con la mirada lánguida y antigua en esos ojos vidriosos a través de las aguas azules. Sin entender nada.

Acaso por todo eso está Charlot en Phnom Penh, quizás para no verse un día con una piedra gorda atada al cuello cerca de la orilla del Mediterráneo, como un lebrél jubilado. En uno de esos bares lúgubres de Phnom Penh, en los que muchachas de baja estatura y escasa conversación sirven copas a los verracos de turno, se encuentra Charlot con el que va a convertirse en su compañero de correrías jemeres, un tal Claude-Jean-Pierre Demeret, de nombre triple tan largo como el suyo, en fin, un par de letras menos.

Caminan juntos Charlot y Demeret y le cuenta este último sus andanzas en la capital jemer. Lleva tres años dedicado a un deporte que por su edad, su físico y sus ingresos en Francia le estaba vedado: el sexo. Hoy, con el espoleo de un par de litros de cerveza en el buche y la fanfarronería de impresionar al recién llegado, Demeret desgrana una a una las historias más eléctricas de su vida en Phnom Penh. Va sacando con crudeza, como chistera de nigromante, un efluvio aquí, un *à-quatre-pattes* allá, todas las bajezas a las que las damiselas jemeres son capaces de prestarse por unos dólares mugrientos.

Van por el bulevar Norodom, parando su marcha a menudo por el calor y el énfasis de la conversación. Demeret agarra cada poco del brazo a Charlot para realzar con gestos grotescos y mucho “*oh-la-la*” una determinada escena de alcoba. Al llegar a la altura del Ministerio de Comercio, acaso el lugar de la antigua residencia del gobernador militar de la villa en tiempos de la Conchinchina, se paran de nuevo y Charlot se entretiene ahora en observar una extraña escena. En una fuente circular con la serpiente Naga de cinco cabezas como borde, tres conductores de *cyclo-taxis*, de los pocos que van quedando en esta ciudad, se lavan con esmero, todos en gayumbos. Tienen los cuerpos renegridos por las horas al sol. Son pura fibra, sobre todo las mollas de las piernas, de mover desde los altozanos de sus sillines la mercancía humana y los paquetes. Se frotan y asean con más parsimonia que cansancio.

Bajo las miradas reales –dos fotos tamaño gigante del Rey Padre Sihanouk y de la Reina Madre Monineath y una, algo más chica, del rey Sihamoni– evoluciona la sublime elegancia de la ceremonia de la limpieza corporal de los súbditos más bajos del escalafón social del mundo jemer.

Demeret enciende su pitillo mil de la jornada, marca *Alain Delon*, “el gusto de Francia” como reza su publicidad, y que hace furor en el sudeste asiático. Un plus de prestigio por menos de un euro la cajetilla.

Llegan a la plaza donde está el Wat Phnom, el monte que da la mitad del nombre a la ciudad, con su pagoda en la cumbre y Demeret insiste en una nueva ronda antes de pasar a la caza en el parque que rodea el templo.

–Verás cómo es mejor esperar –le suelta a Charlot –; cuanto más tarde, más guarrillas se juntan y menos cobran, aunque no muy tarde... que en este país no trasnochan ni las putas –y se echa a reír como una vieja, casi como tosiendo y a la vez, se le escapa una ventosidad que le provoca más tos y más risa

Aparece de sopapo ante ellos la figura, siempre augusta, de un elefante. No es usual encontrarse un elefante por la calle, ni tan siquiera en este reino jemer donde apenas quedan un par de centenares en libertad en las montañas de Ratanakiri o Mondulkiri y otros tantos dedicados al transporte en bruto de madera o a pasear turistas, los halagados por el destino, en varias provincias del reino.

Mueve el viejo paquidermo sus enormes lomos grises, con más arrugas que un mapamundi, de izquierda a derecha con una pachorra de siglos y se aprecia en la bestia y en el dueño el cansancio de una jornada de trabajo consistente en acarrear parejas de guiris alrededor de Wat Phnom.

Atraídos por su bullicio, se acercan a un local con bar abierto en terraza donde se celebra una reunión de una empresa o algo similar. Piden unas *Tigers* de barril y mientras Charlot observa el andar pati-

corto de una de las camareras vestida de Juanita Calamidad, Demeret desaparece entre bambalinas. A su vuelta le entrega a Charlot con aire de suspense una bolsa de deportes negra con un puma blanco dibujado.

—Charlot, me vas a guardar esto. Yo me voy ahora, que me ha salido un plan.

—¿Y qué es?

—Si te refieres al plan, no te lo cuento. Si te refieres a la bolsa, es un “kit de conquista”, úsalo si quieres y me lo devuelves mañana.

Charlot se queda de una pieza mientras ve desaparecer a su compinche entre las volutas de uno de sus *alaindelones*, camino del río Tonle Sap, con un aire decidido que no se atreve a contrariar.

Sale con la bolsa al hombro y se va caminando despacio, con la imagen de las piernas arqueadas y el trasero plano de la camarera que se contoneaba ante sus narices, a la gran rotonda del monte Wat Phnom. Corre una ventisca a ráfagas que amenaza lluvia. En los últimos días, un cielo de papel de estraza negro se rompía de pronto para anegar calles y aceras en escasos minutos. Pero ese mismo cielo parece clemente esta noche y Charlot se distrae hasta con las polillas que se le cruzan por el camino.

Al llegar a la parte norte del templo ve una figura tímida que le mira bajo un árbol Koki. Se dirige a ella y le dice algo en francés, que suena a eructo meloso y que la chica parece no entender.

—*Me*, Sheila —dice ella y se pone la mano huesuda sobre su escaso pecho. Luego dice más cosas en jemer que repite y repite y que Charlot no acierta a descifrar.

Charlot intuye una chispa de consuelo a su libido sedienta y solitaria e inicia el revoloteo del celo que las aves interpretan de maravilla y que él pantomima de forma algo penosa.

El resultado de tal cortejo es que se va con la joven en un *tuk-tuk* camino de su alojamiento, mientras se relame en el deleite que se avecina y piensa cómo convertir su pocilga en tálamo donde el apa-

rataje amoroso surja como por encanto de esa joven y cuasi muda doncella jemer.

Llegan al cuartucho y ahora a la luz triste de hepatitis la joven le parece una niña, aunque vaya usted a saber, se dice Charlot, lo mismo tiene dieciséis que treinta y seis años. Le pregunta por sus años y ella hace señal de que no le entiende y tan solo repite:

—*Yi bum-bum, tuenti-dola, yes bum-buuu, tuenti-dola* —como en el parque, aunque ahora sí es capaz de entender que no estaba hablando en jemer, sino que le dice lo que van a hacer y lo que le va a costar.

Mientras la chica se va al baño, Charlot se sienta en la cama y abre la mochila del kit de amor de Demeret. Hay unos DVD porno, que desecha, con un chasquido de muelas, por falta de aparato reproductor; un par de máscaras de tela, como las que venden para carnaval; unos paquetes de pastillas, como *sinagra* o *dialix*, de dudosa procedencia y sugerentes nombres; un ligero negro con plumillas rojas sintéticas, y un bote de aceite de masaje con aroma de flor de loto que destapa y cuyo perfume es penetrante, sumamente dulzón.

Hace calor en el cuarto. Charlot se quita la camiseta y enciende el ventilador del techo que arranca su aleteo con un gemido como de bestia antigua. Al fondo de la bolsa, entre los elementos del kit hay un muñeco de Pinocho.

Deja todo a un lado y coge al sonriente Pinocho como un bebé y pone sus narices y las del muñeco a la misma altura.

Siempre se acordará cuando vio por primera vez la película de Disney en su niñez, allá por los primeros cincuenta. Su padre le llevó al mítico cine de la Barasse. Lo que impresionó a Charlot y le llevaría años superar era el parecido de uno de los villanos en el film, el astuto zorro con chistera Juan Worthington Foulfellow, con un tipo de su barrio, un pelirrojo de andares chulescos y criminal de cuarta, algo mayor que él, y que durante esa época de la infancia que lleva a la edad adulta, le tuvo en el punto de mira dándole distintos tipos

de sablazos. En aquellos púberes días, Charlot se sentía como un pinocho, que adoraba a su padre-Gepetto y que temía tanto la llegada a la adolescencia y a las ansias de volar; como el *ragazzo di legno*, que también temblaba, aunque deseaba con toda su alma hacerse de carne y hueso.

Mira Charlot con cariño y trata con gran mimo a este Pinocho de goma, un material tan ajeno al cuento como lejano está él de su infancia marsellesa. Recorre su descomunal pajarita azul, sus ridículos pantaloncillos cortos rojos como unos que también tuvo él y su sombrero alpino. Está pasando pensativo la yema del pulgar por la nariz, como para hacerla crecer, cuando la joven jemer, de la que casi ya se había olvidado, aparece tras la puerta del baño, en ropa interior de color rosa y un mohín de sorpresa al ver a Charlot como conversando con su Pinocho.

En ese preciso instante se sienten unos golpes en la puerta del cuarto. Primero dos, quedos, sordos, luego tres, más fuertes. Por fin una serie de palmadas vigorosas en la madera mientras una voz de mujer chilla algo en jemer. La chica se queda petrificada, agarrada a la puerta del baño, como buscando cobijo en la madera desconchada.

Charlot se levanta y duda si abrir ante tanto alboroto. Ahora, como si de tifón se tratase, es una sinfonía de gritos y golpes, concierto a varias manos, a varias alturas de la puerta.

—Open, open! —dice un vozarrón al otro lado de la puerta.

—Oooopen! —repite la voz femenina de pito y más golpeteo y más, y más.

Charlot está asustado, no sabe si pueden ser compinches de la joven furcia o huéspedes borrachos. Por eso cuando oye al vozarrón decir claramente “Open, police!”, aunque no le gusta la pasma se tranquiliza algo y abre la puerta un poco, mas un manotazo la abre de par en par.

Entran media docena de personas como el agua de una presa al rebosar, con un tipo joven al frente que filma con una cámara de vídeo que parece de juguete. Le siguen varias mujeres, incluyendo la tipa que gritaba y que lo sigue haciendo, y nota que le insulta en jemer, entre encías desdentadas, y por fin un policía uniformado, grandullón que sonríe como si estuviera entrando a una fiesta.

Se ve Charlot entonces sin camiseta y a la chica en bragas y le entra un pudor repentino que aclara diciendo en francés, con voz de pito, la primera absurdez que le viene a la mente:

—La chica está enferma, la he traído aquí para que se curase, la iba a curar.

El de la cámara, que tiene la uña del meñique larguísima, tan larga como los pelos de la verruga que tiene en la barbilla, sigue filmándolo todo. Como cumpliendo con la necesidad de *reality show* que tienen todos los pueblos se centra en los detalles escabrosos, con primeros planos, muy movidos, de sus michelines, del rostro de la chica oculto tras las manos, del ligüero negro con plumillas rojas sintéticas y por fin del Pinocho que cuelga como ajeno al drama, sonriente, asido de la mano derecha de Charlot.

—Nos la han jugado, Charlot, ¡y bien jugada! —dice entre dientes Demeret, mientras enciende un *alaindelon* que llena el cuarto del “gusto de Francia”.

Están en una sala del piso bajo de la comisaría en cuyos calabozos, tapizados de humedad y llores, ha pasado Charlot la noche. Sobre la mesa figura como trofeo de montería el material incautado, el de la bolsa puma y muchos más objetos recuperados en el cuarto de Demeret. El compinche de Charlot ha sido detenido por la mañana y ha entrado por otra puerta a este despacho, plagados sus muros de

diplomas y fotos de las diferentes promociones de agentes, oficina del Jefe de la Policía de Phnom Penh especializada en lucha contra el tráfico de seres humanos, el inspector Keo Thea.

Están en una esquina los dos compadres pringados y Demeret habla entre dientes.

—La pájara que te levantaste ayer es una pelandusca de dieciséis años, que se llama Seila Samlean o algo así y la utiliza de carnaza una oenegé de nuestra tierra que se llaman APLE y no por las putas manzanas sino por la acción por los niños...menudos cabrones.

—Pues algo joven sí parecía, lo pensé en mi cuarto —responde Charlot —, pero una pájara sí, y de rabo largo también —se queda pensativo mientras entran más policías en la sala —. Y ahora, ¿qué se supone que nos van a hacer?

—Pues pinta feo el asunto, amigo Charlot, muy feo. Hablan de no sé qué artículo 34 de la ley contra el tráfico de niños y nos pueden caer un montón de años en la sombra. ¡Maldita mala suerte!

—¿Y no podemos inventar nada? —pregunta con una bola en la garganta Charlot.

—Pues ya he llamado a un amigo jemer, colega de un juez o algo así, que me debe unos favores, ya sabes, y va a ver si se puede salir de la detención y tras ello escapar del país como se pueda.

Entran en tropel un enjambre de fotógrafos que ciegan a Charlot con los fogonazos mientras Demeret se tapa pulcramente las espaldas con los dedos índice y medio de la mano a la vez que enciende otro pitillo.

Charlot baja los ojos y ve sobre la mesa, tumbado, eternamente sonriente entre las numerosas pruebas inculpatórias de su felonía, a su Pinocho de goma, ahora ya sí con su destino íntimamente ligado al suyo, como la imagen de un espejo.

Chenda contra Lyons

Se van ya las lluvias de la capital, que se recupera perezosa, con rostro de viuda empapada, de la fiesta del agua, durante la que chorraron desde los remeros hasta las princesas. Nos vamos al bar del hotel *Himawari* a tomar una de sus proverbiales margaritas. En un semáforo en rojo reparo en una joven jemer, “tela de bonita”, como diría mi amigo Félix, que recoge su puesto callejero de venta de jugo de caña de azúcar. Trabaja denodada por sacar a las últimas avis-pas remolonas de la caja de cristal donde guarda la caña. Se cruzan nuestros ojos y percibo rubor y cansancio y caramelo en su mirada.

Con las margaritas en la mano salimos a ver el espectáculo del Mekong al caer la noche. Trae la corriente entre aguas marrones, ramas y troncos y otros despojos arrancados río arriba y me entra un estremecimiento: no sé si es el ácido de la lima o el pensar qué nos reclamarán los lodos que intuyo en esos fondos.

Un tipo calvorota con pinta de holandés y muchas cervezas en el cuerpo nos invita a unirnos a su festejo, una barra de bar apenas iluminada en el jardín, donde se concentra una patulea alegre que se mueve compacta, con el ritmo de un globo lleno de agua.

—Es que cumplo medio siglo, o sea que si queréis tomar una cerveza pues... ‘*Welkom*’.

—Sí que debe estar borracho para que invite el holandés... —Suelta Laurent, un francés que venía retrasado y que no se priva de ninguna ocasión para soltar un exabrupto xenófobo.

Nos acomodamos en la barra y miramos al extremo del tenderete, donde se presenta un mago, “*El Gran Lyons*” según indica un cartel churretoso. Lyons es un personaje macizo, de pantalones grandes y cara difícil, que mastica su acento australiano como si se le hubiera pegado una gominola en una muela. Ejecuta unos números algo sarnosos, las cartas dobladas de tanto uso, los pañuelos deshilachados, los conejos que ya no salen de la chistera pues, supongo, murieron hace años. Pero “*El Gran Lyons*” gusta mucho al público jemer. Sus maneras burdas, su falta de decoro le acercan a este pueblo lejano de la sofisticación de los trucos, tan virtuosos como amanerados, de un Copperfield haciendo desaparecer autobuses, que, de todas formas, no existen en Phnom Penh.

Lyons también cuenta chistes (“¿Saben ese del policía que está en la carretera atendiendo un accidente de tráfico en plenas vacaciones de la fiesta en que vuelven los muertos, el Pchum Ben?. Está la magullada viuda llorando a su marido y le dice el gendarme: ‘No se preocupe, señora, que en un año su marido vuelve... ¡con los muertos de Pchum Ben del año que viene!’”).

Con ademanes del irreverente Jango Edwards, Lyons bebe y suda en cantidades iguales y pide ahora un voluntario para un juego de naipes con una baraja gigante.

Una joven oronda, como deben ser las ayudantes de un mago, de sonrisa de dientes ambarinos como montañas de sarros perpetuos, se acerca con la mano en alto. Le tiemblan al andar las chichas del brazo levantado. Luce una camisa con enormes flores verdes imposibles y un pantalón limón tan ajustado que el botón central parece que pugna por no salir disparado y herir a algún incauto.

—Bienvenida esta gentil voluntaria. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Chenda, puede llamarme Chenda.

—Perfecto Chenda-a-la-que-puedo-llamar-Chenda. ¿Podrías escoger una carta de mi baraja gigante?

Y Chenda saca la jota de diamantes.

—Ahora se la vas a enseñar a todo el mundo sin que yo la vea, ¿OK?

Chenda lo hace y con mirada cómplice enseña la carta asida por ambas manos a su cuadrilla moviendo pizpireta el trasero.

—Ahora vuelve a ponerla en el mazo, baraja bien las cartas y luego me devuelves el mazo.

—Es que no estoy segura.

—¿De qué no estás segura, Chenda?

—De que haya mirado, señor Lyons.

—No, Chenda, te juro que no he mirado, pero si quieres saca otra carta. Y por favor no me llames “señor Lyons”, que suena a oficinista.

—Vale.

Y ahora saca un tres de picas. Y lo muestra como las chicas que anuncian el número de los asaltos en el boxeo.

—OK, verás que me he dado la vuelta mientras la mostrabas a esta alegre pandilla. Puedes ahora ponerla en el mazo.

—Sí, pero si se da la vuelta.

La gente comienza reírse, ya más de lo que dice Chenda que del ingenio, en claro retroceso, de Lyons.

—De acuerdo, Chenda, amor, me doy la vuelta. ¿Ya?

—Sí.

—¿Puedes darme ahora el mazo?

—No, si no me dice qué va a hacer.

—Bueno, Chenda, voy a adivinar la carta que has elegido y mostrado a tus amigos —responde didáctico Lyons.

—Ah, no. Entonces es que la ha visto.

—No, Chenda, corazón, ya no sé qué apelativo cariñoso darte. No la he visto, ese es el truco, yo adivino la carta SIN haberla visto.

—No, seguro que la ha visto.

—No, te juro que no la he visto, por mis hijos que no los tengo, por mi suegra que tampoco tengo.

—Sigo sin creerle.

—¿Quieres elegir otra y mientras me voy... al baño, por ejemplo?

—Vale.

Y mientras el cada vez más pequeño Lyons va a al retrete, Chenda saca el As de tréboles. Chenda muestra la carta y su amarilla sonrisa sin darse cuenta de que se está poniendo bien pesada. Tras un par minutos de espera, empapado en sudor vuelve un Lyons al que se le lee la derrota en la cara.

—Bueno, Chenda, ya has visto la carta, ¿OK? La has mostrado, ¿OK? Entonces métela en el mazo y me lo das.

—No.

—Y ahora, ¿por qué no, Chenda? —y el rostro de Lyons adopta un tono bermellón.

—Váyase al baño.

—Mira, querida, he ido al baño y ya NO voy a volver. Podría darme la vuelta, si quieres, pero NO voy a volver al baño, que te quede claro. NO voy al baño más.

—Bueno, pues la vuelta.

Y Chenda mete la carta al revés y guiña un ojo al público como si fuera ella la maga y Lyons el pardillo. Varios de la camarilla se ríen mucho con la ocurrencia.

—Ahora, querido público, querida Chenda, voy a adivinar la carta, dame el mazo.

—No.

—Pero ¿y ahora qué pasa?

—Prefiero guardarlo yo.

La gente ríe desbarbillada con esta nueva salida.

—OK... pero acércamelo.

—Sí, pero no mucho.

—Chenda, es mi truco, ¿OK? Vamos a entendernos, pero tienes que colaborar, ¿OK? —Lyons se lleva el índice y el pulgar de la mano izquierda a la frente mientras mira el reloj y se le nota que no da crédito.

Parte de la audiencia ya se revuelca alborozada por el suelo, el capitidismuinido Lyons está a punto de llorar, mas como profesional muy toreado, resiste aún los embistes de Chenda.

—Bien, entonces... —y saca un dos de corazones—. Estos podrían ser nuestros corazones unidos esta noche... —El chiste de Lyons suena ajado, falso, repetido.

Chenda le echa un capote y hace un mohín disgustado muy de vodevil.

—No, nada de corazones, que estoy casada...

—Vale, era una broma. Este no es el naipe en cualquier caso. Quizás esta... —y saca el rey de picas—. No no no no, tampoco.

La oronda Chenda recula.

—Chenda, quieres ha-cer-el-fa-vor-dea-cer-car-mel-ma-zo —y machaca cada sílaba ante la hilaridad de la asistencia.

Y Chenda que insiste en controlar el truco, medir cada paso, augurar lo imposible...

—Es que lo va adivinar.

—Claro... es que soy el mago, ¿recuerdas? Está ahí anunciado, soy El Gran Lyons...

—Sí, pero...

—Nade de peros, y esta es la carta —y saca el As de tréboles boca abajo y mira con infinito desdén a Chenda, que frunce el ceño como a un niño al que se le explota el globo en la mano.

—...

—Chenda, nunca en cerca de cuarenta años de carrera, en cinco continentes, me había pasado esto. Un truco simple, que debe durar dos minutos ha durado casi veinte. ¿Estarás contenta?

—No porque no he adivinado cómo.... Y... Bueno ¿cómo lo hace?
¿Me lo repite?

—Grrrrrr —y un deshilvanado Lyons hace mutis tras la barra como un amante despedido.

Mientras Chenda vuelve triunfal a su grupo, cual si fuera una hiena con una pata de cebra en las fauces, me decido a seguir al mago en su marcha de fúnebres hombros caídos hacia el río que fluye sombrío e intenso, por si fuera a cometer una tontería.

Lleva en la mano una botella, creo que de *Lao beer*, con su etiqueta tan bella y antigua, y bebe a morro como pegado a un pezón, con ansias de bebé glotón.

Apoyamos los brazos en la baranda y miramos la corriente.

Lyons mueve la barbilla arriba y abajo muy despacio, hablándose a sí mismo: *“Ya know, man, I think it’s the right time for you to leave this country”*.

Crónicas jemeres 34. Año III

El señor Piedra y la dictadura del momento

Para alcanzar la sala de la Universidad de Camboya donde se va a celebrar la ceremonia con el señor Piedra hay que subir cuatro pisos de angostas escaleras. Jóvenes jemeres de ambos sexos trepan ágiles con caras ansiosas y adelantan mis pasos fondones de la hora de la siesta. Las chicas diminutas llevan libros y apuntes en el regazo, una universal imagen no sé si copiada de la cinematografía estilo “*American graffiti*” o señal clara de que la maternidad acecha en sus biología.

Llego por fin al salón de actos, ya abarrotado con una curiosa mezcla de estudiantes jemeres con camisas blancas y pantalón o falda gris marengo, aderezada con norteamericanos que parecen abducidos de una universidad en California y trasladados hasta aquí por un ovni con sus pelos y sus barbas rojas y pajizas, sus camisas a cuadros, sus pantalones cortos de mil bolsillos y sus con-sabidas sandalias.

Para recuperar el resuello, antes de sentarme decido unirme a un personaje, algo siniestro, que se ha situado entre un ventilador gigante de pie y un aparato de aire acondicionado, cuyos pelos ralos se mueven como si estuviera en altamar. Viste chaqueta negra y pantalones de pitillo, como un *Blues Brothers*, y mira al infinito con un gesto de papamoscas mientras se le secan las gotas de sudor nada más salir

de las sienes. Voy a iniciar un comentario sobre el frescor del lugar geográfico de la sala donde nos encontramos, pero cuando nuestras miradas se cruzan, percibo sus pupilas reviradas y me abstengo de sacarle de su nirvana. Una amable señorita acomodadora jemer me invita a tomar asiento y la sigo, dócil como un cabestro, pero mirando atrás de reojo por si el siniestro personaje del ventilador hace alguna barrabasada.

Llega el señor Piedra acompañado por el Rector y a pesar del aluvión de aplausos se lo llevan a una salita en un lateral que engulle a la comitiva. La espera, sin embargo, no se hace larga pues sientan ahora a un nutrido grupo, de todas las razas –como una postal del Domund– tras los dos sillones principales. Esta práctica está muy al uso en las salas de conciertos, los mítines políticos u otras manifestaciones donde sitúan al público rodeando a los personajes principales, acaso para que se vean arropados, a lo peor para que les cubran las espaldas... que cada vez hay más pirados por ahí.

Salen de su salita el señor Piedra y el Rector ataviados con vestimentas ceremoniales universitarias. Sus largas túnicas negras les dan aspecto de sayones, si no fuera por las cintas de colores de turno que adornan el pecho y por los birretes que, lejos de ser esos americanos rígidos, tan cuadrados y ridículos, son amplios y espumosos como los que portaría un pintor de la época de Berruguete. El señor Piedra me estrecha la mano con decisión y grandeza, y fuerza los dedos como martillo pilón. Me deja un hormigueo en los nudillos que tarda largo rato en desaparecer.

El señor Piedra se sitúa en el proscenio junto al Rector al que separan veinte años en edad y cuarenta centímetros en estatura. Les miro y son, tal cual, Pedro Picapiedra y su amigo Pablo Mármol vestidos para una ceremonia de la Logia de los Búfalos Mojados. Picapiedra, como siempre, abusando de su gran humanidad para dar palmadas en la espalda a su vecino, el siempre apocado “Marmolillo”.

El señor Piedra se comporta con esa candidez, comedida, de los tipos grandotes cuando están con gente más pequeña. Se le ve haciendo grandes esfuerzos para realizar movimientos cortos, armónicos, los meneos justos para evitar el síndrome del elefante en la cacharrería. Me asalta un recuerdo claustrofóbico de una visita reciente en Tokio —ciudad de ciudades donde hay zonas para todo— a Kappabashi-Dori, el “barrio de los utensilios de cocina”. Tras visitar a un cuchillero, de ojos brillantes como sus aceros, que disertaba en un más que correcto español, aunque con deje albaceteño, sobre las virtudes de una hoja para el corte del *sashimi*, nos adentramos en una sima de alfarería y porcelana, un laberinto hecho para los andares gráciles y huesos frágiles de los dueños, una pareja de mil años que asentían solo “*hai, hai*” (はいはい). Resultó ser un rato de pesadilla, con conciencia de ser un desparramado de carnes en un mundo chico. Varias veces perdido y encontrado por mi Yago que se movía ligero y adolescente por los pasillos de loza de techo a suelo, la visita se saldó con apenas un par de sustos mayúsculos, tres platillos rotos y una apetecible colección de tacitas para *sake* de todos los colores, texturas y formas, seleccionados uno a uno en los recovecos.

Mientras escucha la larga lista de sus méritos pasados, el señor Piedra adopta poses de pintor florentino al elevar la mandíbula y mostrar una sonrisa como un paisaje, partida por la mitad a cada lado de sus dos paletas separadas. Saca de su bolsillo izquierdo un pañuelo de un azul celeste muy bello y se lo pasa por la frente y por las sienes y, antes de guardarlo de nuevo, lo mira quizás agradeciéndole a la tela los servicios prestados, quizás acordándose de la persona que se lo regaló.

A medida que el maestro de ceremonias va citando nombres históricos, un *Alejandro*, mitológicos, un *Conan*, de políticos, un *Nixon* o un *Kennedy*, de Arzobispos, un *Romero*, de mujeres, una *Evita*, el señor Piedra va asintiendo y parpadea como alas de mariposa al recrear en

cada personaje una situación histórica, un mensaje, vidas glotonamente vividas, muertes de las que se llora en todo el mundo.

Por fin llega el momento sublime y el Rector se levanta para entregar el diploma bellamente enmarcado; desde donde me encuentro se leen solo los grandes rótulos en enrevesada cursiva:

Doctor Honoris Causa
Humanidades
Oliver Stone
Universidad de Camboya

Con sus botas de cordones que le estarán dando un innecesario calor adicional en los pies, se dirige el señor Piedra al atril mientras saca del bolsillo, levantando con dificultad la túnica, unos papeles amarillos doblados con sus notas manuscritas. Miles de flashes le ciegan y parpadea copiosamente, suda aún más. Bebe de un trago el agua del vaso que le han puesto, frente a lo cual la acomodadora jemer, siempre atenta al quite, lo rellena a rebosar ante los ojos golosos del nuevo doctor, que vuelve a tomar el vaso para dar un buche largo.

—Llegué a Camboya por primera vez hace veinticinco años... No, no, perdón treinta y cinco... Uy, no, que hace ya cuarenta y cinco años, y resulta que ya soy un poco de esta región —y no parece pose que empiece con esa torpe digresión de los años alguien que luego desgrana sus vivencias en un Vietnam de sangre y fuego, que recuerda desgracias planetarias y mentiras en el orbe, que narra cómo su país se ha convertido en un Estado obsesionado con la seguridad y que desvela una profunda tirria, que no odio pues como budista no podría permitírselo hacia George W. Bush o *Bushjunior*, como él le llama.

Pasa luego a disertar sobre el poder de la mente, que define como el arma más potente del ser humano y explica didáctico los pasos para llegar a disciplinarla y yo pierdo el hilo del señor Piedra y me

acuerdo del pequeño saltamontes y de como éste se convirtió luego en el Bill de *Kill Bill*... pero el que se me vaya la mente oyendo al señor Piedra son malas pasadas que nos da haber visto tanta película, o acaso las tentaciones.

—¿Tentaciones? Recuerdo una escena, cuando contaba una vez mi hermano Luis una tarde justo antes de comer que, durante una charla religiosa, con las que nos turraban a veces los curas en el gimnasio pequeño del colegio, no paraba de acordarse de los sándwiches calentitos de jamón y queso del Corte Inglés; y se nos hacía a los hermanos la boca agua y los dedos huéspedes al oír el relato. Y en esto mi padre terció: “Eso era el diablo que te estaba tentando”. Y pensé ya entonces que el demonio no va a llegar nunca a nada si a lo que se dedica es a andar tentando a mi hermano por un asunto de un “*croque-monsieur*”, como llaman en Bruselas al sándwich mixto.

El señor Piedra ya ha terminado su charla, pues quiere dedicar más tiempo a las preguntas ya que, dice, así aprende él también algo y no le falta razón. Tan solo que el nutrido grupo de pelirrojos que trufa la sala es el que monopoliza el micro que pasa de mano en mano y se convierte para la gringada asistente en preciada presa, como zanahoria para un grupo de conejos en ayunas.

Son tantas las preguntas de por qué no hace una película sobre este tirano, o sobre ese episodio tan injusto y sangriento, o sobre ese golpe mortal a los derechos civiles que al final, con mucha parsimonia, repite elocuente:

—La verdad es que se puede hacer películas sobre miles de temas, de hechos, de situaciones. Allá donde hay alguien que sufre por culpa de otro ser humano ya existe una historia. Pero yo no puedo hacerlas todas. Sí acaso les puedo decir una cosa, el único remedio para que no se repita la historia y no nos cuenten patrañas es leer mucha Historia. Solo leyendo Historia podremos luchar contra eso que nos pretenden imponer, la dictadura del ahora, la dictadura del momento.

Y termina, tajante, con un tríptico de recomendaciones:

—Lean Historia. Viajen mucho. No se casen.

Esas fueron sus últimas palabras; y me imagino a Vilma Picapiedra sentada atrás en la sala, confundida entre la audiencia, enfurruñada y diciendo en voz baja:

—Sí, sí, ya verás tú cuando lleguemos de vuelta a casa en Piedradura.

Crónicas jemeres 35. Año IV.

Negroni

Se pone en un vaso bajo, tipo Old Fashion o Tumbler Bass, un par de cubitos de hielo de factura reciente. Se añaden a partes iguales 1/3 de Dry Gin, 1/3 de Bitter Campari, 1/3 de Vermut Rosso. Se mueve ligeramente la mezcla en el vaso sin derretir demasiado el hielo; para un Negroni perfecto se deben utilizar los ingredientes previamente fríos. Se puede presentar con media rodaja de naranja.

Estamos en el bar del *Grand Hotel de Angkor* tras una mañana delirante en la fiesta anual del Surco Sagrado¹ que ha tenido lugar en los templos y que luego narraré.

La última vez que la familia real jemer se hizo presente para repetir la ceremonia del Surco Sagrado en Siem Reap fue en los sesenta.

La última vez, antes de hoy, que me bebí un Negroni fue hace un lustro, en el bar *L'Amalfitano*, en una placita en los altos de la isla de Capri con mi buen amigo Giuliano.

En aquella tarde, con una luz arrastrada por una brisa de dedos ágiles, Giuliano nos contaba, esperando la llegada del crepúsculo y la hora de la cena, los orígenes de la bebida que acababa de pedir para todos. Mientras, un camarero de mediterraneidad casi insultante, pintaba la mesa con el ocre del Negroni y el verde de las olivas.

¹ Ver Crónicas jemerres XIX, “Sagrados Surcos”.



—El conde Camillo Negroni era un noble florentino que en los años veinte frecuentaba uno de los templos de la aristocracia del norte italiano, el “*Café Casoni*”. All  la bebida obligada antes de la cena era el *Milano-Torino*, un cóctel así llamado por el *Campari*, de Milán, y el vermut, tan turin s como la Sábana Santa. Y claro, como referencia a los 199 kilómetros de la más clásica de las carreras ciclistas italianas que en aquellos años de acero de la Gran Guerra ganaba siempre un joven piamontés, Costante Girardegno o Girardengo, no recuerdo bien —levantaba Giuliano con parsimonia su vaso helado, que lloraba lágrimas de tanto recuerdo, y paraba el relato de vez en cuando para observar el ligero vuelo de una falda al pasar mientras degustaba las hierbas amargas del Campari, bebida que, para él, se habría inventado tan solo para hacer sano y grande al Negroni.

Siguió con su relato.

—El conde Negroni, que era leído y viajado y alma inquieta como las que no hay, pidió una tarde al barman que añadiese al *Milano-Torino*, también conocido como Americano, un chorrito de ginebra, bebida británica clara y rotunda, que había hecho sus delicias en un reciente viaje a la entonces capital del imperio. Y ahí, leyenda o no, comienza la historia del mejor aperitivo que ha creado el hombre —concluí Giuliano, tras lo cual acabó de un trago el resto y chasque  los dedos junto a su ceja izquierda para pedir otra ronda.

Le cuento esta historia a Carlota, que deglute con placer zurdo un pastel de chocolate, plano y sabroso, al cual la falta de imaginación de los americanos le puso *Brownie*. El pastel se desmiga y el tenedor de Carlota en ayunas lo recoge con ademanes jardineros y deleite infinito. El salón del *Grand Hotel de Angkor*, con sus muebles de Teca y su música tradicional jemer interpretada por una bella señorita de postura y sonrisa inclinadas, es un remanso de paz. Tras las leves cortinas se ve el chicharro del sol en el jardín y me zumban aún los oídos fruto de la algarabía de esta mañana en los templos, que paso, como he prometido, a relatar.

Nos citan a las siete y media de la mañana y, como era de esperar, hay caos a la entrada de los templos. Son miles de jemeres los que, en todo tipo de vehículos, se dirigen a la cita del Surco Sagrado que el rey Sihamoni va a presidir. A la entrada de la ciudad amurallada de Angkor Thom, capital del imperio en el siglo XII, el embotellamiento es absoluto. Algunos policías militares de uniforme verde oliva y boina azul hacen aquí y allá inútiles aspavientos cuyo resultado es tan solo acrecentar el cerco de sudor que ennegrece sus uniformes. Tocan el silbato como posesos en vano intento de llamar la atención.

El cuello de botella es la “pasarela de los guardianes” de la antigua entrada sur a la ciudad de Angkor Thom, construida allá por los tiempos de doña Urraca, y que seguro que en estos siglos nunca tuvo tanto gentío intentando entrar. Nuestro coche, como el resto, avanza centímetro a centímetro y eso me permite ver con detalle los rostros grotescos, pétreos, de las estatuas de los guardianes. Son unas moles que representan a docenas de dioses y demonios, cabezones de miradas terribles jugando a la soca tira en memoria del famoso mito del batido del océano de leche de la tradición hinduista. Según el mito, el batido duró mil años para, con la ayuda de la tortuga Kurma, un avatar del dios Vishnú, conseguir extraer el néctar de la inmortalidad.

Y mil años es lo que tardamos en recorrer los escasos cien metros de estatuas hasta la puerta. Se alarga interminablemente el tiempo para cada tramo recorrido en el espacio y la sensación de retraso se apodera de nosotros como una tortícolis, aunque está claro que todos, dioses, demonios y mortales, vamos a llegar tarde a la cita.

Los vehículos que nos rodean van repletos de un pueblo inquieto. Camionetas abiertas, *tuk-tuks*, furgonetas, motos y bicis acarrean una masa de jemeres de piel canela con ropajes variopintos. Rostros color café en todas sus variantes con el brillo del tueste por el sol que bruñe desde siglos a estas gentes del agro. Mujeres de nariz chata y unos

pómulos salientes que acrecientan la tragedia de la mirada que se adivina tras cada par de ojos siempre negros, siempre tristes y acuosos. Ojos de los que todavía no se ha ido el espanto.

Miro a una abuela de cabeza diminuta, como un trofeo jíbaro, que chamulla en su boca desdentada algo a una niña encaramada a lo alto de una camioneta que se cae a pedazos.

Hay de pronto una agitación rara, como si alguien hubiera dado la orden de desembarco.

La niña salta de la carlinga y se une a muchos otros que, hartos de la espera, inician la ruta a pie. Algunos llevan niños desnudos en los brazos, con sus huesos tiernos y diminutos, de una liviandad de gurriato. Las escuálidas jemerres visten una desmelenada mezcla de estampados y colores en camisetas, jerséis, pijamas y faldas de tonos ya pasteles, ya chillones. Algo tan de moda en las recientes pasarelas de Dries Van Noten, el gran modisto de Amberes.

Durante un rato largo, docenas de mujeres engalanadas con ese gracejo que otorga la pobreza, pasan por esta pasarela de los guardianes que se convierte en una desarrapada alusión, tan cerca y tan lejos a la vez, de los pases primavera/verano 2010 del diseñador belga que muestra aquí en el trópico también, las “contradicciones y gustos dispares que conviven en el armario de la mujer contemporánea”, como define *Vogue* a Van Noten.

Pasa la riada de gentes sorteando los vehículos parados y muchos, al llegar a nuestra altura, acercan la nariz al cristal, como si quisieran mirar en una pecera a los peces, que somos nosotros. Veo así cientos de ojos profundos que nos escudriñan y mi mente acuática no puede imaginar lo que estarán pensando.

Por fin se desatasca el camino e indico al chófer que debe seguir de cerca al todoterreno de la embajada americana, que se abre paso lozano como solo ellos saben en plazas conquistadas. Llegamos así raudos a la terraza de los elefantes, la gigante plaza de armas, donde

se celebra la ceremonia, frente a lo que fue el palacio de los reyes del apogeo del imperio jemer.

Tras la ascensión de los escalones de piedra bajo un sol que lanza agujas, nos acomodan en el pabellón real construido para la ceremonia en lo alto de la terraza de los elefantes, protegido por serpientes nagas de mil años y leones míticos que dominan la plaza. El templete de madera tiene cortinajes color azafrán y amarillo y ventiladores de marca china que pendulan desde el techo para hacernos un poco más llevadero el sofoco. En los besos de saludo de rigor al cuerpo diplomático, gobierno y gentes de palacio se escuchan las excusas de las féminas por los fluidos corporales incontrolables: la adherencia del sudor en cada mejilla, las diminutas gotas que ornan el bigotillo de las damas.

—Uy, perdona, es que tengo la cara empapada.

—Claro, con este calor...

Varias princesas hacen un corrillo. Nos cuentan las cuitas interminables entre la familia real y el protocolo del partido en el poder, el *Cambodian Peoples Party* o CPP. No presto mucha atención a la larga lista de agravios que relatan la profunda inquina de los gobernantes hacia todo lo que rodea al palacio.

Es momento de hacer una pequeña referencia a la loca historia de la joven democracia jemer. Tras las primeras elecciones después de la caída de los Jemerres Rojos, en 1993, y durante cinco años, el príncipe Norodom Ranariddh, uno de los hijos del rey Norodom Sihanuk y líder del partido monárquico, con nombre nada ecónomo en adjetivos, FUNCINPEC, *Front Uni National pour un Cambodge Indépendant, Neutre, Pacifique, et Coopératif*, compartió el poder como “Primer Primer Ministro” con el actual jefe de Gobierno del CPP Hun Sen, que era entonces “Segundo Primer Ministro”. La cosa funcionó relativamente bien hasta que se ahondaron las diferencias que desembocaron en un golpe de Estado en el cual Hun Sen se hizo con todo el pastel y de

“Segundo Primer Ministro” pasó a “Primer Primer Ministro”. Y así la inquina entre CPP y los monárquicos sigue hasta hoy.

—Nos han puesto todo tipo de trabas para venir, lo tienen controlado todo. Hasta hemos tenido que mandarle mensajes en secreto a nuestro hermano el Rey para ultimar detalles de esta ceremonia —dice apenada la princesa Arún.

—Claro, como este año son la princesa Ponita y el príncipe Veakchiravuddh los que protagonizan la ceremonia están que trinan —responde la princesa Moni.

—Pues me han comentado que puede que ni les pongan la sombrilla real a los dos, lo cual, aparte de la solana que cae, sería ya el colmo del agravio —apunta la princesa Sorya.

Dejo el corrillo del *¡Hola!* local y me aparto un momento del cuchi-cheo real para disfrutar de la imponente plaza de armas. Como si se me hubiera abierto una puerta descubro desde mi atalaya la excelsa ciudad de Angkor Thom, capital del imperio, que llegó a albergar un millón de almas. La generosidad con los espacios de este escenario que nos acoge me recuerda qué diminutos y efímeros actores somos, apenas motas minúsculas entre tanta piedra antigua.

Se me acerca un tipo de piel curtida como una momia y que va vestido de blanco impecable, zaragüeles, zapatos, camisa y un bello blusón de gasa abierta con adornos dorados a la altura del bíceps. Su coleta me indica que es uno de los brahmanes que dirigen en la ceremonia y que está, como todos, a la espera de la llegada del monarca.

—Espléndida explanada —le digo para iniciar un diálogo que se me antoja intenso mientras quedo fascinado por sus ojos de tortuga centenaria.

—Sí —responde escueto el brahmán y sigue mirando en lejanía.

Se hace un largo silencio que no me atrevo a romper mientras unas gaviotas de aguas de interior revolotean graciosas entre nosotros y la masa jemer que espera.

De repente, como un oráculo, sin dejar de mirar al infinito, el brahmán empieza a hablar.

—Tcheu Ta-kuan era un viajero chino que visitó este reino en 1296. ¿Sabe usted que comenta en unas jugosas crónicas sobre los jemerres varias ceremonias en este mismo teatro?

—No sabía. No.

—El monarca jemer aparecía en aquellos tiempos, oscuros, sí, pero de gloria del imperio, protegido por una cohorte de medio millar de guerreras de bellos torsos desnudos, armadas con lanzas y escudos. Nobles, ministros y diplomáticos asistentes montaban sobre lomos de elefantes que, en inmensa manada, cubrían esta explanada que lleva su nombre —y el brahmán hace un gesto con su mano huesuda extendida recorriendo el paisaje—. Eran ceremonias que incluían por las noches fuegos de artificio con petardos gordos como sapos y durante el día, luchas de cerdos salvajes y de elefantes. Estos eventos podían durar quince días. Presiento, amigo extranjero, que el boato y el sentido del tiempo han sido recortados de forma irreparable por las sociedades modernas.

Como soy yo ahora el que guarda un silencio sepulcral ante la andanada del relato, continúa.

—En una de las crónicas, Ta-kuan relata una vivencia personal de hondo significado. No lejos de la puerta este de la ciudad, se encuentra el viajero chino con un corro de gente alrededor de un bárbaro jemer que se hallaba fornicando con su hermana pequeña, piel y carne y cuero pegados, a la vista de todos. Se desarrolla el incesto, en ayuno total, como una suerte de batalla ritual durante tres días hasta que la pareja muere enlazada. Lo que muestra, para nuestro visitante chino, cómo los jemerres somos capaces de utilizar de formas bizarras la potencia sobrenatural del santo Buda. ¿Usted qué opina?

Intento pensar en alguna perogrullada sobre la potencia sexual, el incesto o la perspicacia china y solo balbuceo un “*pufffff*” de aire

desinflando los mofletes. El brahmán me corta en seco el soplido con una última aportación.

—En las descripciones de los habitantes de este reino, Ta-kuan nos define a los jemeres como “bárbaros del Sur: toscos, feos y muy negros”. Pero que sabíamos, ya entonces, lo que era un príncipe.

Se da media vuelta, con un quite muy taurino, y se va con las gasas flotando tras él, con la urgencia del que ha recordado que se ha dejado algo en la lumbre.

Y es que se anuncia con gran boato la llegada del rey Sihamoni. Los altavoces repiten su título completo como un largo mantra: *Preah Kārūna Preah Bat Sāmdech Preah Bâromneath Norodom Sihamoni Nai Preah Reacheanachakr Kampuchea*, que en sánscrito hace referencia a todas las virtudes de sacralidad, de compasión, de fétido, de valentía, de grandeza y otros caracteres más menudos que definen su real figura.

Los jemeres siguen sabiendo, como decía el brahmán, lo que es un rey. Desde la atalaya en la que nos encontramos se observa un peculiar movimiento de gentes. Recuerda, cada personaje, a esas películas de los principios del cine donde todos se mueven a una velocidad mayor a la habitual, como si les hubiese dado un baile de san vito. Mas, si esto se multiplica por las decenas de miles de súbditos que buscan ahora la mejor posición para ver a su rey, la coreografía es excelsa. Se mueve la masa como si una gran matrona se hubiese puesto a sacudir el mantel después de la comida. Entre el barullo se distinguen pinceladas naranjas de los hábitos de los bonzos que no han podido resistir a la marabunta que les rodea y ofrecen lunares de toronja en el manto del gentío en movimiento. Una inmensa jotilla de Aroche a mis pies.

Sube el Rey al estrado y nos saluda a todos con su sonrisa seráfica. La ceremonia del Surco Sagrado da apenas comienzo cuando, a medio centenar de metros de altura, un helicóptero militar con la puerta abierta, por la que se deja adivinar un cañón de ametra-

lladora pesada, viene a ensombrece el ambiente con su sonido de abejorro metálico. Y a recordarnos que, en los años de la guerra del Vietnam, por todo el reino jemer salpicaron las bombas de los B-52, que dejaron tatuado de enormes cráteres el terreno y de pequeños jemerres inocentes (se calcula que unos setecientos mil muertos), las piras mortuorias.

Este año es la princesa Reasmey Ponita —a la que llaman en familia ‘*China*’, porque nació en ese país— la que va a ejecutar el surco con su primo, el príncipe Veakchiravuddh, al que todos llamamos ‘*Vic*’ y en la familia llaman ‘*Nunú*’. Es curioso cómo la familia real jemer con nombres ya de por sí complejos imita los apelativos cariñosos de la jet hispana y todos tienen su apodo, como nuestros cursi-entrañables ‘*Cuqui*’, ‘*Pocholo*’ o ‘*Pitita*’.

Van ambos ricamente ataviados con telas doradas de pies a cabeza y mientras Ponita luce muy bella con las joyas de la familia en tobillos, cuello, muñecas, pecho y pelo y aparenta más años, el príncipe luce orondo su figura adornada tan solo con una hoja verde en la oreja puesta como los lapiceros de los pescaderos.

Recuerda a su abuelo Sihanouk de joven, cuando andaba conquistando mujeres en los cinco continentes y se trajo a Jacqueline Kennedy a visitar estas tierras. Este mismo Príncipe no hace muchos días me comentaba en un club gastronómico al que ambos pertenecemos que no entiende cómo se pueden poner en los restaurantes esos filetes diminutos de apenas doscientos gramos. ‘*Vic*’ me contaba que cuando goza realmente es cuando se le pone delante en el plato al menos cuatrocientos gramos de res. Y si el filetaco sobrepasa el medio kilo, mejor. Lo redondo de su principesca figura delata que, efectivamente, goza a menudo de esos sabrosos bistecs de a medio, aunque le he visto poco por el templo de la carne en Phonm Penh: el bistró de mi amigo Armand.

Ya en plena ceremonia me percaté de que el vestido de algodón marrón claro de la embajadora que se sienta delante comienza a

mostrar una mancha oscura en el centro de la espalda fruto del sudor del cuerpo de su excelencia. Adopta la mancha unas formas caprichosas y, casi a ojos vista, va pasando de recordar la figura de dos negras bailando a la de una mariposa y rememora esos dibujos de tinta sobre papel que utilizan los siquiатras para descubrir alguna tara peligrosa en la mente de sus pacientes. Me hago a mí mismo un test de Rorschach y empiezo a atisbar la cara de un cristo sufriente con corona de espinas que aparece como una cara de Belmez frente a mí, y que ahora mueve los labios. Pestaño para comprobar que no es un sueño, pero el fin de la ceremonia supone el abandono del test, suerte la mía, ya que me empezaba a ver tan pirado como la mamá de Margarita, la niña repelente. Todo un delirio, empero, fruto del calor reinante.

Dando vueltas al hielo de mi segundo Negroni en mano veo las nubes que pelean con las ramas de la palmera del jardín en el reflejo inquietante de la piscina y mi mente sigue sudando, atada a la escena de la pareja de hermanos copulando hasta la muerte junto a los muros ardientes de Angkor Thom.

Crónicas jemeres 36. Año IV

Cobra Uno

Me toca ir a Sihanoukville, o Preah Sihanouk en su nombre jemer, o *Snooky* para los mochileros, antiguo paraíso de muchos pedófilos sin fronteras. Voy a inaugurar una turbina de energía eólica, primer molino de vientos jemer, cofinanciado con el gobierno regional de Flandes. Recuerdo un dicho andaluz apócrifo que dice “Siempre es bueno estar acompañado de flamencos” y aunque estos flamencos del norte tienen menos gracia que los calorros, no dejan de tener un puntito. Eso sí, sin mentar nunca la bicha de sus compatriotas valones.

El camino lo hago sin paradas. Cuando despierto de una cabezada, el señor La, mi chófer hoy, va atravesando raudo las planas que llevan al Sur. Es un atardecer dramático, de jirones grises y naranjas con brochazos morados, que quita el aliento. El señor La aprovecha que, gracias a la cooperación china, la carretera comienza a estar en buen estado para pisarle; cosa que hacen todos los jemer y no trae sino más muertitos jemer cada año por la salvaje forma de conducir que se estila. Un pueblo que guarda la ruralidad en el alma, que se despierta a las cuatro de la mañana con los cantos de los bonzos anda aún lejos de tener eso que se llama urbanidad. Al menos la necesaria para no desnarigarse en cada esquina.

Me alojo en el *Hotel Independencia*, un bello edificio de la época colonial que ha sido reabierto hace unos años. Es para mí uno de los rincones más relajantes de la costa y comparte con algunos lugares del Mediterráneo esa rara virtud de que en el momento que llegas, recibes un azote de olor a mar y el acordeón del tiempo comienza a tocar a otro ritmo, más pausado, más humano. Y donde se esfuma el almanaque.

Sin embargo, es un hotel que no atrae a los jemeres pues lo intuyen lleno de espectros, desde cuando el edificio, entonces en ruinas, fue prisión y campo de exterminio en los oscuros años de los Jemeres Rojos. Los jemeres creen mucho en los fantasmas y en la magia. El culebrón de este verano, en la única revista del corazón jemer que existe, “*Ciudad de Angkor*”, es sobre el caso de una mujer casada de la provincia suroriental de Svay Rieng que lleva doce meses embarazada después de hacer el amor... ¡con una serpiente! Semana tras semana se va siguiendo la lenta gestación y desvelando nuevas noticias que deben concluir con la de feliz alumbramiento en la vecina Vietnam, “dentro de unos meses”, según anuncia el avezado reportero que lleva el caso, Ratanak Ann Bun.

Volviendo al *Hotel Independence*, ayer mismo me contaba Mony, mi banquera jemer del ANZ Royal, que estuvo aquí hace un par de semanas con su amiga Sovanara, que siente mucho los espíritus. Le había convencido de alojarse en el *Hotel Independencia* a pesar de sus reticencias. Tras la primera noche, ve Mony entrar a desayunar en el comedor circular a su amiga Sovanara con ojeras hasta la barriga, los pelos revueltos, mirada de alucinada.

—Nunca debí hacerte caso Mony, nunca —repetía como posesa Sovanara.

—Pero, ¿qué ha sido?, ¿qué te ha pasado? Anda, tómate un café y me cuentas. Tranquila.

—No he pegado ojo en toda la noche, Mony —y hablaba haciendo pucheros, como niña de diez años—. Primero, el ruido del columpio

del jardín sonaba y chirriaba como si alguien se estuviera meciendo. Y cada vez que me asomaba comprobaba que se movía apenas “*ñigo, ñigo*”, pero sin nadie encima. Y no había ni una brizna de viento agitando las palmeras justo al lado. Por fin, cuando conseguí dormirme, me asalta un sueño extraño. Con unas caras flacas, muy flacas, y las tenía sobre mí. Me miraban lívidas, con ojos que se salían de las órbitas. Y sentía el peso de alguien liviano encima de mi cuerpo, sobre la sábana. ¡Qué espanto! Mira, se me pone la carne como de pollo pelado de pensarlo —y Mony acariciaba ese brazo de vello erizado tratando de calmar los gimoteos de su amiga—. Lo peor es que una vez que he abierto los ojos para salir de la pesadilla, una de las caras seguía allí sobre mi cabeza, flotando en el aire oscuro de la habitación. Y le olía fétido el aliento. Aún siento arcadas. Ha sido horroroso. Yo me cambio de hotel esta misma mañana. Eso, si no me vuelvo a Phnom Penh.

Y lo más curioso de este asunto es que Sovanara en jemer significa “Sueño”.

Bajo a la playa del hotel cuando el disco del sol, como una moneda de cobre chileno inmensa, se cuela hacia el mar, descenso de la tramoya. El cielo, recortado a tijera por unas islas grises, anuncia el bota-fuego de las puertas de Pero-botero. Hacen de figurantes docenas de barcos de bajura que salen hacia el Sur en lenta procesión, como escarabajos negros deslizándose en unas olas ahora cobalto, ahora rojas. Una pareja de japoneses hace fotos, cada uno con su cámara, en silencio. Tan solo un par de veces él le pide a ella, flaca y de negro, que pose. Ella, haciendo mohínes, se pone delante un segundo, junta las manos o inclina la cabeza, antes de seguir disparando su *Minolta*. A lo mejor, luego en casa se enseñan las fotos y se cuentan cada uno su viaje.

Ya más tarde, en mi cuarto, me indican que llegó la hora de ir a la cena oficial. Bajo a la recepción donde me esperan los prebostes fla-

mencos que han venido, como yo, a la inauguración. Tras años de vida bruselense estimo que no es difícil de distinguir al flamenco de otras etnias humanas. Su inconfundible color sonrosado, una cierta afición al chascarrillo y el color pajizo de pelo los hacen inconfundibles. Especialmente si están rodeados de jemerres, como es el caso. Charlamos de banalidades como boxeadores que se tantean en los primeros asaltos. Al hablar de personajes y lugares comunes descubrimos, una vez más, que el mundo es un pañuelo, el pañuelo de un *clochard*.

En el lugar de la cena nos esperan las autoridades provinciales y locales y hasta un ministro del ramo. Me presentan al resto de los flamencos asistentes que tienen todos nombres de ciclistas centroeuropeos, como Wim, Rudy, Eddy o Rik. Nos sientan repartidos en una mesa larga con más de una treintena de comensales. Con empeño de gaviotas hambrientas damos buena cuenta de unos cangrejos de la costa, tipo la nécora gallega, aunque más desvaída. Se hace un silencio roto solo por el cric-crac del cascar de patas y caparazones de los crustáceos. Las risotadas comienzan luego en ambas esquinas de la mesa donde sientan habitualmente los subalternos y lugar donde se cuecen siempre los mejores chistes. El ministro a mi izquierda come con parsimonia, ensimismado en una pinza de cangrejo. Mustio. No logro arrancarle más de dos palabras seguidas. Sin embargo, recuerdo enseguida la palabra talismán: Golf.

Como toda la élite gubernamental asiática que se precie, se vive también en tierra jemer un furor por el deporte de las bolas y los hoyos. Se desata el ministro en explicaciones de sus últimas partidas, de cómo gobierno, empresarios y mandamases varios buscan denodados una partida con el primer ministro que puede resolverles un asuntillo y de paso abrir las puertas al engorde de sus caudales. Mi ministro anda por desgracia entre los de hándicap más alto y por ello lejos de los favores que otorga ser competidor válido en el campo del honor. Me cuenta que por ello se ha comprado, por apenas unos

cientos de dólares, una colección completa de DVD para mejorar su *swing*, asegurar los *putts* y fortalecer otras facetas de este noble deporte. Y pasa horas y horas desmenuzando cada fotograma para conseguir subir un peldaño más en la montaña del poder.

—Y dígame, Excelencia, ¿su señora no se le queja de que pase tantas horas frente a la pantalla con sus vídeos de golf?

—Querido amigo —me dice con un guiño cómplice—, mi señora es una de esas que llaman “viudas del golf” —y sonríe malicioso, pueril.

Tras la cena, el ministro se despide hasta la inauguración en el puerto y varios de los que andaban por la zona de gallinero de la mesa, con bastante juerga YA en el cuerpo, ofrecen tomar algo. Me apunto, como siempre, hasta a un bombardeo.

Salimos en comitiva. Atravesamos la plaza de Vimean Tao Meas o de los Dos Leones Dorados, que rodea una gran estatua compuesta por una pareja muy kitsch de refulgentes felinos. Según por donde encares la plaza, se diría que están copulando o, si entras por la otra, que están peleados, algo muy común asimismo en las parejas humanas.

Tras girar a la izquierda dos veces, la alegre caravana se adentra en un espacio ancho donde aparkan en batería los vehículos. Atisbo al fondo un edificio de dos plantas algo oscuro entre frondosas ramas y flanqueado por unos toldos como sacados de una peña de la Real Sociedad de San Sebastián. Las baldosas a cuadrados rojos sobre fondo amarillo marcan cuatro pistas bien definidas sobre las que nos acercamos la enmarañada comparsa como en la salida de una carrera atlética de los mil quinientos. Entramos, los flamencos y yo, escoltados por dos probos funcionarios del ministerio en un local presidido por un gran rótulo, que oculta la vegetación, “*Cobra Uno*”.

El nombre y la presencia de joviales señoritas en la puerta me llevan a pensar que vamos a gozar de aspídica compañía. El subtítulo “*Karaoke*” me lleva a suponer, también, que vamos a ejercitar nuestras dotes canoras.

En la entrada nos da la bienvenida una pléyade de muchachas enclenques, como si las tuvieran solo a yogures, con las manos muy juntas al estilo jemer, los ojos melosos, sonrisas que buscan ser enigmáticas. Son como una legión, flacas como puñales, la mitad vestidas de colegialas, como esas de los sueños eróticos de tantos japoneses y las otras vistiendo los más variados conjuntos que da la palustre moda local.

La crisis que vive el planeta ha afectado de lleno a la incipiente confección industrial jemer y ha llevado a unas ochenta mil jóvenes obreras del textil al paro. Después de saborear las mieles agris dulces del empleo asalariado y una cierta libertad de elegir, tan solo un porcentaje mínimo de ellas decide volverse al pueblo con la familia. Saben que allí les espera el cultivo del arroz o sacar a pasear a los búfalos de agua en un vano intento de un Rapto de Europa jemer. El resultado es este, un enjambre de doncellas que nutre locales como el “*Cobra Uno*”.

Pasamos cual *dirty dozen* a una sala amplia, como un salón marroquí, con asiento corrido en tres de las cuatro paredes. La cuarta pared no es nada teatral y está ocupada por la descomunal pantalla del *karaoke* junto a una puerta que da a un baño que visito enseguida y que está lleno de cables, como si fuera el aseo de una ferretería. El cabecilla flamenco, que hace de Lee Marvin para esta docena, nos aconseja sentarnos y dejar espacios libres para las jóvenes que van a acompañar nuestras cantilenas. ¡Qué estrategia el tío!

Se presentan primero un grupo de uniformadas, como si toda una clase de bachilleres del Colegio Corazón de María de mi barrio hubiese venido a servirnos abundantes cervezas *Angkor* en unos cubos metálicos con hielo. Mientras saboreamos el frío amargo de la cerveza nos pasan unos libretos como de cantante de ópera con hojas plastificadas. Se divide la lista de canciones del *karaoke* en idiomas, inglés, japonés, coreano y jemer, lo que da la señal de lo postinero

de la clientela del local. Hojeo páginas y páginas en orden alfabético sin interés y descubro que, será mi incultura musical de la canción anglosajona, la inmensa mayoría de los títulos no me dicen absolutamente nada: “*Wabash Cannonball*”, “*Wagon Wheels*”, “*What Will You Do With Me*”, “*Wait For The Magic*”, “*Wait’till The Sun Shines Nellie*”, “*Waiting For A Girl Like You*”, “*Wake Me Up Before You Go Go*”... “¡Ah, vaya! esta sí que la conozco”, pienso para mis adentros. La de veces que habré brincado en las fiestas con este go-go de los *Wham*, del fumeta del George Michael (recuerdo que fue la primera banda occidental en tocar en China allá por el ochentaicinco, robándole el show a los mismísimos *Queen* de Freddy Mercury, pues parece ser que la imagen de este último asustó un poco a los dirigentes del partido. Quién sabe si, gracias a ellos, la China comunista comenzase su rumboso cambio de imagen a los ojos de Occidente).

Me sacan de mis disquisiciones político-rockeras el sonido de unas palmaditas de la madame, una regordeta con cara tan grasienta como de pocas bromas, que hace entrar en fila india una cuadrilla de jóvenes de compañía. Se ponen en semicírculo no menos de una veintena de mozas cortadas por el mismo patrón, excepto una muy flaca que pone morritos pues se sabe la más alta y la más guapa. Mueven los hombritos arriba y abajo siguiendo la canción que suena en la sala. Con sus caras y sus uñas repintadas dan una imagen algo patética y me traen a la mente, no sé por qué aquella película maldita de Herzog, “*También los enanos empezaron pequeños*”.

Uno de los flamencos abre las hostilidades y llama a la flaca a su vera. Le siguen uno tras otro los demás, que atraen con gestos de subasta y remolinos de manos al aire los cuerpos manejables de las mozuelas. Se van rellenando los huecos con movimientos de traseros de gallinas ponedoras; y como tengo la noche filmica, me zambullo en aquella escena hilarante y memorable de “*Amarcord*” de las mujeres montando en bici (y el cura inquiriendo “*Tu, te tocchi?*”). Aunque

estos potos diminutos carecen de la voluptuosidad eterna que gozan las aldeanas de Fellini.

Al final ando tan distraído que quedamos sin pareja un flamenco desgarbado a mi derecha, que lleva la corbata atravesada toda la noche, y yo. La madame nos hace muestras estentóreas de que tomemos una decisión sobre los restos de serie que quedan, pero al ver que no estamos por la labor, renueva el elenco con otra docena de tipas calcadas a las anteriores. Alguna bosteza sin reparo a la audiencia. Hay un cierto momento de tensión mientras los emparejados hablan ya a espuestas con sus acompañantes. Al final la madame desesperada, brazos en jarras, nos pide que decidamos y yo le digo que, no, que elijan ellas. Acto seguido la doña toma la iniciativa y a una de las uniformadas, que acaba de llenar mi vaso, la sienta casi de un empujón a mi izquierda y a otra, algo más rellenita, a mi derecha, para que acompañe al de la corbata al bies. Asunto zanjado.

Se inician entonces los cantos del *karaoke*. Uno de los flamencos, un tipo orondo con pinta de charcutero, jaleado por los funcionarios jemerres en su esquina, se lanza con una horrible versión del “*Spanish Eyes*” que chirría como cien grillos en una lata oxidada. La audiencia ríe desmadrada mientras las imágenes del video muestran ridículas escenas de una tipa ensoñadora dando saltitos junto a un riachuelo, con más pinta de *yonki* indochina que de mujer latina.

La colegiala me sirve cerveza aplicadamente y me mira lánguida, quizás por el poco caso que le hago. Y es que el espectáculo de los tentáculos flamencos sobre las esforzadas trabajadoras jemerres resulta un ballet muy singular. Es como una partida de pulpos Paul dando buena cuenta de un plato de *moules-frites*, el plato nacional belga.

Tras un “*Guantanamo*” que cantamos a coro como en los autocares del colegio, se lanza el tal Rik por *country*, con éxitos de Kenny Rogers, tan pegadizos. La verdad que el tipo no lo hace mal y se nota que lleva años batiendo los *karaokes* a lo largo de la geografía jemer: es

él quien en la puerta me informó de sus asiduas visitas al “*Cobra Dos*” en Phnom Penh y el “*Cobra Tres*” en Siem Reap.

Mi colegiala me tira del brazo reclamando algo de interés y de pronto me suelta en su inglés de barra de bar:

–*ai laik iumoch.*

–¿Cómo dices? –pregunto algo asustado por la iniciativa repentina de mi párvula.

–Digo que me gustas, mucho –dice en un inglés muy jemer y baja la barbilla mientras me abanica con sus pestañas postizas.

–Eso se lo dices a todo el mundo, ¿no?

–Ay, no –y me da un cachete cariñoso en la espalda –. Es verdad, me gustas mucho.

–Ah, sí. Qué bien, y ¿qué te gusta de mí? –pregunto para difuminar el tema.

–Bueenoooo, todo. La chaqueta, las gafas, el pelo, la cara. *Evlithin.*

–Interesante –y me quito la chaqueta, pero la pongo a mi derecha, que quien evita la tentación, evita el peligro, según decía una tía abuela mía de Serón, tierra de jamones.

Está el gordo Karel arrasando con la lista completa de éxitos del *country*: una acaramelada “*Lady*” a la que sigue un más que potable “*Sweet dreams*” y un arrastrado “*Danny Boy*” en la versión de Johnny Cash. Sin embargo, ya se está haciendo pesadito y pedimos un cambio de tercio. Se siguen así una serie de temas manidos de The Beatles y otras bandas blanditas.

Mientras tanto, los dos funcionarios jemeres hacen mutis por el foro con sendas muchachas. La colegiala a mi lado me ha cogido la mano y me doy cuenta de que la tengo fría. ¿Estaré nervioso? Pero no me lo parece. Quizás lo que esté es ansioso por salir al ruedo y cantarme unos temas. Pido el libreto y paso páginas y páginas hasta toparme en la M, con “*My way*”. Esta es la mía. Escribo el título en uno de los papelitos que nos repartieron antes.

Suenan los primeros acordes y el tipo de al lado, sin que nadie se lo pida, agarra un segundo micro y se lanza a cantar conmigo, muy desafinado, lo que produce una versión desastrosa. Con lo que yo he sido con este temazo, que bordaba Sinatra, y verme ahora envuelto en este desaguizado. Abandono a mitad del tema.

La colegiala me recorre el brazo izquierdo arriba y abajo como si fuese a sacarle brillo. Me raspa con unas uñas largas pintadas con diminutas flores amarillas y naranjas según la moda local de fantasía.

—Tienes una piel muy blanca, ¡qué suerte! —Y pone su antebrazo junto al mío.

Ya sabemos que, en estos lares, se muere por una piel paliducha, mientras que en nuestro Norte, de inviernos hostiles, la gente busca la mínima ocasión para tostarse. Incongruencias de la raza humana.

—A mí me gusta el color café —le digo. Lo toma como un cumplido y me da de nuevo con la palma abierta en el hombro. Intuyo en su mirada que cree que vamos haciendo migas, pillando confianza, iniciando una amistad, vaya.

No obstante, la que está al otro lado me pide ahora conversación, aprovechando que el que me destrozó mi “*My way*” se ha ido a evacuar las *Angkor*:

—Habla conmigo. Dime algo.

—Ah, vale. Por ejemploooo... ¿Qué libro te estás leyendo?

Pone una cara como si le hubiese hablado en suajili.

—Digo —e intento vocalizar bien —: ¿qué libro estás leyendo? —Y hago con las palmas abiertas hacia el cielo el universal gesto del libro abierto y el de pasar páginas.

—Ah, *buk buk*. Sí, espera —e levanta como un muelle y sale corriendo por la puerta.

Me pregunto si se traen libros al tajo, qué intelectuales. A lo mejor he minusvalorado la capacidad intelectual de estas señoritas. No pasa un minuto, reaparece por la puerta y se sienta ufana de nuevo

a mi lado. Me alarga un librito, del tamaño de un misal, de “*D&D - Drinking and Dining in Sihanoukville*”, la guía completa de bares y restaurantes de la ciudad, que dan gratuitamente en todos los establecimientos de hostelería. La chica se da por satisfecha al haberme traído “lectura” y yo doy por concluida la conversación.

Pido más cerveza para distraer a la colegiala que como hormiguita me sigue midiendo el antebrazo y tras hojear el libreto escribo “*Love me tender*” en otro papelito.

La coreografía de la sala va cambiando, adoptando formas distintas. Nuestro Lee Marvin ha usado su derecho de pernada y hace ahora carantoñas a la flaca que se estira como una cigüeña acosada en una esquina, pero sin dejar de sonreír. Al poco salen también de la sala en búsqueda de lugares más tiernos y oscuros. Hay movimiento.

Antes de que empiece mi tema doy el segundo micro a mi colegiala para estar seguro de que el tipo de al lado no me haga otro desastroso dueto.

Me lanzo entonces a una interpretación lenta, íntima y suave del éxito eterno del rey Elvis. Sin estridencias, muy medido, casi susurrando las frases.

—For-my-darling-I-love-youuuuuuuu-and-I-always-willlll...

La colegiala de mi amor, a la que miro a los ojos, muy teatral, en algún verso, se ha quedado alelada y tiene el micro agarrado como un cucurucho de helado que se le derrite en las manos sin que se dé cuenta. La regordeta del de la corbata chueca se ha dado la vuelta y mira ensoñadora con ambas manos bajo la barbilla.

Acompañado de los coros del *playback*, casi en volandas, me lanzo a la segunda estrofa con un poco más de carne en el asador. Varias de las colegialas han dejado de servir cervezas para escuchar atentas. Me gusto, me recreo en los finales de cada frase de forma engolada.

Las palabras *heart*, *fulfill*, *always-will*, *mine* o *time* las siento salir largas, eternas, vibrantes. Son como verónicas a cámara lenta, cuyos

significados quedan flotando en el aire. Mi colegiala pestaña como posea y acaricia el micro, aunque sigue mirándome la piel del antebrazo que en su éxtasis debe ver ya transparente.

Suenan unos aplausos, pocos pero sinceros, por parte del personal local. Y noto que ya no tengo las manos frías y que las orejas me arden.

Y como no está bien regodearse con el éxito, que es efímero y traicionero, me despido de los flamencos con un adiós rápido “hasta mañana en el puerto” y lanzo un beso desde la puerta a la colegiala que se queda con un mohín de sorpresa en la boca y los párpados caídos cuando la veo de soslayo al atravesar la puerta hacia el pasillo y la calle.

Esa misma noche, en el hotel, me echo a dormir tras anotar, divertido, los retazos de esta crónica. De repente me aborda una pesadilla en la que estoy durmiendo y mi hermano se sube encima de mí y, mientras farfulla cosas ininteligibles, intenta mordirme el lóbulo de la oreja izquierda. Cuando la situación se me hace realmente cargante grito:

—¡Luis!

Y me despierto de un brinco en la soledad de mi cuarto del *Hotel Independence*, donde se cuele el sonido liviano, “*ñigo-ñigo-ñigo*”, del columpio en el jardín.

Crónicas jemeres 37. Año IV

Estamos en Battambang

Cuenta la leyenda que, hacia el año 1000, un mayoral de vacas, Dambang Kranhong, llamado así porque usaba un bastón (dambang) de una madera muy fuerte del árbol del Kranhong para conducir su ganado, estaba un día preparando el arroz. Al no tener nada para removerlo, utilizó para ello su bastón. El arroz se volvió negro de repente. Extraño augurio, pero como tenía un hambre feroz, se lo comió todo de un golpe. Pronto sintió que le sobrevénía una fortaleza impresionante, y lo pudo comprobar al conseguir arrancar varios árboles de cuajo.

Como estaba aburrido de trájinar con el ganado, con su nueva fuerza de gigante, se dirigió al Palacio Real, con el fin de hacer realidad un viejo sueño que tenía: proclamarse rey. Mató al monarca y a toda su familia, con excepción del hijo mayor, Bramm Kıl, un muchacho algo esmirriado, que se le escapó y que se refugió en el bosque con unos monjes.

Pasaron los años. Un día, el rey Dambang Kranhong decidió consultar sobre su hijo recién nacido a su astrólogo. El augur dijo: “Tu reino no ha de durar más que siete años, siete meses y siete días. El hijo del rey que asesinaste vendrá y tomará para sí este reino”. El Rey se sentía poderoso, siempre protegido por su viejo bastón de Kranhong, así que respondió: “No le temo a nadie. Y ya que quedan sólo unos días para la profecía, si llega alguien que quiera usurpar el trono, le lanzaré mi bastón

para matarlo. Y si no lo consigo, entonces abandonaré mi reino con mi familia". El día señalado por el astrólogo apareció Bramm Kıl. Estaba igual de flaco, pero vestía unas ropas suntuosas que le había proporcionado un brahmán a la salida del bosque. Antes de que llegase, Dambang Kranhong le lanzó su bastón como había anunciado, pero éste le pasó por apenas un dedo encima de la cabeza. Antes de irse al exilio en Laos, el Rey destronado pidió al nuevo soberano que allí donde había caído su bastón, fundase una ciudad en su honor. Y así lo hizo. Por ello, esta ciudad se llama en jemer Bat-Dambang, literalmente "donde se perdió el bastón". La estatua gigante del rey Dambang Kranhong con la ofrenda de su bastón es lugar venerado y visita obligada en la entrada de la ciudad.

I

Estamos en Battambang, invitados por Kike Figaredo, el jesuita asturiano que tan profunda labor está realizando desde hace un cuarto de siglo con jóvenes jemerres mutilados por las minas antipersonal y las bombas de racimo. Es su cumpleaños y la fiesta, con varias docenas de chicos y chicas, discapacitados o no, bailando primero un bello espectáculo de danzas apsaras y luego pop camboyano, dura hasta más allá de las once, cosa que aquí se considera bien entrada la noche. Mientras cae el crepúsculo, la música compite con los mantras de la pagoda que está justo en el terreno de al lado.

La eterna sonrisa de Kike se pasea toda la noche entre los asistentes y se multiplica por mil ante tanta felicitación; se le ve hoy más que feliz, entre estos chavales, a muchos de los cuales levantó virtualmente de arrastrarse por los suelos en los mercados de los pueblos pidiendo limosna. Los que con la explosión de la mina perdieron las dos piernas van en unas sillas de madera, muy básicas, con tres ruedas, hechas en los talleres que tiene el centro. Y se percibe que se ha abierto una ventana de dignidad y esperanza para algunos de los

que más sufren en esta tierra jemer tan dada a la tragedia. Lo que no es poco.

Tomamos un café vietnamita con ese sabor tan propio, amargo y rasposo, casi de salitre, cuando pregunto:

—¿Y no es difícil explicar a los jóvenes cristianos jemeres lo de la Trinidad? —Yo recordaba para mis adentros aquella memorable escena de *“El Milagro de P. Tinto”*: “Yo lo del padre y el hijo bien, pero lo de la paloma no lo veo, no lo veo”.

—Mira, eso no es ni siquiera un tema de conversación. Es mucho más complejo lo de la reencarnación, que la gente asume como parte de su cultura más profunda. Una hermana, que lleva muchos años en esta congregación, me confesaba hace poco: “yo cuando decís lo de que hay que hacer el bien en esta vida, pues es la única vida, y que el Señor nos examinará al final de ella, me digo por lo ‘bajini’, ‘Sí... ¡ja!’, porque sé que a mí me quedan todavía un montón de reencarnaciones para servir a Cristo y seguir haciendo el bien antes del nirvana”.

II

Estamos en Battambang y nos acercamos a Phnom Sampeou, “La Montaña Buque”, en jemer. Un imponente cerro de piedra caliza y forma de barco que navega solitario, con sus más de cien metros de altura, en verdes mares de arrozales. Venimos en varias motos, las motos taxi, liderados por un recio chavalote que nos dice: Bienvenidos, me llamo Sothana, pero todo el mundo me llama Tony. E intuyo que será por lo fácil para el turista medio anglosajón de acordarse de ese nombre aunque, para el hispano, no es fácil que se escape su nombre real sobre todo por el regodeo que puede crear, con tan eclesiásticas connotaciones.

Tony viste vaqueros y chanclas y luce una camiseta roja con letras blancas —de esas que causan furor en estas tierras búdicas— que reza

en el frontal: “*Same Same*” y por detrás “*But different*”. Toda una filosofía de vida en estos lugares donde poco se inventa y todo se copia.

Hacemos el trayecto de unos doce kilómetros atravesando pueblos y arrozales. Es todavía época del trasplante del arroz; se ven familias enteras trabajando con el espinazo doblado, como uves invertidas, y con el fango hasta las pantorrillas. Traen de los semilleros las pacas de plántulas y van trasplantándolas en sus campos inundados una a una, con paciencia y deslomes infinitos, bajo un sol apenas tapado por unas tímidas nubes. El resultado de tanto esfuerzo, unido al ambiente, es uno de los mejores granos fragantes del mundo, el arroz de Battambang.

Para llegar a lo alto del Sampeou hay que subir sus setecientos siete escalones. Yo los escalo a tramos, según mis trabajadas rodillas y mi aliento me permiten seguir, aunque mis churumbeles han salido en estampida hacia lo alto y parecen casi volar sus ágiles figuras adolescentes. Se pega la camisa al cuerpo de tal forma que ya, como solución al misterio de esta santísima trinidad, solo formamos uno: el sudor, el algodón y mi piel.

En lo alto de la nave-montaña la vista se pierde en el horizonte plano y me da una impresión de descomunal maqueta (dice un proverbio chino que la maqueta más perfecta es la de escala 1:1). Si no fuera por la solidez de la roca se diría que nos estamos trasladando, lento crucero por los mares de arrozales. En lugares estratégicos de lo alto hay varios cañones abiertos de cureñas que apuntan al camino, para recordarnos que la atalaya ha sido usada en un pasado no muy remoto para algo más que para hacer navegar la espiritualidad y la fantasía.

Seguimos a Sothana al templo budista donde, nos dice, se venera una reliquia de unos huesos de Buda traídos desde Sri Lanka. Junto a unas estatuas muy *kitsch* de la vida de Siddhartha, dos monjas rapadas y desdentadas nos reciben con sus hábitos blancos y grises a la puerta de la pagoda y nos conminan a leernos la buenaventura frente

a la reliquia. Vamos pasando uno tras otro. Nos ponen en una mano y sobre la cabeza un grueso libro alargado, de tablillas en acordeón con tapas de madera, escrito en sánscrito. En la otra, un palito en punta que hay que introducir entre sus páginas. El texto así elegido lo recitan las monjitas como un cántico y les salen disparadas también algunas salivas en su apresurada lectura.

A Carlota le anuncian, claro, que conseguirá lo que desee en esta vida. Yago entra en la página que le advierte que un rey llegará y le otorgará ayuda y consejo. Por fin Ana y yo, y no es la primera vez que nos pasa, caemos, entre ciento, los dos en la misma página: riqueza, que tendremos muchos protectores y también numerosos sirvientes.

No hemos salido del encanto de los augurios, cuando Tony nos anuncia que lo más importante de la montaña son las cuevas. Y que mejor ir cuanto antes pues el cielo ha comenzado a llenarse de nubarrones color hormiga y empieza a levantarse ese viento en rachas que presagia la tormenta.

Pasamos por la parte de atrás de la pagoda a un escarpado acceso a la primera, la más pequeña, donde se halla, rodeada del aparataje habitual de ofrendas, colorines y banderolas, la estatua de un Buda dorado en posición de tumbado con una mano sujetando la cabeza y con esa sonrisa de estar muy a gusto en el frescor de la gruta.

Seguimos el periplo para adentrarnos en una inmensa cueva, como un anfiteatro, con un gran agujero en el interior como una chimenea desde donde se ve el cielo y el ramaje de los árboles a lo alto, mecidos por el viento. Se cuenta que desde allí arrojaban los Jemereros Rojos a sus víctimas, por lo que se denomina aún hoy “la cueva de la muerte”. Nos explica Tony que es lugar muy sagrado y que tiene un espíritu de la caverna muy activo. Sin ir más lejos, unas semanas atrás un primo suyo, a pesar de las advertencias de no realizar actos obscenos en lugar tan solemne, se arriesgó y vino a hacerse unos arrumacos con su novia al final del atardecer, cuando no hay ya



nadie en las cuevas. El espíritu los sacó de allí con visiones y ruidos espectrales. La chica desde entonces está en cama con fiebres y pesadillas terribles y su primo tiene unos dolores de cabeza permanentes.

—No se debe jugar con la moralidad de los espíritus —sentencia Tony-Sothana.

La tercera es más inquietante aún. Al acercarse a lo oscuro de la gruta, se percibe el rebullir del nervioso aleteo de los muchos murciélagos que la habitan y que, a esta hora, están apenas despertando de su letargo. Al llegar la caída del sol van saliendo en grandes bandadas y llegan a juntarse varios miles de ejemplares que sobrevuelan la montaña como un río negro dibujado en el cielo; hacen de estandar-te al buque y se esparcen hambrientos por los campos de arrozales en busca de sus bocados.

Al bajar, como advirtió Sothana, nos cae el chaparrón. Como una palangana rebosante que se vaciase, el cielo descarga sus nubes en goterones pesados y fríos que atraviesan como velas de hielo. Si las primeras aguas incluso se agradecen, las siguientes hacen daño y dan tiritera, con lo que nos lanzamos a tumba abierta como si el descenso del Tourmalet se tratase. Alzo en un momento la vista y veo docenas de libélulas negras que, en un extraño juego, esquivan las gotas y sobrevuelan nuestras cabezas y la ladera de la montaña. Sin esperar a preguntarme el porqué de ese vuelo de diablura, las dejo zigzagueando, como comadres que hablasen entre ellas un idioma que no entiendo.

III

Estamos en Battambang y nos acercamos al “Tren de Bambú”, que utiliza la vía que une la ciudad con la capital jemer y por la que pasa, si es que pasa, solo un tren de verdad por día, cada madrugada. En un cruce de caminos, junto a unos galpones abiertos y destartala-

dos que venden frutas y verduras algo pocas, está la improvisada estación. Varios grupos de jemerres se arremolinan alrededor de sus plataformas de bambú a la espera de clientes.

Los trenes o *norrys*, de un solo vagón, consisten en una palestra, de unos tres metros por dos, hecha de rústicas tablas de bambú y que hace de habitáculo; dos juegos de ruedas, con aspecto de pesas de gimnasio, sacadas de carros de combate abandonados; un pequeño motor con unas gomas que se unen a las ruedas de atrás para dar impulso y un palitroque que acelera el artilugio. Simple y, sobre todo, muy movable. Mientras apalabro unos miles de rieles por el trayecto de ida y vuelta hasta la siguiente estación, dos ayudantes del maquinista montan como un mecano el ingenio y un zagal, que no levanta tres palmos de suelo, arranca el motor con una guita muy gastada, con los ademanes de un grumete con un motor fuera borda.

Nos sentamos en nuestro *norry* donde han echado unas esteras y comienza, con un pequeño hipo del motor y un ligero traqueteo, el milagro del transporte. No alcanza mucha velocidad el invento y a cada tramo de vía, mal engarzada con la siguiente, damos unos botes que hacen retumbar la columna y descolocan la glotis. *Eppur si muove!*

Tchiki-tchak Tchiki-tchak Tchiki-tchak.

Sin embargo, basta alzar la vista sobre los arrozales, de verdes brillantes por el chaparrón caído hace apenas media hora, para sentir la plenitud del movimiento, la magia de atravesar el espacio en volandas, cual si fuéramos a la vez chasis y pájaro, conquistador y monje.

Las reglas del juego nos las han contado con claridad jemer, pero pronto caemos en la cuenta de cuán simples y serias son: el tren con más pasajeros y mercancías tiene prioridad sobre los demás. No tardamos en vivir en propia carne el penoso espectáculo de tener que bajar todos, acarrear ruedas, motor y plataforma a un lado y dejar pasar otro tren que viene de frente. Al pasar el *norry*, con parsimonia,

veo que puede transportar a todo un villorrio: un par de familias enteras con un enjambre de niños colgando, unos de las tetas de sus madres, otros de los laterales, un racimo de varias gallinas boca abajo atadas de las patas que miran muy dignas desde su cautiverio, varios muebles y sacos blancos apilados atrás.

Pese a esto, es gratificante cruzarse a un par gruesas turistas australianas que exhiben unas piernas del color de los carabineros cocidos por debajo de sus pantalones cortos, a causa de este traicionero sol tropical. Tienen que pujar con ruedas y toda la matraca, y se las ve cansadas, en su triste minoría viajera, por haber realizado el movimiento tropecientas veces ya en lo que va de tarde.

Pasamos un puente, donde el maquinista frena la marcha. Debajo, varios niños bañan sus desnudos cuerpos menudos y de orejas de soplillo que recuerdan a aquellas imágenes en blanco y negro de las películas de Joselito, donde el pequeño ruiseñor cantaba y cantaba, rodeado de la flacura renegrida de aquellos años.

Tras varias paradas de lo más variopintas frente a *norrrys* repletos de obreros del campo, monjes y hasta militares sin graduación, llegamos a la estación donde hay que dar media vuelta. El personaje que hace veces de jefe de estación es a la vez alcalde del pueblo, cantinero y representante del partido en el poder. Es un hombre corpulento vestido de yogui, de grandes bigotes en un país donde no se estilan los mostachos, y que habla un inglés aceptable. Nos pregunta mil cosas del viaje, como si llegásemos del transiberiano y no del pueblo de al lado y aceptamos comprarle un refresco.

Al iniciar la vuelta tenemos casi un accidente con un tren que viaja cargado de italianos. Ríen ufanos sobre las vías y nos felicitan con fraternales abrazos, estilo Sandro Pertini, por el cetro mundial.

—Non è vero che vincere la Coppa del Mondo è una sensazione molto bella?

Y con el *Tchiki-tchak Tchiki-tchak Tchiki-tchak* de la vuelta, rodeado de la verdura eterna de la campiña de Battambang, aprieto los

dientes y me empreñan de nuevo, como una sonrisa de madre, las imágenes del gozo a raudales, desbordado, que nos bañó a todos como una ola gigante el pasado mes de julio, cuando ganamos el mundial de fútbol.

Crónicas jemeres 38. Año IV

Hallenser Sonatas para nueve asiáticas y yo

Me invita mi amiga Malis –quien haciendo honor a ese bello nombre jemer se perfuma con esencia de jazmín– a un *banquetto musicale* en su casa, en Khan Chamkarmon. La idea viene de Anton I., un flautista alemán que pasea su amplio vientre y su amor por la música por Phnom Penh desde hace varios lustros.

Mientras llego a la casa de aires *Bauhaus* de Malis me asalta Anton I., siempre efusivo, con su camisa blanca de mangas raídas, su corbata floja y unos mofletes encarnados que parece que están siempre pidiendo un trago. Malis, generosa con el *Royal Salute 38* de su padre, nos obsequia con sendos vasos, sin hielo, para escoltar la conversación. Me cuenta el flautista que el *banquetto musicale* es una invención de soberanos centroeuropeos, copiada por burgueses desde principios del Barroco. La idea es simple. Un potentado quiere agasajar a sus amigos con un ágape que será adornado por un grupo de músicos de cámara encargados de ambientar la fiesta. Dando sorbos vigorosos a su *whisky*, Anton I. se pregunta si la excusa era la música o la comilona, sin reconocer el placer que proporciona a cualquier jerarca unir ambas cosas y, además, epatar a sus invitados.

El programa de esta velada lo componen las tres “Sonatas de Ha-

lle”, por el lugar de nacimiento del compositor alemán Georg Friedrich Händel.

—Un emigrante como nosotros —me dice Anton I. —. Pasó más de dos tercios de su vida en la corte de los reyes *Georges* británicos y murió inglés... Me pregunto si moriré yo jemer.

Y le dejo pensando, sudando y libando como un poseso, con la cabeza semitorcida en un gesto muy expresionista, muy germánico, imaginando una posible muerte jemer.

Malis me introduce una a una a las nueve asiáticas.

Ella, con su hermana pequeña y una púber sobrina forman el primer trío, como la primera sonata, la más fresca y joven. Le siguen tres damas de ascendencia jemer y gentilicio de otro país: Annie, que es franco-jemer y que pasó de una infancia de vender poemas por el metro de París a casarse con uno de los vástagos de una estirpe antuerpiense dedicada a los diamantes; Mum, una chino-jemer, vestida de negro riguroso, flaca, casi transparente y nervuda como fibra óptica, que vive a caballo entre Hong Kong y este reino y que se dedica a gestionar los casinos de la frontera con Vietnam y, por fin, Vanna, que es canadio-jemer y banquera ensimismada, de visita a sus padres en sus vacaciones estivales. La tercera sonata, la más añeja, y algo pelleja, la forman la madre de Malis y dos amigas cucufatas que deciden hacer su banquete particular en el jardín.

Anton I. renuncia al primer mandamiento del *banchetto* y acepta que tanto él como Stephen, primer cello de la Filarmónica de Malasia que completa el dúo, cenén con el resto de invitados de Malis antes de ejecutar el concierto.

La cena consiste en un peculiar taller de fabricación de *nems* o rollos de primavera vietnamitas. En profusión de colores y texturas, la suntuosa mesa está cubierta de platos y bandejas que ofrecen diversos tipos de vegetales y verduras crudas, desde lechuga y menta hasta brotes de soja y champiñones varios; siguen otros con gambas, cerdo

y otra carne que no reconozco, todo cocido, pelado y deshuesado; se añaden varios recipientes con fideos chinos y otros con obleas de arroz rígidas y translúcidas; unos recipientes de agua fresca (“No, no es para los dedos: es para humedecer las obleas”, me corrige mari-sabidilla Annie, ante mi gesto de lavármelos). Completan el lienzo un sinfín de platillos redondos con soja, vinagre, picantes varios y algunos brebajes con oscuros tropezones por los que ni me atrevo a preguntar. Una paleta variada que emula aquellos inigualables san-cochados limeños preparados con arte infinito por Jeannette en casa del maestro Revilla, en su casa miraflorina.

Inicia el taller la anfitriona. Con habilidad cirujana moja la rígida oblea en agua y ésta adquiere una levedad gelatinosa en su plato. Con los palillos va posando luego vegetales y gambas y salsas y más verde, para, al fin, en un grácil movimiento de dedos y muñecas cerrar como un tríptico y envolver el todo en un rollo. Muestra orgullo-sa su obra que resulta como un bebé enfundado, un Manuelito cuya carita es el tronco anaranjado de una gamba que sobresale en lo alto.

Se desatan las hostilidades y la mesa se convierte en un trasiego de manos y palillos. Vegetales y animales vuelan de las bandejas a los platos para desaparecer como tales, en singular metamorfosis, y mostrarse revestidos, como lactantes arropados con el mimo de sus madres. Los dos músicos frente a mí, a pesar de que la destreza en manos y dedos que se les presupone por mor de su oficio, no consiguen tan bellos *nems*.

El flautista, por glotón, tiene dificultades para envolver el suyo y solo la grácil mano de Mum que le ayuda a humectar el rollo por una esquina consigue cerrar el asunto. Stephen fue muy parco en el agua y su rollo, ya relleno de manjares, se niega a envolverlos como dictan los cánones.

Mi caso es más trágico, pues no solo escojo una oblea pequeña sino que me excedo en el agua para no caer en el pecado del

cellista. Cuando intento redondear mi faena se pega la oblea a plato, dedos y palillos con lo que, mientras todos comen yo aprieto la mandíbula, aparto el aborto en una esquina y reanudo mis trabajos, ahora sí, ayudado por Annie. Con paciencia infinita, me guía maternal en los varios pasos hacia mi primer rorro vietnamita. Acompañan a la perfección unos caldos de borgoña que han aparecido en la mesa invitados a aportar la chispa necesaria para caldear el ambiente del *banquetto*.

Concluye la cena con una sabrosa sopa de tropezones de pescado. Pasamos al salón que domina un gran sofá en forma de ele donde han anidado ya las señoras de más edad, descalzas, con las piernas dobladas a un lado como estilan en la pagoda. Para evitar roces innecesarios me quedo en la parte de atrás del sofá, sentado en una silla alta cual atalaya desde donde controlo todo el salón, asiáticas sedentes y músicos al frente.

Tras hacer unas muecas para preparar los labios y dedos como atletas antes de la carrera, comienza Anton I. el primer movimiento de la noche con un golpe de cabeza que lanza a Stephen, en labores de *basso continuo*. Están uno frente a otro, separados por los atriles con las partituras. El Adagio es un asalto de prueba, donde los púgiles cruzan lentos guantes en una sierra de notas repetidas, sin buscar aún los puntos débiles del contrario. En el Allegro se enzarzan ambos músicos en una especie de persecución llevados por las notas. Se lanza aguda la flauta por una cuesta abajo como si se deslizasen mil rocas en un desprendimiento y le sigue el cellista en cada requiebro. Sin alejarse, sin tocarse, y el resultado es la danza de dos colibríes en celo.

Observo sobre las cabezas de los músicos el jardín, tenuemente iluminado. La brisa mueve apenas las ramas de los bambúes y pareciera que se están meciendo al compás de la ruta marcada por el maestro Händel. Al fijar más la atención, creo incluso descubrir que el palpar de los dedos de Anton I. sobre el metal es correspondido

por un batirse de las hojas contra los tubos de madera del bambú, como una imitación vegetal de sus movimientos.

—Eres un poeta —me dice luego con sorna Anton I., cuando se lo cuento.

Sirven al final de la primera sonata cerezas y dátiles que han cruzado medio mundo para llegar a esta velada y competir en carnosidad con las escalas barrocas y que acompañan muy bien el amargor del escocés que me han servido.

Apuntadas de forma constante por el tubo revoltoso de la travesera de Anton I., observo una a una a las nueve asiáticas sentadas. Intento escudriñar en sus movimientos, en sus rostros, en sus nucas, qué estarán pensando.

Qué puede provocar la música de un alemán escrita hace tres siglos en las mentes de una jemer que ha visto el horror disfrazado mil veces.

Cómo se puede servir un plato de barroco a mentes acostumbradas a cubrir sus necesidades de armonía musical con tan solo arroz blanco, es decir, con el ronroneo repetido de los cantos búdicos.

Qué sentirán los tuétanos de esos huesos tan frágiles de las asiáticas con esta larga línea melódica que atraviesa la médula de la flauta y fuerza el aire a adoptar sonidos.

Qué vibraciones sentirán cuando la música, tras revolotear y alzarse al techo, se estrelle a la vez en cada tímpano.

Y entonces, lo inesperado.

Se produce un extraño movimiento. Me veo lejos, muy lejos de los músicos, como cuando se mira por la parte equivocada de unos anteojos. Las notas salen ahora alambicadas de los instrumentos como gotas de elixir, lentas y sublimes, y me sube del pecho una bola de congoja plena. En un instante se inundan mis ojos y, desbordados, corren hacia abajo unas lágrimas frías que me acarician en su carrera las dos mejillas. Saben a sal y a distancia.

Comienza la tercera sonata. Una de las abuelas jemeres ha adoptado poco a poco la posición de la oración con las piernas recogidas a un lado, la cabeza inclinada y las manos juntas a la altura del pecho. Advierto que mueve el labio inferior, como el muñeco de un ventrílocuo, sin hacer ningún ruido. Se produce un revuelo en la zona de las abuelas cuando la madre de Malis y su amiga descubren a su amiga en trance. Comienzan una serie de cuchicheos, primero, y chanza más abierta luego. Al no poder aguantar la risa que arrecia, ante la mirada un poco perturbada de los dos intérpretes, se van retirando las viejas damas hacia la cocina. Descubrimos luego que todo venía porque la que parecía que estaba recitando sus mantras en efecto había entrado en postración religiosa llevada por el silencio y la música. Las otras la amenazan con contarle ese rapto extraño al abad de la pagoda de Kandal, de la que son devotas feligresas.

Termina el concierto a una hora más propia del jazz que de la música culta y se inician las despedidas. Cuando ya estoy saliendo a la calle con las últimas asiáticas, viene Malis a pedirme un favor. Su madre quiere cerrar la casa y los músicos se han atrincherado en el salón con la botella de *Royal Salute*.

Le sugiero que considere esa recalcitrante presencia como justa recompensa por el regalo que los maestros nos han hecho con la parte musical del *banchetto*.

Y salgo a la noche tórrida de Phnom Penh con un aire de Papage-no desterrado.

Crónicas jemeres 39. Año IV

Raro eros jemer

Este es un país donde todo lo relativo al sexo es extraño y no solo porque sea tabú, como en muchas otras sociedades. También porque lo erótico, el holgar festivo, se encuentra bien encerrado entre cuatro paredes. Es recóndito y huele o bien a naftalina, o bien a esencia de jazmín... según quien lo practique. Es imposible ver parejas jemer que vayan haciéndose arrumacos por la calle, apenas algunas van paseando cogidas de la mano. Y, a la vez, no existen los varones con canas, excepto la gente muy pobre. Todos se tiñen el pelo de color negro zaíno para parecer más jóvenes ante amantes y meretrices. En los colegios, cuando a las niñas les enseñan sexualidad de base, es decir la menstruación o la prevención de embarazos, los chicos son trasladados a otra clase para tratar cualquier otro tema. Quizás en parte sea responsable la demencial política del período de los Jemereros Rojos, ya que el partido, el *angkar*, decidía de forma aleatoria y siempre caprichosa sobre quién debía estar casado con quién. El amor era llanamente considerado un vicio pequeñoburgués.

Sin embargo, a pesar de que la todopoderosa mujer del Primer Ministro sigue en una particular *vendetta* contra faldas cortas, anuncios de condones y otras muestras de lo que considera que “atenta contra la cultura y la civilización jemer”, los tiempos cambian. La

aparición de nuevas tecnologías permite hacer su agosto a determinados comerciantes del sexo. Fotos eróticas para los móviles, intercambio de pornografía por Internet o la multitud de DVD que circulan son muestra de ello. Además, como siempre ante las cadenas que encorsetan, la inventiva humana no tiene límites. Un gran éxito de la canción popular jemer de los últimos meses lleva por título “*Krápeu mean tean thom*” (“El cocodrilo todavía no ha crecido”). Todo fue bien hasta que se ha descubierto que su muy ecológico título esconde la menos venerable insinuación de que “ese coñito todavía no ha conocido varón”.

Lo que sigue es un compendio de diversas crónicas aparecidas durante este mes de septiembre en varios medios de prensa local.

Que sirvan de brochazos para penetrar en este lienzo tan opaco, en este “raro eros jemer”.

El monje que filmaba porno

Tras el escándalo desatado la semana pasada sobre la circulación en los barrios bajos de la capital de presuntos videos eróticos filmados en una pagoda del sur de la ciudad, un equipo de la redacción de este diario se ha desplazado hasta la pagoda de Srah Châk. Allí hemos podido asistir a la acción de la justicia. La policía del distrito capitalino de Daun Penh ha procedido a la detención del monje Neth Khay acusado de realizar esas filmaciones eróticas en la pagoda. Liderados por el comisario Pen del citado distrito, un grupo de agentes ha conducido al monje detenido a la pagoda. Allí se ha procedido a una reconstrucción de los hechos. El monje Neth ha llevado al grupo policial a los baños santos de la pagoda. Ya en el lugar ha señalado el lugar donde había situado las cámaras ocultas, especialmente unas ingeniosamente disimuladas en los incensarios del baño, para filmar a bellas jóvenes desnudas en el momento en que realizaban sus ablu-

ciones. Tras la confesión se ha procedido a la ceremonia de despojarle de los hábitos por parte del abad de la pagoda que con gesto adusto y dedo acusador ha conminado al ya ex monje a vestirse de paisano, con camisa blanca y pantalón oscuro. Tras ello el comisario Pen ha efectuado el registro de los aposentos del ex-bonzo Neth en la casa número 1 de la pagoda y se han incautado unos ciento cuarenta discos DVD con imágenes de más de un medio millar de jóvenes, cuatro teléfonos móviles, un reproductor de DVD y una computadora cuyo disco duro está siendo analizado. Un vehículo Lexus blanco RX300 donde escondía parte del material incautado y 5.134 dólares americanos son muestra del lucrativo negocio del monje Neth.

A la salida de la pagoda de la comitiva alguno de los asistentes afirmaba que entre los vídeos filmados hay al menos cinco donde bellas jóvenes, a petición del pervertido bonzo, realizaban actos masturbatorios en el baño con unas bananas que les había suministrado, al parecer con el fin de alcanzar una mayor bendición de las sagradas aguas.

Vendió su hija a un pedófilo inglés y ahora pide clemencia

Once personas, la mayoría niños de diversas edades, al parecer todos miembros de una familia desfavorecida del distrito de Toul Kork, se han concentrado frente a la corte municipal de esta capital. Como sombras, gruesos lagrimones corriendo por sus caritas, las manos juntas pidiendo clemencia, solicitaban la liberación inmediata de una mujer de cuarenta años, que resultó ser la madre de los desdichados infantes. La mujer se encuentra bajo detención acusada de haber vendido a una hija de trece años a un pedófilo inglés. Los familiares protestaban indicando que la venta se había realizado con el fin de conseguir algo de dinero para pagar los gastos médicos del marido y padre de las criaturas que se encuentra gravemente enfermo.

Esta familia que vive en la extrema pobreza depende exclusivamente de los ingresos de la venta ambulante de calamares secos de la madre por lo que la presente detención agrava aun más las penosas condiciones de la familia. Según pudo confirmar nuestro corresponsal, Sok Navin, un joven y solidario abogado, al ver la dramática escena se prestó a defender gratuitamente a la acusada solicitando al ministerio público la puesta en libertad de la misma hasta la celebración del juicio, para así permitir que pueda seguir ocupándose de alimentar a la prole. Según informa Sok Navin no se sabe aún si los magistrados atenderán a esta solicitud. Ni la niña vendida, actualmente en una casa de acogida de una ONG francesa, ni el presunto comprador pedófilo, del cual se desconoce el paradero, acudieron a la corte municipal.

Porno en el café

La policía de Kampong Cham realizó el pasado lunes una redada en un café de la ciudad donde los clientes tenían por costumbre ver películas clasificadas X mientras consumían sus bebidas en el local. La operación que tuvo lugar pasada la medianoche, según informa Seng Thorn nuestro corresponsal en dicha ciudad, tuvo su origen en las repetidas quejas de varias vecinas del barrio escandalizadas ante el atentado a las buenas costumbres que suponían las sesiones nocturnas del café. Trece sujetos amantes del cine pornográfico fueron detenidos en la operación. El dueño del establecimiento tuvo varias fracturas, entre ellas un brazo y la cadera, al intentar escapar de la redada saltando por la ventana del primer piso del café. Ha sido trasladado al país vecino, Vietnam, para ser hospitalizado y tratado del traumatismo múltiple. La policía incautó un gran número de DVD pornográficos que fueron transportados a comisaría con el objeto de ser examinados para ser presentados

como prueba en el juicio contra el dueño del café; una vez que se haya recuperado de sus heridas. Por su parte, los trece detenidos fueron liberados tras recibir una “sesión de reeducación” dirigida por el Comisario Jefe de la ciudad.

Pistoleros en “La sombra del bambú”

Dos disparos de arma de fuego despertaron abruptamente durante la noche del pasado martes a los vecinos del barrio de Thmey de la capital. Al parecer cuatro individuos con el uniforme de guayabera y pantalón negros que suelen utilizar los guardaespaldas de las autoridades, entraron en el jardín del establecimiento Malup Russey (“La sombra del bambú”) para consumir unas cervezas. Se situaron en uno de los apartados del local dando muestras, por sus risotadas y alto volumen de sus voces, de encontrarse en un cierto estado de euforia. Tras varias rondas su actitud, desde el principio bastante osada con las camareras, fue subiendo de tono hasta pasar directamente al acoso y tocamientos varios de las aterradas servidoras de “La sombra del bambú”.

Ante la falta de respuesta de las camareras a sus pretensiones carnales uno de los guardaespaldas, en un arrebato de rabia, sacó su pistola y, después de amenazar al dueño del local y a la concurrencia, realizó los mencionados dos disparos al aire que sonaron como sendos truenos en la calma de la noche del barrio de Thmey.

Ante la llegada de la policía del barrio los cuatro individuos partieron raudos hasta encaramarse en un Toyota Prado que tenían aparcado en la puerta. La policía consiguió seguirlos en un coche patrulla hasta que, llegados a la zona residencial del distrito de Tuol Kork, atravesaron el portón de la mansión de un influyente general del ejército y la persecución tuvo que ser abandonada.

Romeo liberado tras cinco años de prisión gracias a su amada

Tras la revisión del juicio, un joven condenado hace cinco años por delito de violación a una pena de prisión de diez años por la corte provincial de Takeo, ha sido puesto en libertad por orden del juez según cuenta nuestro corresponsal provincial Khieu Sophors.

La rocambolesca historia comienza en el año 2004 cuando el joven que contaba entonces con tan solo 22 años fue acusado por los padres de su novia de haberla violado. Tras los repetidos ruegos y lloros de la hija, incluyendo un intento de suicidio, los padres retiraron la denuncia contra el joven. En la comisaría declararon solemnemente que ambos jóvenes se amaban y que por tanto el detenido debía ser puesto en libertad en el acto. Sin embargo, la corte provincial siguió con la instrucción del caso y condenó al acusado a una pena de diez años por delito de violación. Las escenas en la corte fueron de un alto dramatismo pero nada se pudo hacer para evitar la pena de prisión.

La joven enamorada siguió resuelta su dura batalla contra la calamidad, cambiando incluso de domicilio y poniéndose a trabajar como obrera del textil en un lugar cercano a la penitenciaría donde purgaba la pena su novio. Tras años de constante batallar, a pesar de la falta de medios económicos, tan necesarios en los asuntos referentes a la justicia, la perseverancia de la joven ha sido recompensada con la revisión del juicio. Por fin, los magistrados han estimado que los jóvenes se amaban y que al ser mayores de edad, los hechos juzgados no podían, bajo ningún concepto, ser calificados como violación. El joven, acercándose ya a la treintena, declaró a nuestro corresponsal a la salida del penal que su único objetivo en la vida era el de honrar la constancia de su novia con el matrimonio, el cual tendrá lugar en fechas próximas.

Estrella de Cine X a su pesar

Un joven de 21 años de edad ha sido detenido por la policía de la provincia de Kandal tras haber realizado unas filmaciones en plenos devaneos sexuales con su vecina. El joven, casado y padre de una criatura de apenas tres años, mantenía desde hacía unos meses una ardiente relación con su vecina de 17 años.

Todo estalló cuando la esposa engañada descubrió por casualidad las filmaciones del marido, en plena faena con la vecina, cuando miraba distraída las fotos guardadas en la memoria de la cámara de fotos digital de su cónyuge. En un ataque de rabia y celos la esposa se dirigió a casa de la vecina y la amenazó con hacer públicos los videos si la amante no daba por finalizada la nefasta relación con el marido infiel. Ante la negativa de esta última la despechada mostró las tórridas imágenes a varios vecinos de la localidad.

Al enterarse la ya nueva estrella de porno local de que los vídeos X estaban siendo mostrados a los ojos de los vecinos, cada vez más interesados, sobre todo los varones, presentó la pertinente denuncia en comisaría contra su amante por haber permitido que esas imágenes, que según ella atentan gravemente a su reputación, fueran difundidas.

Otro joven, amigo del marido detenido fue asimismo llevado ante la autoridad por haber mostrado los “momentos estelares” de los videos X a varios vecinos, al parecer intentando hacer un lucrativo negocio de la infidelidad filmada.

Soy joven: le juro que voy a cambiar

Nuestro cronista en la audiencia Ung Chamroeun nos relata el juicio por asesinato de Ratana, alias *Hin*, un joven apuesto y elegante, acusado de haber estrangulado con una *krama*, el tradicio-

nal pañuelo jemer, a su amante. Los hechos relatados de forma austera por el presidente de la audiencia, Sin Visal, ocurrieron de la forma siguiente.

Ratana, alias *Hin*, vivía en la comuna de Chaom Chao. Tenía alquilada una habitación junto a la de la víctima. Al poco comenzaron a tener una relación amorosa. El día del crimen, Ratana entró como de costumbre en la habitación de la ahora difunta con la intención de tener relaciones. Ella aceptó. Mas, pasada la euforia de los primeros embates sexuales, ésta paró en seco para pedir a Ratana que se casase con ella. Como no tenía intención de casarse, ya que consideraba la relación una pequeña aventura pasajera y, por temor a que la víctima entrara en cólera y fuese a denunciarle a la policía, el acusado decidió estrangularla con la *krama* que portaba.

Unas horas más tarde, cuando la tía de la asesinada fue a la habitación de su sobrina, descubrió el cuerpo inerte de la joven. A pesar de que una ambulancia trasladó a la joven a una clínica cercana, en la misma tan solo pudieron confirmar su defunción. En el lugar de los hechos hubo esa noche un gran revuelo con la policía inquiriendo a los vecinos sobre el suceso. Ratana, en medio de la agitación, se mostraba nervioso y agitado. Sudores y movimientos bruscos. Entonces un avezado servidor del orden le interpelló y, a la vista de su estado, fué inmediatamente conducido a comisaría donde reconoció el crimen.

Esto lo confirmará ante el juez:

Sí, reconozco que la maté. Pero que conste que en ningún momento la forcé a hacer el amor conmigo. Tan solo tuve miedo de que fuera a presentar una denuncia contra mí una vez que comprendió que yo no tenía intención de casarme con ella. Y lo hice tal como vino, sin pensar.

Pero mire usted, señor juez, soy joven, no tengo más que 19 años y reconozco mi error. Le juro que voy a cambiar. Voy a cambiar. Le pido clemencia para que me dé una oportunidad de reformarme sin pasar mucho tiempo en prisión.

El juez no parece conmovido por el presunto arrepentimiento de Ratana y juzga el acto imperdonable pues el resultado es que “una persona resultó muerta”. Por ello impone a Ratana una pena de diecisiete años de cárcel esperando que la condena sirva de ejemplo para otros.

Ung Chamroeun indica en el fin de su crónica que, finalizado el juicio, el rostro de Ratana, alias *Hin*, mostraba una mueca de desconcierto, cejas arqueadas acompañando una media sonrisa, inconsciente aún tanto del crimen como de los largos años de cárcel que le esperaban.

Otro adulterio arreglado con ácido

Nuestro reportero de sucesos Keo Boran nos informa del último atentado con ácido, una violenta costumbre que por desgracia se repite con extremada frecuencia en el reino jemer como método para “resolver” todo tipo de problemas ligados a la infidelidad matrimonial. El caso que nos ocupa se refiere a los problemas de una pareja en el distrito de Cheung Prey.

Los celos son el hilo conductor de esta tragedia. Srey Map, una mujer residente en el citado distrito, sospecha que su marido mantiene desde hace tiempo una relación con una damisela, más joven que ella, que vive en una casa cercana con sus dos hijos. Tras confirmar sus sospechas de la relación extraconyugal de su marido, se dirige a la amante en varias ocasiones para forzarla a romper la adúltera relación. A pesar de algunas promesas al inicio la situación no cambia y tras desechar la solución mediante el diálogo decide resolver el problema con ácido. Piensa Map, como muchas jemeres, que tras el ataque su marido no mirará más a la desdichada. Y lo que es más importante, pues incluye la venganza eterna, que la gente la señalará con el dedo diciendo: “mira, otra que quiso quitarle el marido a la legítima esposa...”.

Tras adquirir en un comercio una botella de ácido sulfúrico, que se vende por escasos 3000 rieleles (apenas medio euro) para rellenar las baterías de coches, espera la ocasión. Esta se presenta una noche que suena el móvil de su marido y este inicia una larga conversación que Map percibe como amorosa. Ciega de ira se embarca con la botella de ácido y penetra en casa de su vecina que se halla al teléfono en la cama con sus dos hijos. Tras varios insultos mutuos, Map comienza a rociar a la rival y a sus hijos por la cabeza y la cara. Ella misma en medio del forcejeo recibe en brazos y rostro numerosas quemaduras. El terrorífico ácido actúa primero como si un líquido caliente y espeso te mojara, pasa luego a arder como lava y, tras ello, se inicia el pavoroso efecto de la corrosión, cuando la piel y la carne se disuelven, se arrugan y desaparecen entre inenarrables dolores.

Tras el ataque entre aterradores gritos de dolor de los niños y de rabia y celos de las rivales los cuatro son llevados al hospital donde se recuperan de las profundas heridas que portarán el resto de sus vidas.

En la actualidad el ritmo de ataques con ácido se acerca ya en el reino jemer a la media de uno por semana, con sus espeluznantes consecuencias para las víctimas de desfiguración y mutilaciones de por vida.

Crónicas jemer 40. Año IV

Coherentemente lineal

Comunicado del servicio de seguridad de Naciones Unidas en Camboya.

En la noche del pasado domingo, hacia las 23.50 horas, una mujer que trabaja en las oficinas de Naciones Unidas de Phnom Penh fue objeto de un ataque cuando volvía a su casa de un restaurante de la capital. Tras dejar la moto-taxi que la había transportado hasta la esquina de su edificio, en el barrio de Chaktomuk, se disponía a abrir la puerta del portal cuando se vio asaltada por cuatro bandidos en dos motocicletas de pequeña cilindrada. Ante los intentos de arrancarle el bolso que llevaba con sus pertenencias y al defenderse con arrojo de la agresión, uno de los asaltantes sacó un arma de fuego y disparó a la pierna de nuestra compañera. Esta fue trasladada a una clínica cercana y evacuada rápidamente a Bangkok por avión, donde se ha procedido a operarla para la extracción de la bala alojada en su pierna. Según informaciones del hospital, la operación ha sido un éxito y la paciente se recupera rápidamente de la herida. Se recomienda a todo el personal que, ante el aumento de los incidentes de esta naturaleza, se extremen las precauciones y se abstengan de transitar por las noches en solitario.

Uno de los efectos sociales de cualquier crisis es el aumento notable de los robos y de la violencia que los acompaña y no hay fuerza que pare a los desarrapados en momentos de penuria extrema. Ante los señuelos que se cruzan ante sus ojos, éstos optan por conseguir, por la fuerza si es preciso, esos caramelitos que la sociedad de consumo

les pone ante la vista con un envoltorio en el papel que dice: “se ve pero no se toca”.

En un acto de rebeldía, o de inconsciencia, o los dos a la vez, decido salir a recorrer a pie la ciudad. Según pongo los pies en el asfalto percibo un cosquilleo que me sube por la columna y me tiemblan ligeramente los hombros. Siento por un instante la grandeza del toreo a campo abierto, allí donde la bestia está en su medio y el viejo lidiador en un ágora casi ilimitada.

Es una de esas noches tibias de enero y respiro el aire con velos de frutas dulzonas de las calles de Phnom Penh. Sin embargo, las perneras del pantalón se aferran a mis muslos como niños destetados y me dificultan la marcha. Cruzo el bulevar Norodom sorteando *Lexus*, conducidos por imberbes, amarrados con una mano al volante y la otra al móvil, con esas sonrisas idiotas y esperanzadas de los viernes por la noche.

Al llegar a la otra acera me atenaza el vértigo de andar por la calle; me doy cuenta de mi falta de costumbre de este acto tan urbano y tan simple. Intento una composición casi coreográfica de mi presencia en la acera. Recuerdo entonces unas clases de sevillanas que seguí con unos militares españoles en mis años marruecos y me digo uno, dos, tres, cuatro, para marcar mis pasos como aquellos que marcaban el ritmo de los pies en la primera sevillana. El resultado es tan inútil como entonces.

Sigo caminando decidido, pero lento y torpe, sin ninguna soltura en mis movimientos. Me siento más bien como un astronauta recién apeado de su nave en un planeta de masa diez veces la de la Tierra. Camino lerdo, sometido a una gravedad aplastante.

Mis tarugos pasos me llevan a la plaza del monumento de la Independencia donde una fauna nocturna singular ocupa los amplios espacios. En un lado, bajo árboles frondosos, varios agentes de los Tigres Voladores junto a sus motos reglamentarias, preparan unas improvisadas hamacas entre las motos y los árboles. Son sin duda

escoltas del premier que tiene la Residencia frente al insigne monumento. Me miran raro, acaso por mi andar de pato extraviado, y sonríen cuando les inclino la cabeza en señal de cortesía y doy un traspíe con una baldosa levantada. Es la eterna gracia del tropezón, universalmente reconocida como motivo de mofa y de la que abusan los payasos mediocres o en decadencia.

Sigo mis pasos circunvalando la glorieta y bajo unas banderas de la Casa Real, un grupo de jovencitos discute en voz alta con ese pitido peculiar de la lengua jemer. Están en esa edad en la que cuando uno termina de hablar escupe en el suelo como para acentuar con el lapo la frase soltada. Lo hacen asimismo los futbolistas, como muestran los primeros planos de las retransmisiones televisivas, tras una jugada que no terminó en gol. Y cabe preguntarse si el hecho de la ausencia de escupitajo en los goles es síntoma de la plenitud de marcar. O si, al contrario, es el salivazo que acompaña a toda jugada lejos del área o a la ocasión fallida, al igual que los gargajos de estos jóvenes, una señal de pretendido aplomo pero que esconde una cierta inseguridad adolescente.

Tras pasar por ese trozo de acera sembrada de ‘pollos’ de los ‘pollos’, deambulo un rato sin rumbo fijo hasta que me topo hacia el Sur con la milla de oro de los bares, la calle 278. Es un espacio de remembranzas malasasñeras, donde se agolpan uno tras otro en un rosario etílico bares y restaurantes de diversa calaña y nombres, como “*Talkin to a Stranger*”, “*My Lien*”, “*Elsewhere*”, o “*Equinox*”.

Hacia este último dirijo mis pasos, atraído por el cartel que anuncia

Equinox Presents:
PHNOM PENH
HiPPiE
ORCHESTRA

El cartel es un dibujo sobre fondo marrón tirando a morado con una antigua furgoneta Volkswagen blanca y azul celeste, la mítica *Bully* de los *hippies* de los '70, de donde salen los mástiles de un contrabajo, de una guitarra eléctrica y un trombón de varas. Toda una declaración de intenciones que me invita a entrar.

Subo la angosta escalera al primer piso donde se arrebujaba la banda frente a unas docenas de feligreses del sonido *hippie* que se mueven posesos con un ritmo zíngaro que llena el momento.

El espectáculo parece sacado de otra época y sobre todo de un incierto lugar.

Componen la variopinta orquesta una flautista larguirucha y desgarrada cuyo instrumento parece una continuación lógica de sus huesudos brazos; el clarinete está en manos de un joven jemer al que he visto a veces en hoteles tocando para comensales que no escuchan ni una nota de su música; un guitarrista calvinista con coleta rubia que desgrana unos punteos muy finos con su acústica; una japonesa hierática que toca el chelo con primor de cuarteto de cámara entre la orgía de movimientos que la rodea; dos jemerres cincuentones que tocan la mandolina y la bandurria y acercan sus caras con presbicias ojeadas al atril donde comparten partitura; un ruso con bombín blanco de plástico toca la balalaika con la fiereza de Pete Townsend; un acordeonista de piel muy oscura y origen indefinido, podría ser indio o etíope o polinesio, tropieza con todo con sus largos movimientos en el exiguo espacio asignado a la orquesta. Completan el lienzo un batería con pinta de seguidor del Celtic de Glasgow que toca la caja con unas baquetas de fortuna hechas de hatos de finos palillos de pincho moruno y, por fin, el líder del grupo con el violín eléctrico y que aunque trabaja en la cooperación alemana en el parlamento camboyano, hoy viste de fantoche con bombachos, chaleco y gorro de chamarilero sacados del atrezo de la película *“El ladrón de Bagdad”*.

La prole danzante es un nutrido grupo de jóvenes con aire de cooperantes que calza sandalias, viste prendas amplias y camisetas con recado y luce todo tipo de colgantes, como si acabase de venir del rastro. Se ensortijan en la danza, *hippies* del siglo XXI atrapados en Phnom Penh. El líder de la banda presenta ahora un tema, “*Djelem Djelem*”, del gran Šaban Bajramović, el rey de la música gitana de los Balcanes. A pesar de unos bellos y sinuosos párrafos del clarinetista, esta orquesta postiza se encuentra a años luz de llegar a la fuerza desgarradora de Šaban, maestro venerado de la música trágica y profunda del pueblo romaní. Sin embargo, en el ritmo cadencioso, como una lágrima que cae lenta por la mejilla arrastrando penas, se intuye al joven Šaban, aquel que, para ver a su novia, desertó de la mili en el ejército yugoslavo de mediados de los cincuenta, lo que le acabó costando más de cinco años en el célebre penal de Goli Otok, la “isla calva” del Adriático.

La parroquia no ha gustado de la música del rey de los gitanos y la banda se lanza a algunas composiciones más fáciles, que recuerdan algo al Casatschok, para pastorear a este público que encuentra ahora un motivo para ponerse a saltar como colegiales adolescentes. Hace un calor infernal en la sala que se ve acentuado por los movimientos ahora ya frenéticos de la plebe. Se elevan voraces por los aires efluvios diversos entre los que se adivina el de algún sobaco al que no le ha llegado el agua en unos días. Encuentro un poco ridículo todo este festejo de tierna alegría, algo falsa, aunque percibo dos poderosas razones para mi sentimiento: que es viernes noche y que tengo el doble de años que la mayoría de los fieles de la banda.

Opto por subir a la terraza siguiendo unas piernas doradas por la escalera de metal como de barco mercante. Me atiza en lo alto una bocanada de frescor que ya estaba necesitando. Al beber el brebaje que me han preparado en la barra, ahora ya sin el ansia del ambiente tórrido de abajo donde el primero lo he ingerido de un trago, me

percato que me han dado un garrafón infame, aunque no se le puede pedir mucho a un cubata de *havana club* por dos dólares con cincuenta.

Allí me encuentro con algunos paisanos, miembros del colectivo hispano que nos comunicamos por Internet con el nombre común de “paellaparatodos”, aunque el único que organiza paellas donde está invitada toda la exigua colonia hispana en tierras jemerres es el que firma estas crónicas. Los paelleros y paelleras presentes son gentes de diversos oficios: veterinarios, psicólogos, farmacéuticos, agrónomos o especialistas de género, todos sin fronteras. Una nueva colonia hispana, tan distinta de aquella que tomó el país al asalto desde las Filipinas en el siglo XVI y que, sin apoyo esta vez de la Corona, rellena esos vericuetos laborales que ofrece esta Asia en efervescencia.

Un compatriota de Donostia, que está metido en publicidad para empresas jemerres, anda muy chamuscado por la falta de imaginación y osadía en los productos audiovisuales que le encargan. Cuenta con sorna y tristeza el amor por el busto parlante y los lugares comunes en los pedidos de sus clientes.

—Si es una empresa de pescado, se niegan a algo que no tenga simplemente agua, unos peces y unos barcos. Punto. Conceptos como la alegría de la nutrición, el poder del fósforo para los cerebros de los jóvenes o la belleza de las variedades biológicas de la mar les son ajenos, incomprensibles —me cuenta con pasión de artista que ve brochazos en el aire según va hablando.

Acabado el concierto de los ‘jipis’ surgen entonces las eternas filosóficas cuestiones de los grupos humanos que pueblan la noche: “¿Habéis cenado?”, “¿Dónde vamos ahora?”, “¿Ha estado alguien en el nueva disco *“Pontoon”*?”, “¿Dónde se ha metido Yolanda?”, “¿Has venido en la moto?”, “¿Quién es ese que está con Silvia?”, y muchas otras aún menos profundas.

Por fin se impone el criterio de lo clásico y nos dirigimos en una caravana de *tuk-tuks* a un lugar que nadie conoce, pero que es uno

de los grandes tradicionales *after-hours* de la calle 51: El “*Zeppelin*”, la cueva del rock de la capital jemer.

Es un local dedicado al *rock and roll* con la solemnidad de un templo. Por su decoración se diría que con una peligrosa tendencia hacia las hermandades *heavy metal*. Pero por los temas que se oyen esta noche son más cercanos a las sectas de la psicodelia de los setenta. Y nos recibe, en efecto, el mismísimo “Rey Carmesí”, King Crimson, lo que me hace echar en falta los efluvios de pachuli del bar “*Crimson*” de mi barrio en Madrid, donde tantos perdimos el virgo en forma de tránsito “VJ-JP”, de Víctor Jara a Jimmy Page.

Está decorado el “*Zeppelin*” con una gran bandera sudista con un texto escrito en chino, docenas de pósters, cuadros y recuerdos, memorabilia de todos esos grupos: Iron Maiden, Metallica, los Zeppelin, por supuesto, y en gran profusión, de los pintarrajeados KISS. De este grupo neoyorquino hay curiosamente en el local todo tipo de *souvenirs*: fotos del grupo y de sus miembros por separado, una vieja guitarra, una cortina japonesa con las máscaras pintadas y, sobre la barra en una estantería, lo nunca visto: un grupo de muñecas rusas Mamuschkas que representan a los integrantes de la banda, cada una con su maquillaje y su vestimenta blanquinegra. Como si hubieran lanzado la “gran quincena de KISS en el *Zeppelin*”. Tiene el bar además una decoración singular y agradable a la vista, con baldosas blancas y negras en damero, muy KISS también, y unos butacones de los sesenta con reposabrazos de madera y tapizados de la época.

Pero lo que hace realmente grande al “*Zeppelin*” es un chino de Taipéi, su dueño y eterno pincha discos. Y es pincha en sentido literal, ya que tiene una colección de varios miles de vinilos que rodean por tres lados su altar pecera al fondo del local, desde donde otea como un viejo águila roquero las evoluciones del público en la sala. El formoseño tiene una cara rechoncha y blancuzca, con ese tono y textura que suministra una dieta con exceso de cerdo fresco y

ausencia de sol. No cambia de gesto ni aunque le maten y con soltura de cura viejo en su misa pone y quita discos de los platos como hostias negras de un ritual, una vieja liturgia repetida cada día.

Suena ahora “*L.A. Woman*” y sin ingerir sustancia alguna, se me abren ciertas puertas de la percepción.

Me veo rodeado de jóvenes que brindan con tequila en grupo como autómatas de gestos marcados, el lengüetazo de sal, golpes secos de muñeca para ingerir el néctar, el agrio del limón en los entrecejos.

Hay a nuestro lado un tipo americano, ya en la tercera edad, al que le tiemblan mucho las manos, acompañado por una flaca fulana jemer con pinta de heroinómana que le lía unos cigarrillos o acaso canutos bajo la mesa. Fuman ambos con la fruición del que se está suicidando lentamente.

Un trío de gruesas rubias en la mesa del fondo, bajo el altar del páter chino, gesticula desencajadamente con unas copas de vino *chardonnay* australiano, ajenas al mundo fuera de su sólido triángulo.

Las ajetreadas camareras, diminutas y algo desarrapadas (a diferencia de la mayoría de los “*girlie bars*” de la zona, se anuncia el “*Zeppelin*” como un bar NO de chicas), sirven sin parar copas de unas botellas que, por sus etiquetas desgastadas, muestran toda una vida de dedicación al vaciado y al rellenado.

Las puertas se me cierran al cambiar el pincha a algo que podría ser Yes. La misa ha terminado.

Ya en el *tuk-tuk* que me lleva a casa, alguien me susurra al oído que la tienda de libros de Jimmy Page en su momento más esotérico de Londres, cuando tocaba con los Led Zeppelin, se llamaba “*The Equinox Booksellers*”, lo que me provoca una tibia sonrisa por lo coherentemente lineal que ha resultado la noche.

Crónicas jemerres 41. Año V

El yantar de los “Choncheat”

Entre los numerosos países llenos de encantos que atraen justamente a su suelo a los extranjeros amantes del pintoresquismo y el folklore, existe uno —muy poco conocido por desgracia— cuyo interés supera al de muchas otras regiones.

Aislado hasta nuestros días a causa de las grandes dificultades que ofrecen sus vías de acceso...

Tintín y El Cetro de Ottokar. Syldavia. Por Hergé

El viaje desde la capital jemer a la provincia más lejana y nororiental del país, Ratanakiri, lleva diez largas horas por carreteras de mil baches y caminos con diez mil brincos. El paisaje de esta época seca es ceniciento y por tramos hay que poner los faros antiniebla por el espesor de la polvareda. El terreno, sediento, amarillea por doquier y a menudo se tizna de mapache por la quema de rastrojos. Tengo por delante una semana entera de visitas a las aldeas de diferentes tribus de las montañas. Lugares remotos y aislados, enclavados hasta por la historia, en los que se cuenta que hasta los Jemereros Rojos pasaron de lado de estas tribus indígenas de Ratanakiri. Se llaman a sí mismos “Choncheat”, o gentes de las tierras altas. Durante el viaje leo varios informes sobre ellos (tribus de nombres que resuenan: los Kreung, Brao, Tampuon, Lun, Jarai...).

Me topo así con el atávico tema de su alimentación, lleno de bellos y antiguos tabúes en ese rico universo de nutrición que ofrece la selva. Y me veo como a bordo de un aeroplano que pareciera conducirme a una extraña y selvática Syldavia.

Los Kreung

Hace muchos años, una niña de la aldea de Tong Bling salió de mañana al bosque a buscar unas verduras y hierbas para la comida. Sin embargo, en la inmensidad de la selva la niña se extravió. Y caminó perdida durante horas y horas buscando la manera de volver a casa. Exhausta y atemorizada, llegó a la orilla de un gran lago. Allí se dispuso a reparar su sed y su cansancio sin saber el peligro que la acechaba, pues a la orilla de dicho lago habitaba un gran cocodrilo. El viejo saurio, al ver a la niña, se relamió los afilados colmillos y se imaginó el banquete que se iba a dar con sus amigos a costa de la infeliz. Dicho y hecho. De un salto se abalanzó sobre la desprevenida pequeña y la llevó hasta su cueva. Allí, al fondo de la guarida la dejó, abandonada y paralizada de terror. Mas, en la completa oscuridad de la húmeda cueva, la niña comenzó a oír unos extraños ruidos, “ris-rás ris-rás”, en el techo. Era como si alguien le enviara señales desde fuera. Pasó un rato y la niña, inmóvil, miraba de reojo el lugar de donde provenía aquel monótono “ris-rás ris-rás”, en lo más alto. De pronto, se abrió un agujero en el techo y entró un rayo de luz naranja que atravesó la cueva entera. Por el agujero descubrió la niña con deleite que asomaba la pata de un pollo salvaje que seguía horadando con sus patas la tierra alrededor. Sabedora de que allí estaba su salvación, la niña sacó fuerzas de flaqueza y se encaramó por las paredes justo cuando se anunciaba, por la entrada de la cueva, el terrorífico arrastrar de las patas del cocodrilo y de sus amigos. Una vez arriba, ya a salvo por el agujero de su libertad, miró la niña al desalmado cocodrilo y a sus amigos, que movían las fauces con gestos de enfado por el manjar perdido. Al ir a dar las gracias al pollo salvaje por su liberación, este le espetó:

—Si no hubiese sido por mí, ahora mismo estarías siendo devorada por el viejo

cocodrilo. Y dime niña: ¿cómo vas a hacer para agradecerme que te haya salvado?
—Pues ya que tan bondadosamente me has ayudado, te prometo una cosa: que
nunca, nunca más, comeré pollo salvaje.

Y es así como los Kreung no volvieron a comer pollo salvaje.

Nos alojamos en la capital de Ratanakiri, Banlung, en un hotel llamado “Terres Rouges”, construido en lo que fue la antigua Residencia del Gobernador. Como los tiempos cambian, el *lodge* se autodefine hoy como del estilo “*etno-chic*”. Los dueños franceses han logrado que los huéspedes, arropados por la madera de las estancias y descubriendo estatuas totémicas por los jardines de orquídeas salvajes, se sientan más cerca de las apuestas estéticas de *Coté Sud* o *Marie Claire Maison* que en la capital de la selva. Tierras rojas, de viejos volcanes que vomitaron sus entrañas, nos van a acompañar todo el camino y teñirán la ruta de retazos de albero, color de pereruelas.

Salimos temprano a visitar las aldeas. Estamos hoy invitados a una ceremonia en un poblado Kreung llamado La Ork. Sorprenden nada más entrar los cerdos de raza vietnamita bajitos y tripudos. Sus lomos, a manchones de colores rosa, negro y blanco, como vacas enanas, tienen una curvatura extraña que acerca sus barrigas al suelo y que facilita el acecho a la ubre materna de los jabatos sedientos.

Dejamos los vehículos cerca de la casa de reuniones en el centro mismo de la aldea —la “sala”, como la llaman los jemeres— y me detengo maravillado ante dos construcciones diminutas en un lateral. Se trata de dos casitas, del tamaño de una tienda de campaña, hechas sobre pilotes como las del resto del poblado, a base de madera y cañizo trenzado. Una se eleva esbelta a unos cinco metros del suelo y la otra, justo al lado, a algo menos de la mitad. Se trepa a ellas por unas escalas estrechas de madera. Pregunto a Tep Borin, nuestro guía, por esas raras construcciones, como torres de vigía de película de indios. Me cuenta que se trata de las estancias para los prometidos que se van casar.

—Es una tradición de Choncheat. Cuando una pareja de jóvenes se enamora y van a contraer matrimonio, quieren estar juntos. Para que puedan estar cerca por la noche y hablar de sus cosas, dejan la casa de sus padres y van a vivir a estas casas donde están juntos.

—¿Y dura mucho eso? —pregunto, pensando en esa libido adolescente suspendida en las alturas.

—Todo lo que sea necesario, a veces hasta que aparece otra pareja que quiere casarse.

Hay otras aldeas donde las quinceañeras tiene sus propias “cabañas del amor” donde reciben a sus amantes imberbes, sin tabú alguno, hasta encontrar al que realmente aman. El resultado es que la tasa de divorcios y de violencia conyugal entre los Kreung se acerca a cero.

Y me percaté de que entre estas gentes de las montañas, tan naturales como lejanas de nuestros ritmos locos, ciertas cosas acaecen simplemente cuando les llega la hora, provocadas por un orden superior, cósmico, que va más allá de sus deseos individuales. Como el fruto de la papaya madura que cae a tierra sin saber ni cuándo ni el porqué.

Subimos por la escala de madera a la amplia sala. Está presidida por una columna en el centro con una descomunal defensa de búfalo de agua de más de un metro de envergadura entre sus macizos cuernos rizados. A medida que ingreso, se hace un silencio reverencial. No menos de doscientos Kreung, la mitad de la aldea, se hallan sentados en la sala. Me acomodan frente a ellos mirando los cuernos del búfalo con mi comitiva a mi espalda. Hace una temperatura excelente. Estas zonas de altura ahuyentan los calores del trópico y se respira un aire quedo y fresco hasta en esta abarrotada sala.

Se hacen los discursos de rigor con su interminable retahíla de traducciones del inglés al jemer y de este al kreung y vuelta atrás en un lento bamboleo. Me dedico a observar a los Kreung que tengo enfrente. Todos serios, circunspectos. La primera fila la ocupan una

decena de niñas que visten con la tela tradicional, de color rojo vivo con motivos geométricos y de animales, enrollada a la altura del pecho, que dejan sus brazos de canela al aire. Llevan el pelo adornado con una corona de flores de frangipán, la embriagadora plumería de aromas que recuerda algo al esperma y algo al vino añejo, con sus carnosos lóbulos blancos y su cuello amarillo. Tienen las jóvenes miradas de ojos grandes y despiertos, que parecieran buscar respuestas.

Son las vírgenes danzantes.

Tras ellas se encuentra una decena de varones que viste taparrabos de largas telas de color negro que cubren bien por delante, pero que dejan sus fibrosos cachetes al aire. Lucen collares de conchas diminutas y raíces de colores y se engalanan con bandas rojas en la frente y alrededor del brazo derecho. Distingo caras muy antiguas, como de caballeros madrileños de principios de los cincuenta, dotados de aquella gravedad que daba el vivir en un franquismo aún en edad adolescente. Los más mayores tienen mil arrugas y miradas profundas que les confieren un aspecto severo y solemne. Junto a cada uno, colgado al costado, hay un gong de tamaño diferente, dotado de un sonido, de una nota.

Son los músicos.

Completan el cuadro las docenas de Kreung que se sientan muy quietos, con las piernas dobladas frente al pecho, la barbilla apoyada en las rodillas y que evidencian así una flexibilidad de las articulaciones que yo no poseo. Docenas de ojos me miran de manera divertida, acaso por mi occidental anquilosamiento que me obliga a cambiar de postura cada poco.

Al ser invierno visten todo tipo de ropas de una amplia paleta de colores y muchos hombres llevan dos camisas superpuestas. Son sus pies como maquetas de montañas, cincelados de andar descalzos. Pies de color ocre plagados de grietas como el barro seco. Una mujer mayor tose con una tos ronca, cavernosa, y devuelve mi vistazo con

una mirada infinita entre legañas rocosas que me deja un escalofrío en la columna.

Tras los agotadores discursos anuncian que la música va a comenzar y la sala empieza a tremolar. Acercan al centro un gran tambor con forma de barril de resquebrajada piel de búfalo cuyos toques de atención producen una vibración seca y honda en el aire, como latidos de la tierra. Reculamos hasta los confines de la sala mientras vírgenes y músicos se disponen en dos filas sucesivas, compactas, con los hombros muy pegados. Comienza entonces una música tan sencilla como cautivadora. Los gongs de diferentes tamaños son golpeados con parsimonia por los músicos, alternativamente, en lento staccato, y crean una melodía que sube y baja en sus tonos, como si navegaran en olas livianas. Un pequeño violín tradicional, hecho con dos palos en forma de ele y con una sola cuerda, saca su ronca resonancia de una lata diminuta, como las de tomate frito.

A una voz del que dirige, las vírgenes entonan un canto suave, susurrado, mientras empiezan a bambolear brazos por delante como un oleaje rojo y café que culmina con una palmada al unísono, cada tres pasos. La entonación del canto y el ritmo de los gongs van subiendo de su cadencia de forma imperceptible, así como el remar de las danzantes. Y es cuando va tomando más viveza, y se empieza a sentir un cierto estado de catarsis en el ambiente, por lo que varias vírgenes nos invitan a unirnos a la danza. Me cuesta seguir la armonía y llegar a dar la palmada a tiempo, hasta que me doy cuenta del triste papel que estoy haciendo tan concentrado en nada. Entonces me abandono al compás que sigue ascendiendo ya imparable. Me baño virtualmente en esta ola de sonidos que nos empapa a todos los presentes y disfruto como un niño de la ingravidez de la situación.

Pasados los momentos de armonía danzarina, con ecos de algún gong flotando todavía en la sala, salimos al sol del mediodía. Tep Borin, también en trance, me explica cómo este pueblo está haciendo

grandes esfuerzos para recuperar la música y las letras antiguas que son glosas de amor al bosque y de profundo respeto a los espíritus que protegen a la comunidad. No le hace falta revelarme mucho más, pues salgo virtualmente henchido de orgullo Kreung y con ganas de besar algún tronco de árbol, aunque me contengo.

Damos, antes del almuerzo, un paseo por la aldea. Junto a una casa de la parte alta unos adolescentes preparan fanfarrias y adornos para un festejo. En largas cañas de bambú, de unos cinco metros de altura cuelgan trenzas de vegetales con forma de doble cruz bizantina donde penden de los brazos sendos matojos de fibras, como colas de caballo. Se trata de una familia que quiere agradecer un ramalazo de buena suerte entre tanta miseria y lo celebrarán mañana con el sacrificio de una res. El ágape reunirá a todo el pueblo. Me narra Tep Borin que los adolescentes Kreung preparan toda la parafernalia y aliño para trasladar después al animal hasta una especie de palloza de sacrificio. Allí el matarife le cortará los tendones de las rodillas a la vaca, pata a pata, para que no rebulla. Luego le ensartará una afilada lanza de bambú en el corazón. Apoyados contra un muro, hay otros gruesos troncos de bambú, de casi un metro de largo, tubos huecos, anchos como puños, que se rellenarán de carne aderezada con hierbas y se cubrirán de rescoldos para hacer los rudimentarios hornos para asar.

Este ambiente de inmolación ritual me hace recordar a la última secuencia de *“Apocalypse Now”* y al personaje del coronel Kurtz, interpretado por aquel Marlon Brando surrealista, henchido por el poder sobre la vida y la muerte en el calor ebrio de estas selvas en el corazón de las tinieblas. Recitando con parsimonia de viejo bonzo: *He visto un caracol. Se deslizaba por el filo de una navaja. Ese es mi sueño, más bien mi pesadilla, arrastrarme, deslizarme por todo el filo de una navaja de afeitar. Y sobrevivir.*

Vietnam está a una media hora de coche de esta aldea y aquella guerra, tantas veces filmada, a tan solo unas décadas de distancia de nuestro ahora.

Nos llaman a comer con un gong oxidado y gangoso que cuelga en la puerta de la sala. Sentados sobre unas esteras alrededor de las vituallas, nos ponen delante unos recipientes de verdes mimbres con un arroz blanco pegajoso como cola densa para pegar papel pintado. Acompaña este sempiterno arroz a una serie de platos con vituallas de colores nada apetecibles del marrón claro, al oscuro y al negro. Estos últimos son palitroques como mantis religiosas tostadas aunque el alimento, de sabor agrio y poderoso, resulta ser parte del reino vegetal y no insectos. Otras fuentes ofrecen hojas pecioladas de formas diversas: dentadas, lobuladas, lanceoladas o acorazonadas; unas marinadas y otras frescas, como si fuéramos a dar una clase de botánica. Colocan ahora más tarritos: con salsa de guindillas, una crema ácida de corazones de palma y algo que me dicen que es bambú joven marinado con una especie de vinagre. Tímidamente voy probando hojas y mojando mis bolas de arroz en las diversas salsas. Mis papilas dan respingos en la lengua diciendo “¿pero esto qué es?”, ante esta profusión de sabores tan raros, tan marcados, algunos simplemente repulsivos. Todos distintos.

Por suerte pasamos a celebrar la ceremonia del vino de arroz.

Como todo pueblo del mundo tiene su propia fuente de dopaje, cada familia Choncheat produce su vino de arroz que comparte feliz con sus vecinos. El mejunje se elabora en una vasija de barro de forma de tinaja de unos veinte litros que se llena de hierbas, arroz con su cáscara, cortezas de ciertos árboles y hasta hojas de tabaco. Se rellena luego de agua y se deja fermentar unas dos semanas hasta conseguir este elixir que ahora vamos a inaugurar. Para ello, los abuelos de la aldea, y me incluyen a mí, no sé si por viejo o por diablo, realizamos una especie de *conxuro* girando unos palitroques sobre el líquido, alrededor del cuello de la vasija. Murmura cada uno su copla, y yo repito en alto: “*Mouchos, coruxas, sapos e bruxas*”, que es lo único que recuerdo de la *queimada*.

Una vez terminada la ceremonia, introducen en la tinaja una larga caña por la que por turno vamos sorbiendo el brebaje que recuerda de lejos al *sake* japonés, algo más contundente en el sabor y con retazos a madera. Damos varias chupadas de la caña cada uno, limpiándola tan solo con un ligero frote entre el pulgar y el índice. Y cuando parece que se vacía el recipiente, ponen agua de nuevo y vuelta a beber. Recuerda esto a unas bodas de Caná indígenas, pues se renueva el festejo con un sabor del mejunje acaso mejor, como si el agua se hubiera convertido en licor al instante. Con el puntito del alcohol en sangre y lo poco sólido que he ingerido, me suben unos efluvios simpáticos por la espina dorsal y me atrevo, a través de Tep Borin que me mira atónito, a lanzar una pregunta provocadora:

—Y ustedes, ¿comen pollo salvaje?

Se hace un silencio sepulcral entre los Kreung, como si alguien hubiese mentado a la bicha. Esto da pie para que uno de la comitiva recuerde nuestros planes para la tarde y salgamos del pueblo de una forma que se me antoja algo apresurada.

Los Tampuon

Hace muchos años, vivían en lo profundo del bosque, en la zona llamada Kaleng, dos hermanas huérfanas de la tribu de los Tampuon. Se querían mucho y compartían todas las tareas de la casa. Un día salieron a buscar vegetales al bosque para la comida del día. A la vuelta, la hermana mayor machacó las plantas, las aliñó y las puso en una cacerola a hervir a fuego lento mientras iba al río a darse un baño. Cuando volvió, vio que quedaba muy poca comida en la perola y se enfadó mucho con su hermana. Con rabia se fue a buscarla y le soltó:

—¿Por qué te has zampado toda la comida?

—Es falso, yo no me he comido nada —respondió la pequeña y se puso a sollozar por la injusta acusación.



Pero la hermana mayor, que era algo irascible, no escuchaba. Ciega de rabia, golpeó a su hermana y sin atender a razones la echó de casa. La pequeña asustada se refugió en una zona del bosque donde había caña de azúcar y pasó allí varios días comiendo tan solo caña. Pero de tanto masticar la caña se le abrieron unas terribles heridas en la boca y entonces ya no pudo ni tan siquiera comer. Se subió a un árbol y se puso a llorar desconsolada, se diría que esperando que llegase la muerte. Oyendo los terribles gemidos de la niña, un pájaro cuco se acercó volando hasta ella.

—Óyeme niña, ¿por qué estás aquí tan sola? Y, sobre todo, ¿por qué tan triste lloras? —Tuve que irme de casa porque mi hermana mayor se enfadó conmigo y hasta me pegó. Y ahora después de comer tanta caña se me ha puesto mala la boca y me duele mucho —y continuó llorando apesadumbrada.

El pájaro cuco, que era muy sabio y sentía pena por la infeliz, le dijo:

—Si me prometes que no volverás a comer ningún pájaro cuco nunca más, te curaré la boca y te sentirás mejor.

Y dicho y hecho. El pájaro cuco, que era conocedor de remedios, se fue a buscar unas cortezas del árbol del naranjo y, con el pico, se las aplicó a las heridas de la niña. Al poco tiempo, su boca se curó y sus mejillas lucieron de nuevo sanas y frescas. Entonces volvió a casa y la hermana mayor, ya calmada, la recibió de nuevo en casa con grandes abrazos y la pequeña le contó la historia del generoso cuco.

Y desde entonces los Tampuon no comen pájaro cuco.

Estamos hoy en una aldea Tampuon visitando un campo de anacardos que crecen muy bien en este clima. Como parte del programa de sistemas naturales de abono e insecticidas, se han quemado entre las largas hileras de árboles del anacardo desde temprano, apenas al clarear, hierbas secas y bosta de animales del lugar. Hay un extraño albor y un penetrante hedor en esta parte del poblado. El sol se despereza aún entre ramas y brumas y sus rayos atraviesan la humareda que queda de la quema y los efluvios de los excrementos secos. Mientras camino entre pequeñas columnas de humo en las negras hileras, con cuidado de no pisar las boñigas, mis zapatos van dejando una estela en este tapete de ceniza y chamusquina. Se

me antoja surcar los claroscuros de un lienzo de Vermeer, pero con olor incluido.

Me topo entonces con un grupo de mujeres. Una abigarrada docena de figuras sentadas con varios niños revoloteando alrededor. A través de esta luz filtrada recuerdan a figuras de un belén pagano. Al verme llegar, un pequeño corre con ojos de espanto a refugiarse entre las faldas de su joven madre. Ésta, al verle en tal estado, se levanta rauda la blusa multicolor y le engancha la teta al infante, el cual sin rechistar se pone a mamar. Mientras me mira de reojo parece calmarse el mamoncillo. Recuerdo que me contaron que los niños Choncheat toman del pecho de sus madres hasta que llega un nuevo retoño a la familia.

Las mujeres parecen dispuestas en la corte del Reino de Sylvania, respetando una cierta distribución jerárquica inversamente proporcional a la salud de sus dentaduras. Las más mayores y desdentadas en el centro, cotorrean y mueven los brazos como faraonas. Las del exterior del círculo son las más jóvenes, sus dientes aún brillan fuertes y están más quedas. Llevan como rémoras a algunos zagales; dos de ellas despiojan a sendos hijos con infinita paciencia. Varias fuman unos gruesos cigarros de hierbas y tabaco, recogidos en una hoja verde de forma cónica y largan humo a bocanadas cortas, espaciadas, con la parsimonia de una carpa japonesa. De tanto en tanto, a través de esas dentaduras cargadas de mil sarros, escupen unos salivazos castaños con un sutil giro de cuello. La saliva aterriza en el suelo y forma una diminuta nube de polvo.

El conjunto tiene algo de tierno e inquietante a la vez. Me impresiona sobre todo constatar que continuamente se hacen y deshacen los moños que elaboran con sus largas melenas negras. Mil maneras de tocados de cabeza que cambian cada rato como si, en sus coloquios, estuvieran mudando de personaje. Intérpretes diarios de una especie de café-teatro selvático.

Comemos con el jefe de la aldea, Nan Chroeun, un anciano fuerte y tostado. Luce un entrecejo extraño, montañoso, cuyas profundas rugosidades forman tres círculos concéntricos del tamaño de una gran nuez. Parece un guerrero invulnerable con el añadido espiritual de llevar un mandala vivo en su frente. Nos sirven cerdo salvaje preparado de varias maneras, en salsa picante de color arcilla, otro pálido cocido con verduras y por fin uno seco, como cecina dura que cuesta masticar. Todo regado con largos tragos de la caña del vino de arroz. Pregunto al jefe sobre sus habilidades de cazador, que son conocidas en toda la comarca. Comienza entonces un relato que sitúa alrededor de la montaña sagrada a espaldas de su aldea, lugar tradicional de acecho de estos Tampuon.

—Lo que más cazamos es el cerdo salvaje. Buscamos por las huellas los lugares donde circulan —y hace Nan Chroeun un gesto largo con el brazo y la mano abiertas como cubriendo media selva—. Cuando encontramos un buen sitio, por donde sabemos que van a pasar, les ponemos la trampa de bambú. Junto a un bambú joven y fuerte, ponemos comida de la que le gusta al cerdo salvaje, frutas dulces sobre todo, porque estas bestias, como nosotros, son muy golosas. Preparamos un lazo atado al bambú y cuando el animal se acerca a comer sobre la trampa, al pisar se cierra el nudo sobre su pata y sale catapultado por el aire. Y ahí queda colgado, berreando. Los gruñidos se oyen a enorme distancia y entonces vamos corriendo hasta el lugar. A menudo para bajarlo hay que antes dispararle varios dardos con la ballesta y lanzarlo, siempre al corazón, con un bambú afilado.

—¿Y cómo son de grandes? —Le inquiero, maravillado por la historia que ha ido desgranando con dramáticas pausas y generosos sorbos del vino de arroz.

—Ahora ya hay menos. Pero algunos llegan a pesar más de cien kilos, más que un hombre grande. Y amigo —me dice, mientras apoya su brazo sobre mi hombro—, nadie quiere enfrentarse a un gran cer-

do salvaje enfadado. Y yo los he cazado a veces muy grandes y, sobre todo, muy enfadados.

Y hace una mueca con la cara que hace vibrar el mandala de su frente, el cual late como un segundo corazón.

Los Jarai

Hace mucho tiempo, en una aldea Jarai, mucha gente empezó a enfermar y algunos incluso a morir. El consejo de ancianos, tras larga reunión, dirimió que los espíritus no estaban contentos con el lugar y decidieron mudarse a tierras lejanas, al otro lado del bosque. Comenzaron los preparativos y todas las familias empaquetaron sus pertenencias para llevarlas en larga caminata al nuevo territorio decidido por los ancianos. Sin embargo, una mujer muy mayor, la señora Phoy, la más vieja de toda la aldea, no empacaba nada, ni se preparaba para la salida. Estaba tan cascada y tan enferma que no podía viajar y menos aún acarrear bultos. Por todo ello, la familia decidió que se quedara, con víveres suficientes, hasta que se hubieran instalado en la nueva aldea y algunos hombres vinieran a buscarla. Así se hizo.

Pero sucedió que trascurrió mucho, mucho tiempo y la señora Phoy en su tremenda soledad pensó que su familia se había olvidado de ella. Así que un buen día, sintiéndose animada a pesar de sus pocas fuerzas, decidió dejar la casa y salir a encontrar a su familia al otro lado del bosque. Recogió su almohada, su manta, su estera y su perola y se lanzó al bosque. Pero estaba tan floja, hacía tanto que no salía al bosque y, además, le fallaba tanto la vista, que no tardó en perderse.

Cuando sus hijos terminaron de preparar la nueva casa volvieron a por la vieja señora Phoy. Mas no la hallaron y, a pesar de que la buscaron y la llamaron durante mucho tiempo, no la volvieron a encontrar. Finalmente abandonaron la partida y, con profunda tristeza, regresaron a la nueva aldea.

Pasaron muchos meses y algunos hijos y nietos de la señora Phoy salieron un día al bosque a cazar. Vieron un hermoso ejemplar de An-soung, el lagarto gigante de la selva. Tras acosarlo durante un largo rato le dieron caza y lo llevaron a la aldea. Se

organizó como era de costumbre una gran fiesta y toda la familia asistió al ágape. No obstante, cuál no sería la sorpresa, al abrir la tripa del An-soung descubrieron en su estómago una almohada, una manta, una estera y una perola. Pero con el trasiego de los preparativos no le dieron mayor importancia y festivos comieron el An-soung sin más reparos.

Sucedió que, al siguiente día, muchos cayeron enfermos. Unos con fiebres. Otros con diarreas. Algunos con dolores en todo el cuerpo. Todo el mundo se preguntaba el porqué de aquella desgracia repentina. Por fin atando cabos alguien se dio cuenta: todos los que han comido la carne del An-soung están enfermos y se acordaron de los utensilios encontrados en su estómago. “¿No será que la almohada, la manta, la estera y la perola en el estómago del An-soung eran de nuestra propia madre?”, se preguntaban. “¿No será que nos hemos comido a nuestra pobrecita abuela?”, lloraban los más niños.

Tras consultar a los ancianos de la aldea, decidieron sacrificar al día siguiente un gran búfalo y así calmar el espíritu de la abuela. Entonces, durante la ceremonia, juraron no volver a comer An-soung.

Y es así como los Jarai, desde entonces, no comen An-soung.

Vamos camino de la aldea de Kong Yu a visitar una comunidad Jarai a la que han desposeído de sus tierras. Por el camino nos topamos con unas motos-ferretería ambulantes donde, desafiando el equilibrio como funámbulos, los mercachifles acarrean hacia estas aldeas remotas cacharrería de plástico y metal. Utensilios de cocina y quincallería selecta cuelgan a los lados y por la parte de atrás de las motocicletas. Signo de los tiempos en que los potes de barro, cucharones de madera o cuencos de coco son progresivamente sustituidos por utensilios *Made in China*.

Llegamos al poblado a la par que los ferreteros y nos recibe una abigarrada asamblea sentada frente bajo unos frondosos árboles para protegerse de la solanera. Son hombres y mujeres, muchos niños de todas las edades, un conjunto completo con rostros graves, sin lugar

para un atisbo de sonrisa. Llevan años batallando contra los ricos propietarios que les despojaron de lo mejor de sus tierras mediante artimañas y abusos.

El portavoz de los Jarai es un hombre menudo que viste una camisa a cuadros muy remendada. Con mirada altiva y ojos vidriosos toma la palabra en lengua jarai, con lentitud, masticando las palabras:

—Señores que nos visitan, sean bienvenidos en esta pobre aldea de Kong Yu.

»Hace ya años que venimos luchando por conseguir que nos devuelvan las tierras que nos robaron con un engaño los poderosos de la provincia y no hemos podido hacer nada, hasta ahora.

Sucedió que nos propusieron vender una parte de nuestras tierras de cultivo para hacer un albergue para soldados heridos y mutilados. Y nos decían que era el propio Samdech, Primer Ministro, quien nos lo pedía. Después de muchas discusiones aceptamos, pues eran tan solo cincuenta hectáreas y pensamos que era bueno hacer algo por los soldados que tanto sufrieron.

»Vinieron una tarde para sellar el acuerdo y trajeron mucha bebida y comida: cajas de cerveza y jugos, dos grandes tinajas de vino de arroz y más de cuarenta kilos de carne de cerdo para acompañar. Se hizo la fiesta y la gente bebió mucho y rió mucho más. Y cuando casi todo el mundo andaba ya borracho nos dieron a firmar unos papeles. Aquí la gente habla jarai y no sabe leer ni escribir en jemer y firmamos todos con nuestra huella de los dedos.

»A los pocos días vinieron con unos sobres con dinero y regalos y la gente se puso más contenta todavía y volvimos a firmar todos con nuestros dedos otros papeles que tampoco entendíamos.

»Pero al pasar de unas semanas, como una maldición, vinieron con sus máquinas y empezaron a arrasar nuestros árboles y las tierras con sus buldóceres. Allí nos enteramos que no habría ningún hospital para soldados y que habíamos vendido por casi nada no cincuenta,

sino quinientas hectáreas, todas nuestras mejores tierras, a una empresa que se puso a plantar caucho. Y cuando fuimos al juzgado y a protestar a la capital de la provincia nos acusaron de crear desorden y confusión, a nosotros que tan solo queremos que nos devuelvan las tierras que nos fueron quitadas con malas tretas. La policía militar nos citó a unos pocos y nos amenazaron con la cárcel si seguíamos con las protestas y el desorden.

»“Lo que ustedes hacen al resistirse es como tirar huevos contra una roca”, nos dijo el militar.

»Y así hasta hoy. Y les pedimos a ustedes, ilustres señores y señoras que nos visitan, por favor, que nos ayuden.

No se sabe por cuánto tiempo seguirán cazando el cerdo salvaje los Tampuan, o bailando a la madre naturaleza los Kreung o pleiteando por sus tierras los Jarai. Los terratenientes abusivos van reduciendo la floresta cada año, hectárea por hectárea, como bocados golosos de un cucurucho de helado.

A ambos lados de los caminos de Ratanakiri se ven filas interminables de extraños árboles flacos creciendo y dispuestos a llorar: los llamaron así otros indígenas de la lejana Amazonía, el *cautchouc*, el árbol que llora. Extensiones inmensas de centenares de miles de árboles de caucho ocupan ya, como invasores marcianos, el otrora espacio virgen, nutritivo, anárquico, de las selvas de los “Choncheat”.

Se aderezan así los ingredientes que, en esta gran cocina industrial de la nueva era, facilitarán la sacrosanta vulcanización que hará rodar los millones de vehículos que demanda el bulímico crecimiento de Asia.

Crónicas jemeres 42. Año V

Espiritrompa en la RUPP

Llego a la RUPP, la Universidad Real de Phnom Penh, donde me recibe la Vicerrectora, bajo la solana del campus. Luce una sonrisa de paletas separadas como un desfiladero oscuro y al darme la mano percibo sus huesillos con textura de pata de pollo. Me conduce a un ajado anfiteatro, amplio semicírculo muy teatral, con pocas filas pero en gran vertical y siento vértigo por los alumnos que están arriba en gallinero. Se percibe el bullicio propio del escaqueo de media mañana en cualquier facultad del mundo.

Me sitúan en un estrado menudo, cegado por un retroproyector de *PowerPoint*. Y reniego una vez más de ese instrumento de tortura que ciega los ojos y distrae la atención del respetable de lo que debe ser la Palabra. Tras la presentación de la Vicerrectora, de la que no consigo entender ni dos palabras, me llega el turno.

Presento el Festival de Cine Europeo con mis líricas alusiones a que “el cine es una ventana que nos muestra los países y las gentes de Europa”, o que “los asientos, queridos estudiantes, nos van a transportar en vuelo singular y gratuito hasta las penas y los amores de mis paisanos”. Inútil tarea. En este auditorio de cartón-piedra repleto de jemeres imberbes no se mueve una pestaña. Comento que la película que vamos a ver, “*La lengua de las mariposas*” nos llevará a la España de la República y

hablo de los anhelos y el sufrimiento de un pueblo que en eso se asemeja al penar de los jemerres. Y me parece que la concurrencia sigue ausente.

En un silencio oigo un *cric-crac* muy de cine y me percató de que en la fila dos, unos tórtolos picotean con ansia unas palomitas de un cucurucho. Paro el discurso. Agradezco entonces que alguien haya tenido el detalle de aportar ese elemento fundamental para la liturgia de la sala oscura que son las cotufas y termino mis palabras, por fin, frente a un mar de sonrisas agradecidas, acaso más por la brevedad que por la gracia.

El film, doblado en estudio al jemer por un puñado de actores multifacéticos que hacen todas las voces, gusta desde el principio al público. Las primeras escenas de clase levantan sonoras carcajadas y hasta algún pataleo de hilaridad.

Me dedico, desde un ala del hemiciclo, a seguir la película y, con el rabillo del ojo, observar a estos futuros líderes de la nación jemer. Veo gentes diminutas, de uniforme, pocos con cara avispada y muchos con cara de estar más lejos de esta Galicia de los años treinta que de la luna. Y, aunque cautivados por el film, se siguen riendo por las cosas más anodinas, como de la lectura de un poema, de un disfraz, de una vaca.

Y yo maravillado con el siempre maestro Fernán Gómez, que habla con una voz jemer engolada que da bien el pego, y con los personajes de los rapaces que gritan en un dialecto raro que no entiendo, como sonidos ancestrales de una aldea celta perdida.

Llega la escena del pasodoble “En el Mundo”, y en el solo de saxo, muy ensortijado, se me saltan dos lágrimas toreras que refrescan mi mejilla en el bochorno de la sala. Veo a la Vicerrectora a mi vera con ojos de plato al ver mis pucheros, como si viera a un enajenado. Como si viera una espiritrompa en la RUPP.

Agradecimientos

Quisiera agradecer por su apoyo en este libro a los destinatarios iniciales de las crónicas, a Vantha Seng y toda su familia, a la princesa Sitha y la familia real camboyana, a Armand's bistro, a los "paella-paratodos", a Kike Figaredo, a Chenda y todo el personal de la UE en Phnom Penh, a Tomás Duplá, a José Zarzoso, a Sonia Toledo, maestra de las letras, a Ana y, en fin, a todos los que aportaron magia y duende para que estas crónicas vieran la luz.

ÍNDICE

Una sonrisa para Camboya	9
Mensaje al lector.....	11

CRÓNICAS JEMERES

Bobby Charlton y el fútbol jemer.....	17
Danzas ministeriales.....	19
Los jemerres encarnados y el profesor Bacterio	21
Tom Jones en la tostadora.....	23
La soledad del búlgaro	27
Bayón en llamas	29
Torturas chinas	33
Las masas jemerres y el agua.....	35
Mundanos en el Salón de la Emperatriz.....	41
Salamanquesa's blues.....	45
Cinco mil rosas rojas en el Centro Mundial	47
Con Jean Paul en el Mercado Ruso	53
La vida cíclica de Khieu Samphân	57
Tigres Voladores contra el bovino en fuga.....	63
Pilotos polacos	67
Nobles aperos.....	73
Dos cuadros de Svay Ken	79
El perico engreído	83
Sagrados Surcos	87
Tres de “Autos Locos” en Phnom Penh	95
Gusanos en el jardín del señor Chon.....	103
El curso básico de seguridad aeroportuaria	107

Noche indonesia	113
La noche heroica de Mei Bonnar (de Sophea a Chanlady)	117
Entre marranas y minas	123
“El Puma” en la ‘pelu’	131
Chicas del Zapata y del Zanzíbar	139
Catorce estaciones con Poly Hong	143
Floreal y el ciego del <i>Tro</i>	157
Fulgores y Rayos	161
<i>Regarder guillotiner en y cherchant un effet de lumière</i>	169
Duelo.....	183
El Pinocho de Charlot.....	185
Chenda contra Lyons.....	197
El señor Piedra y la dictadura del momento	203
Negroni	209
Cobra Uno	221
Estamos en Battambang.....	233
Hallenser Sonatas para nueve asiáticas y yo	243
Raro eros jemer.....	249
Coherentemente lineal.....	259
El yantar de los “Choncheat”	267
Espiritrompa en la RUPP	285

